Cosmópolis

Madrid, Junio 1931

1'50 PESETAS

artistic-deat

C. I. A. P.



La ciudad de la anticipación, donde se vive hoy como se vivirá un día en todas las demás ciudades, es Nueva York. Y la vida neoyorkina, ese vivir que ha de imponerse al mundo, se describe en esta novela con crudo verismo.

ANTICIPOLIS

es la novela de la ciudad anticipada. Es la vida de Nueva York. Son sus mundos exteriores e íntimos, sus pasiones, sus fascinaciones, sus violencias. Luis de Oteyza ha puesto en

ANTICIPOLIS

sus conocimientos obtenidos directamente en sus varias permanencias en los Estados Unidos y su fuerza admirable de escritor realista.

CIAP. Librería Fernando Fe
PUERTA DEL SOL, 15 - MADRID

3 libros y 8 revistas por 5 pesetas mensuales

8 revistas

1 número de COSMOPOLIS.
4 números de LA NOVELA DE HOY.
2 números de LA GACETA LITERARIA.
1 número de LIBROS.

3 libros

1 volumen de EL LIBRO PARA TODOS, colección que publica una novela completa de los más grandes autores contemporáneos.

2 volúmenes de EL LIBRO DEL PUEBLO (Enciclopedia hispanoamericana), que divulga las ciencias y las artes, con monografías admirables de las mejores firmas.

Todos estos libros y revistas los ofrecemos en SUSCRIPCION COMBINADA ESPECIAL por SESENTA pesetas al año, que podrán pagarse mensualmente a cinco pesetas.
Además, presentando en cualquier librería Fe el recibo corriente de dicha suscripción combinada especial, se obtendrá el 15 por 100 de descuento sobre el precio de la obra que desee adquirir del fondo del catálogo C. I. A. P. (Editoriales Mundo Latino, Renacimiento, Estrella, Atlántida, Mercurio y Ciencia y Arte).

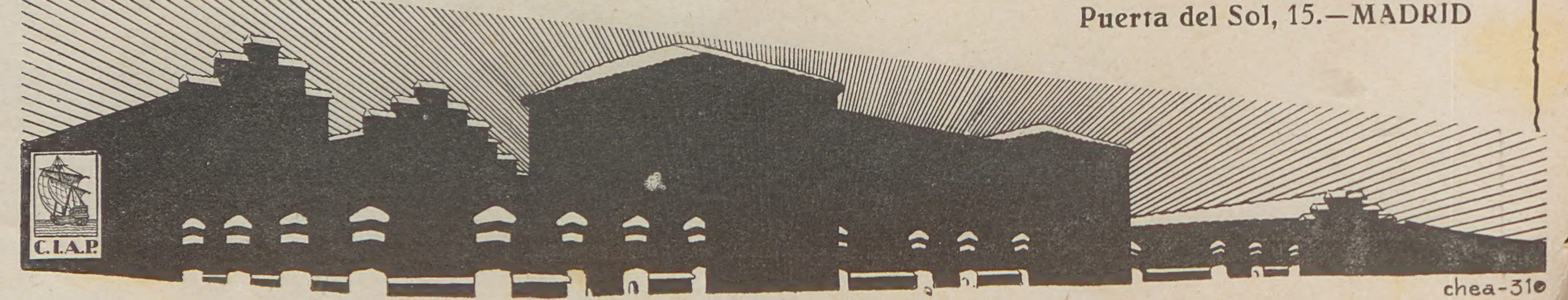
Don ....,
domiciliado en ....,
calle de ....,
número ...., *desea suscribirse a la "Suscripción combinada especial de libros y revistas", durante un año, por pesetas 60, pagando por* ...., *a partir de* ....
.... *de 1931.*

CIAP. Apartado 33, Madrid.

Ultimas Novedades Literarias

MIGUEL DE UNAMUNO: *Paz en la guerra.* Renacimiento. Ciap. 5 pesetas.
VICTOR SERGE: *El nacimiento de nuestra fuerza.* Ediciones Hoy. Ciap. 5 pesetas.
A. FERNANDEZ ARIAS: *La Virgen de Benares.* Renacimiento. Ciap. 7 pesetas.
SEVERINO AZNAR: *Impresiones de un demócrata cristiano.* Ciap. 7 pesetas.
"EL CABALLERO AUDAZ": *Alejandro Centellas, aventuras del mundo.* Renacimiento. Ciap. 6 pesetas.
CONSANTINO BAYLE: *El dorado fantasma.* Ciap. 12 pesetas.
STEFAN ZWEIG: *Amok.* Ediciones Hoy. Ciap. 5 pesetas.
HERMANN KESTEN: *José busca la libertad.* Ediciones Hoy. Ciap. 5 pesetas.
JOSE MARIA DE ACOSTA: *Amor loco y amor cuerdo.* "El Libro del Pueblo". Ciap. 1,50 pesetas.
VICTORIANO GARCIA MARTI: *En torno del pleito de España.* Mundo Latino. Ciap. 4 pesetas.
LUIS DE OTEYZA: *Anticípolis.* Renacimiento. Ciap. 5 pesetas.
LEDESMA MIRANDA: *Agonía y tres novelas más.* Renacimiento. Ciap. 5 pesetas.
FRANCISCO DE COSSIO: *París-Chafarinas.* Ciap. 4 pesetas.
JACK FORBES: *El vampiro rojo.* Renacimiento. Ciap. 5 pesetas.
ALBERO INSUA: *Las neuróticas.* Renacimiento. Ciap. 5 pesetas.
CONCHA ESPINA: *Despertar para morir.* Renacimiento. Ciap. 5 pesetas.
TURGUENEF: *Y así pasó el amor.* Estrella. Ciap. 5 pesetas.
A. KOLONTAY: *La mujer nueva y la moral sexual.* Ediciones Hoy. Ciap. 5 pesetas.
JOHN REED: *Hija de la revolución.* Ediciones Hoy. Ciap. 5 pesetas.
A. HERNANDEZ-CATA, JOSE FRANCES, CONCHA ESPINA, ALBERTO INSUA: *La diosa número 2.* Renacimiento. Ciap. 5 pesetas.

Pida estos libros a las librerías CIAP:
Librería Fernando Fe
Puerta del Sol, 15.—MADRID



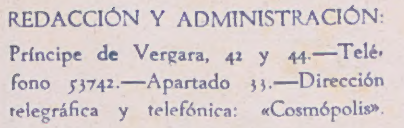
MADRID - JUNIO 1931

Cosmópolis

Revista mensual ilustrada

AÑO V - NÚM. 41

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:



Príncipe de Vergara, 42 y 44.—Teléfono 53742.—Apartado 33.—Dirección telegráfica y telefónica: «Cosmópolis».

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

España, Portugal y América: Un año, 18 pesetas; un semestre, 9 pesetas.—Francia y Alemania: Un año, 26 pesetas; un semestre, 13 pesetas.—Demás países: Un año, 30 pesetas; un semestre, 17 pesetas.



DELECACIONES EN MADRID:

Puerta del Sol, 15, Librería Fernando Fe: Plaza del Callao, 1, Librería Renacimiento.

DELEGACIONES EN PROVINCIAS:

En Barcelona: Ronda de la Universidad, 1, Librería Barcelona.—En Sevilla: Campana (junto a Sierpes), Librería Fe.—En La Coruña: Real, 24, Librería Fe. En Buenos Aires: Florida, 251.

La Excma. Sra. D.ª Angela Santamarina de Temes, marquesa de Ataiaya Bermeja y condesa del Valle de Osella, fundadora y sostenedora del asilo que lleva su nombre en Orense y una de las damas de más rancio abolengo español.

El concurso de cuentos de «La Raza»

Reunido el Jurado que designó la revista *La Raza* para fallar el concurso de cuentos organizado por la misma, ha emitido dicho fallo, levantándose el acta que a continuación reproducimos, de conformidad con lo anunciado:

En Madrid, siendo las siete de la tarde del día veintiuno de mayo de mil novecientos treinta y uno, se reunieron los señores D. Cristóbal de Castro, D. Enrique Díez Canedo, D. Ramón María Tenreiro, D. Alfonso Hernández-Catá y D. Rafael de Morales, nombrados por la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A., como propietaria de la revista "La Raza", para emitir el fallo en el concurso de cuentos organizado por dicha revista, actuando el último como secretario, cuya reunión tuvo lugar en el domicilio social de la citada Compañía.

Después de amplia deliberación, y habiendo examinado previamente los señores jurados los 467 cuentos presentados al concurso, hacen constar que estiman no existe ninguno que sea acreedor al premio de manera absoluta; pero ello no obstante, debiendo ser adjudicado, señalan unánimemente el que lleva por título "Fuga de sol", siendo su lema "Piccolo".

Abierta la plica correspondiente, resultó no contener el sobre el nombre y señas del autor, acordándose que por la Empresa se realicen las gestiones que estime necesarias para su identificación.

El Jurado acordó igualmente recomendar como dignos de publicación los cuentos presentados con los lemas "Aguafuerte", "Estula", "Vaga sin descanso" y "La piedra en el lago".

En fe de todo lo cual se extiende la presente, que firman en el lugar y fecha indicados, Cristóbal de Castro, E. Díez Canedo, R. M. Tenreiro, A. Hernández-Catá, Rafael de Morales.

De las gestiones realizadas posteriormente al fallo ha resultado ser el autor del cuento premiado D. Julio Angulo, de Madrid, Gobernador, 31, a quien enviamos nuestra felicitación.

Al propio tiempo la Empresa de la revista *La Raza* hace público por nuestro conducto su agradecimiento a los señores que han integrado el Jurado por el interés y acierto con que han llevado a cabo su misión, penosa si se tiene en cuenta el número de trabajos presentados.

Cosmópolis se honra con la publicación del cuento premiado, que no ha podido serlo en la revista que organizó el concurso por haber cesado en su publicación.

Los trabajos no premiados pueden ser recogidos por sus autores en las oficinas de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A., Príncipe de Vergara, 42 y 44, Madrid, previa presentación del justificante de su entrega, en el plazo de un mes a contar de la publicación de este aviso. Transcurrido dicho término, los cuentos no reclamados serán destruídos.

Los autores de los cuentos recomendados pueden dirigirse a la misma Compañía para conocer las condiciones en que serían adquiridos sus trabajos.

Nota.—Se pone en conocimiento de los interesados que no se mantiene *en absoluto* correspondencia con los concursantes. Los cuentos no se envían por correo. Serán devueltos en nuestras oficinas a los interesados o a personas autorizadas por ellos para tal fin, si residen fuera de Madrid.



Primer premio del concurso de cuentos de LA RAZA

Desde lejos el pinar era un telón de sombra impenetrable. Amenazaba devorar nuestra alegría, engullirse el caudal de risas que prologaba la excursión. Sus árboles, totalmente unificados, se burlaban de nosotros; el eco de su mofa nos llegaba en un trueno elaborado a la vez por dos millones de troncos. Nadie se preocupó de interpretar los murmullos. Nuestra juventud desafiaba al más fiero gesto del paisaje. ¿Sería yo el único que temía penetrar en plenitud del bosque? Ordené mis sentidos hacia un fin más práctico y lo primero que aprehensaron mis sensaciones fué el vestido blanco de Meche, ceñido hábilmente al talle por un cinturoncillo azul, donde mis ojos anclaron después de huronear por su cuerpo cuajado de montañitas nevadas.

Todos pretendían enroscar a mi atención una frase más o menos graciosa. A la anécdota de viaje sucedió el perfume predilecto, la aventura amorosa... Las primeras palabras se perdieron pronto sin dejar señal; las siguientes no llegaron a nacer; se reducían a signos trazados fuera de la recta que me unía a Meche; ajenos, por tanto, a mi itinerario.

Según nos acercábamos al pinar, la aguja de nuestra mirada deshilachaba el tejido. La mole de pinos se abría en manojos primero, en elementos aislados después, hasta cedernos el paso tras una reverencia de sus cabezas despeinadas. Mediaba la tarde, acentuada por un signo ortográfico de sol. A cada palidez del día correspondía un tono más fuerte en nuestros colores, un matiz más puro para cada zona. Yo estudiaba el espectro luminoso de Meche; los demás me eran demasiado conocidos y carecían de interés. Cada vez que iluminaba sus dientes con una frase, yo colgaba de sus ojos un gesto admirativo recogido del resquicio más inexplorado del espíritu.

—¿Falta mucho?—preguntó cualquiera.

—Quince minutos escasos.

El chalet de la duquesa ocultaba sus torrecillas entre pinos cómplices. Cuando, a través de una claridad, anticipaba el edificio un ladrillo de muestra, mis compañeros lanzaban gritos de alegría como ante una nueva tierra de promisión. Yo buscaba la voz de Meche para acostar en ella mis pensamientos. ¡Es tan delicioso dormir bajo la brisa de unos ojos que pestañean! Una mujer exquisita es superior a todos los paisajes. En Meche adoro esa zona impalpable, sin localizar aún, que embriaga de ensueño. Donde otras fijan carteles de coquetería ella dibuja arabescos de gloria.

—¡¡Aquí está el chalet!!

Un guarda ribeteado de miseria corta el paso con sus galones.

—Vienen ustedes muy tarde; ya no pueden ver nada.

A nuestro ruego el guarda opone su autoridad:

—Imposible. Vuelvan mañana más temprano.

Junto al lamento de todos se alza mi alegría. Regresamos entre la vanguardia de la noche que se apodera del pinar. Las piedras han borrado sus aristas, los árboles su perfil airoso. Mis amigos hablan; yo arranco sombras de la frente de una mujer. El machuelo toca su arpa de estrellas.

—¡Vuelvan mañana!

Aprovecho un descuido para esconder entre la melena de Meche una pregunta:

—¿Vendrás con el vestido blanco?

2

En el grupo de amigos paso inadvertido. Soy el que menos habla, el que menos ríe, el que menos despide a Meche. Diluído en mi silencio, contemplo la efusividad de sus adioses, el aleteo de sus manos. Las fuerzas vivas de la colonia rinden el último homenaje al veraneo. Inesperadamente, Meche tiene que huir del campo para refugiarse en la ciudad. Todos labran para ella una frase alegre, un comentario risueño; yo, únicamente aporto mis dimensiones inexpresivas. Nuestra despedida ocurrió anoche junto a la fuente de "Navarrillos", entre dos pinos que custodiaban nuestra emoción; entonces acordamos converger nuestras vidas en la ciudad. Haremos liquidación de pensamientos, resumiremos en una palabra el cociente de dividir el veraneo por el amor.

—¡Ya han dado la salida!

La máquina rubrica con un silbido la exclamación de Elita. Al tiempo de aflojarse los frenos se desengrana de mis ojos la mirada de Meche, diente a diente, pestaña a pestaña. Puedo medir las zonas de alejamiento centímetro a centímetro; la intensidad de nuestra inquietud suspiro a suspiro. A lo largo de la vía nuestra mirada se baña en reflejos metálicos. Un pañuelito vuela en la última pataforma; entre sus vainicas mi adiós borda tres besos con colores de sol.

Cuando vuelvo la cabeza nuestros amigos se han marchado. Vinieron a despedir a Meche para "matar" media hora de este inacabable tiempo; ahora corren felices porque los treinta minutos cayeron en un pasado definitivo. ¡Qué triste su existencia reducida a la simpleza de un almanaque y un reloj! Prefiero medir mi vida con la temperatura de unos labios, con el ritmo de una voz femenina. Para ellos el veraneo es una etapa de aburrimiento disfrazada de presunción.

Ahora que estoy lejos de Meche comienzo a analizar las sensaciones que ha despertado en mí. ¡Pero es tan difícil definir, encasillar los complejos del espíritu! Después de consultar a los árboles, a las nubes, a las montañas que tantas veces hemos contemplado juntos, me atrevo a calificar de "amoroso" mi estado. ¿Dónde reside el amor? Cuando flota en nuestra boca esa palabra, ¿qué remolinos espirituales la han arrojado a la superficie? Un juicio, un timbre de voz, un concepto de la vida, una risa derramada a la vez por los treinta y dos dientes, pueden ser origen de este estado afectivo, a cuyo alrededor la pasión va engarzando detalles, aglomerando adornos. Meche y yo nos hemos vuelto a encontrar después de muchos años. Nuestra vida se bifurcó por sendas opuestas, pero sin perder el potencial amoroso que al cruce de dos miradas tensó nuestra sensi-

bilidad. Hoy que reanudo mis paseos por sus facciones me detengo en cada una para apurar su expresión. Con el resultado del proceso acudiré a su lado, me someteré a su decisión, y así construiré una hoja más del único almanaque que merece ser editado a la hora exacta que marquen las esferitas de sus ojos.

3

Hemos pasado la tarde juntos. Cuando huye de mis manos la blancura de su guante pretenden mis dedos perseguir su huída, atenazar su geometría. ¡Es tarde! No queda de ella más que el repique de su voz, un eco mortecino que flota en mi vida como la señal de un libro entre sus hojas. Y precisamente esta frase última ha de condensar muchas horas de gloria transcurridas bajo la sombra de su melena. He dejado escapar a Meche sin comprender la importancia de su pérdida. Los planos de la ciudad, abiertos antes a nuestra risa, convergen ahora en aquel rincón donde ella ha cobijado el último escorzo, la última pirueta de su belleza.

Meche desaparece.

A los balcones de las casas asoman cien vidas diferentes; acechan mi paso para burlarse de este vacío que camina a mi lado, de esta angustia de ave que no encuentra resistencia para aletear. Me siento reducido a la más inverosímil disminución, a un punto del espacio por donde sólo puede pasar la línea recta de su mirada. Las azoteas tiran a mis pies rayos de sol con las siete aleluyas del espectro; el techo azul de la calle hinca sobre mi cabeza toda su densidad; el vestido blanco de Meche está sustituído por un ángulo de cemento, su risa por un claxon que desgrana notas equivocadas. De todo su equilibrio sólo conservo la suavidad de un guante olvidada entre mis dedos. La calle jubilosa, el caminar de las gentes, la soberbia de estos edificios, pierden agresividad, desmoronan su dinamismo, mueren, al evaporarse la sombra de Meche. ¿Qué valor tienen estos alardes de arquitectura al lado de las cuatro paredes de su alcoba, donde, a diario, multiplica su cuerpo? ¿Qué importancia cabe a este rincón de la ciudad junto a la almohada que de noche borra sueños de su frente?



—Descubramos antes si todo esto es un capricho nada más...—me ha repetido muchas veces. Con esta frase hemos marcado un año de separación. Meche no quiere equivocarse, y antes de estampar un sello de eternidad apura la distancia, se desliga de nuevas citas y fija resueltamente la última al cabo de trescientos sesenta y cinco días; ¡trescientas sesenta y cinco murallas alzadas ahora ante mi vida! Agotaré mi paciencia en ese tiempo. Consumir un día sin la esperanza de que al siguiente me esperen sus labios, me parece demasiado martirio.

Abrazado a la despedida de Meche huyo entre calles estrechas donde mi propio taconeo rezuma lirismo por las paredes. El número de cada casa me recuerda algo relacionado con ella: el tres, las cartas que he escrito contándole mis sueños; el cinco, la cifra de sus trajes que conozco; el doce, las veces que ha suspirado junto a mí... La calle resuelve operaciones aritméticas con números de distinta especie: suma heterogénea de vendedores, pájaros y esquinas de sol; suma heterogénea de horas, risas y sueños de oro... En una ventana, el canto de un rosal desde su tiesto, cierra seis manos encarcelando el día. A lo lejos la ciudad puntúa su existencia con pregones dislocados. Podría ser la calle talonario de cheques de amor—cada esquina una cita—, guitarra de cemento y gas—cada puerta un sonido—. Prefiere ser ecuación matemática—cada balcón una incógnita—. Me rodean las gentes, me pinchan sus ruidos inútiles; ante el arco iris de unos anuncios luminosos junto el nombre de Meche al de Jhon Gilbert y Greta Garbo, mientras empiezo a sentir el peso de esos trescientos sesenta y cinco días que hoy comienzan su desfile.

4

Es una mañana de diciembre; un viento norte desemboscado cuelga cascabeles en las alcobas de las solteras, desabrocha la aurora, releva al centinela de la noche, descubre secretos a las cortinas. La ciudad, en camisón, se restriega los ojos entre pliegues de aire. Con el tintineo de los carritos madrugadores ha llegado a mis manos una carta que dice exactamente: "Te espero a las once en casa". Me desconcierta el papel; firma Meche, pero no es su letra. Además, ¿por qué me ha levantado la pena tan pronto? Apenas hace dos meses que se despidió para un año y hoy me llama. Pero mi alegría es superior a todo razonamiento y me visto aprisa, en desorden... Correré a sus pies para agradecer el indulto, esconderé en cada pliegue de sus manos un suspiro de gozo.

Cada vez que alguien se extraña de lo de prisa que voy por la calle, siento ganas de responder a gritos: ¡Me ha llamado Meche; usted haría lo mismo en mi lugar!... Sus dientes estarán afilados para cortar mis palabras, sus venas trazarán caminos ideales a mis besos.

Allí enfrente está el hotel; la verja cerrada custodia la impaciencia de un corazón. Apoyo un dedo en ese timbre que conoce la suavidad de sus llamadas.

—La señorita está en su cuarto.

Nadie más me detiene. Huelo sus perfumes; debe estar muy cerca, porque percibo murmullos de seda como siempre que ante mí cambiaba de postura. No me da tiempo a ensayar un gesto de presentación.

—Pasa, Luis.

Sus ojos no me siguen; parecen rehusar el cruce con los míos.

—¿Por qué no me miras?

—No te veo, Luis. Para mí serás siempre como aquella tarde que nos despedimos.

—¡Meche de mi vida!—Tomo sus manos cuyas uñas se van destiñendo en mi boca lentamente.

—Me he quedado ciega... Mi retina se ha desprendido... No sé el motivo...

Sus palabras se van clavando en mi frente como agudos arpones. Tiene los ojos tan abiertos y tan claros que me niego a aceptar su confesión.

—Créeme. La luz se ha terminado para mí. No percibo el contorno de las cosas. Te he llamado para que sepas que nunca seré tuya.

Cuando cesa de hablar, grupos de palabras acuden tumultuosamente a mi garganta. Aprovecho su mal para llorar en silencio. Pero una lágrima indiscreta me descubre:

—¿Qué haces?

—Quererte más que nunca. Ahora es cuando te hace falta mi amor para caminar por el mundo...

—¡Imposible! Yo no puedo ser tu felicidad.

Su argumento se deshace entre besos. El jardín alza hasta nosotros sus colorines alegres y cada rama puntúa en el cristal con sus vaivenes una frase de amor cuya intensidad no necesita la mirada de Meche para emocionarnos.

Julio ANGULO

Bellas Artes

EL ESCULTOR SANTIAGO COSTA



Dónde reside el secreto de esta fuerza? ¿Cuál es la razón íntima de esta fortaleza?

Es evidente que, ante una escultura de Santiago Costa, lo primero que se impone al ánimo contemplativo es la que pudiéramos llamar rotundidad. El concepto cabal, macizo, cuajado, de las tres dimensiones. La ley escultórica en su plenitud. En el confusionismo, derivado en tantos órdenes estéticos por la presencia, mal comprendida, de las nuevas tendencias, a la escultura le salva su propia condición. La libertad escultórica es hija de un canon. Las tres dimensiones contornan su gracia. De ahí que no convengan a la escultura ciertas fórmulas artísticas que fácilmente ha podido adoptar para su mayor ufanía y provecho la pintura, por ejemplo.

Lo antiguo ha tenido aquí una mayor permanencia. Pero, como ha hecho notar Raynol, los esfuerzos de los escultores contemporáneos han sido coronados por el éxito en lo que concierne a la renovación de la técnica. Lo que en realidad ha evolucionado, en escultura, a través de los siglos, es la manera técnica, la plasticidad, el concepto real de su interpretación. El canon ha sido sustituído por la realidad. La escultura se ha vitalizado y ha pasado a ser también, como las demás artes, no una imaginación desarraigada, sino una definición del mundo.

Si al tratar nada menos que de Archipenko—uno de los escultores más libres y audaces en la aplicación de nuevas fórmulas—ha podido Alfredo Kuhn situarlo después de Thorwaldsen, con mayor motivo podremos hacerlo nosotros con Santiago Costa. Porque, ante todo, se advierte en éste esa realidad natural cuya apetencia fué la característica del gran danés y el inicio, en cierto modo, de toda la escultura moderna. La escultura de Santiago Costa, en efecto, responde, con idónea autenticidad, a un concepto naturalista, realista. Pero con una profundidad de revelación.

Esta realidad de lo revelado junto a la verdad de lo real da a la plástica el sentido de su fuerza. He ahí el secreto de Santiago Costa. Como cualquier otro artista, siente Costa la belleza y la fuerza del arte clásico; pero, aun advirtiendo en él las reminiscencias de origen, no puede hablarse en este sentido de influencias. Como en Donatello, en Costa esta influencia está patente sólo en lo secunda-



"Diana", escultura de Santiago Costa.

rio. En cuanto a lo principal y decisivo, su ruta ha sido otra. No se trata ya de arquetipos ideales, sino de humanidad representativa. Acaso eso explique, en el arte de Costa, esa fuerte y bella mezcla de lo universal y de lo típico, que le procura personalidad sin que la localización, por decirlo así, aminore la potencia.

El vigor, la energía, la recia contextura de las obras de Santiago Costa no excluyen ni debilitan la finura y la gracia. Mejor diríamos que, por ley de su técnica, las pulen y las afinan. Esculpe; pero, al mismo tiempo, define.

EL PINTOR LUIS BEA

Pueden considerarse en la pintura, atendiendo al proceso moderno de su evolución, dos grandes grupos característicos: el de la pintura constructiva y el de la pintura alusiva. Sin separarnos demasiado de los orígenes de la pintura moderna, hallaremos sendos ejemplos en Renoir y en Corot.

Cualquier deleitante visitador frecuente de Exposiciones de Arte entenderá sin gran esfuerzo. Hay una pintura que se sirve de lo real para aludir a lo no existente, y en la cual la realidad circundante sirve, como diría Lhote, para expresar lo que está *entre ella* y que acaso es más expresivo y sustancial que ella misma. Y hay otra pintura que aspira a *construir* la realidad, dándole contorno, contenido y expresión.



"*Madona*" (bronce).



"*Diana*" (bronce).

Si quisiéramos llegar hasta las últimas consecuencias naturales y derivadas, hallaríamos que en esta división no solamente se encierra la historia de la pintura, sino que se ahinca la agria disputa moderna.

La primera condición excelente por la cual se advierte la capacidad pictorial de Luis Brea es precisamente la gracia y el buen tono con que en su obra hallan coyunda provechosa lo constitutivo y lo alusivo. Su pintura atiende ambos aspectos con una sensibilidad temperamental que es prenda valiosa.

A este respecto resulta muy interesante y expresivo el *Retrato de niña* que publicamos, y en el que son patentes, tanto como las

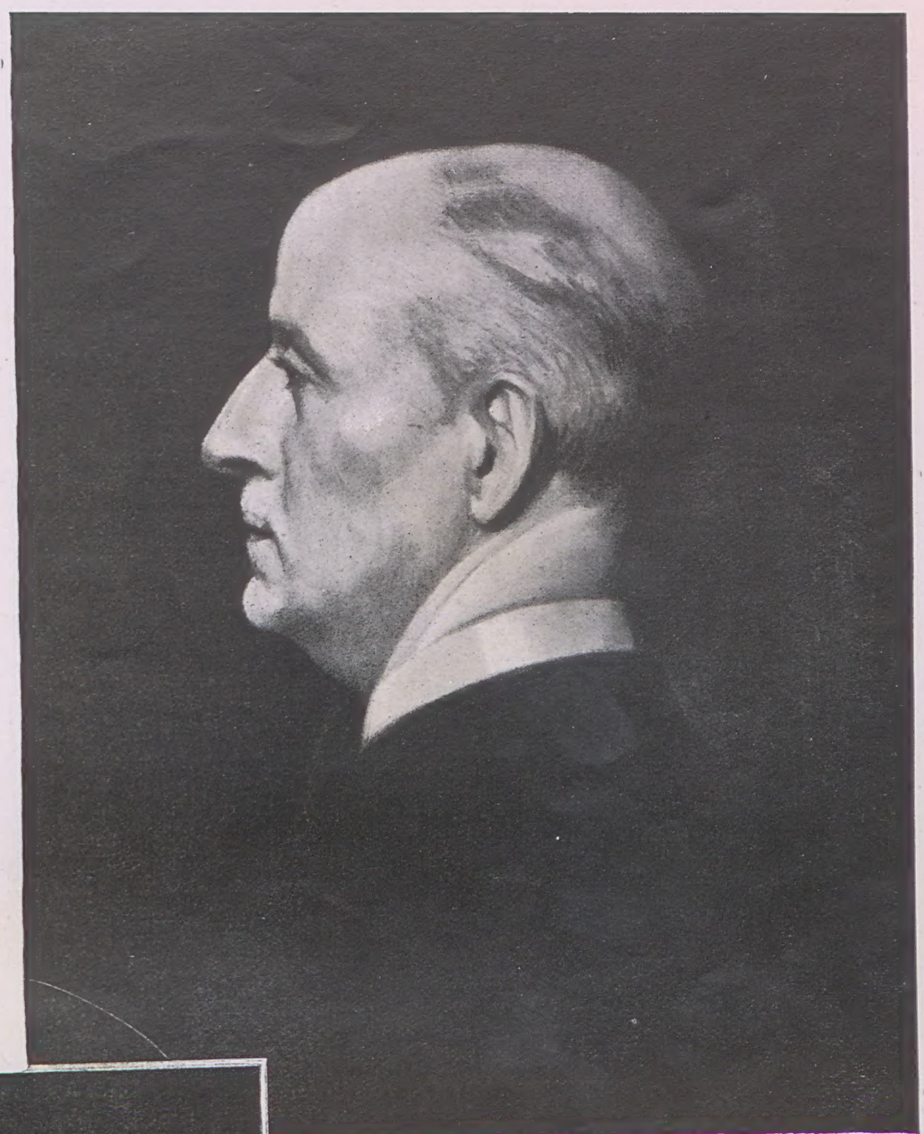
recias realidades constructivas, la gracia impalpable y etérea, pero evidente y presente, de las alusiones sutiles.

Pero en el arte de Luis Bea, tan señoril en la elegancia de su buen gusto, ese maridaje o convivencia a que aludimos halla su logro venciendo la máxima dificultad. Porque, por lo general, en la pintura de Bea lo accesorio juega escaso papel. Se diría, por tanto, que se adscribe voluntariamente al credo constructivo. Retrato, paisaje, motivos escuetos, reales, presentes, vivos. El artista se aplica a *recogerlos*, a *perpetuarlos*. Hay, evidentemente, una inicial raíz realista.

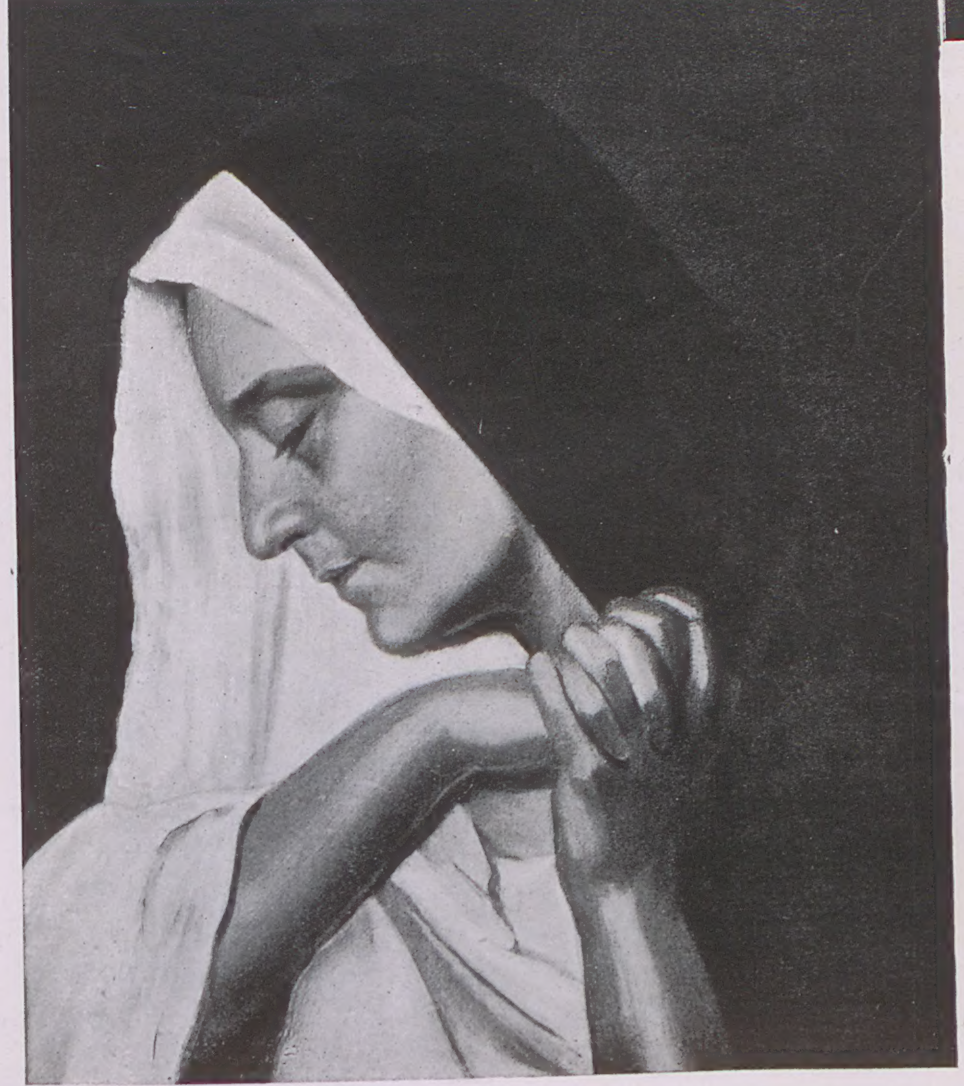
No obstante...

No obstante, Luis Bea, que, para fortuna suya, es ante todo un temperamento de artista, tanto en el arte como en la vida, pone en función de esta creación su propia sensibilidad, sutil y seria a un tiempo mismo. Derivan de ahí las alusiones con que idealiza su propio credo. De este modo la pintura de Bea tiene su atmósfera propia. Se diría que lo impalpable tiene densidad. Es la densidad de lo espiritual, definido por gracia del acto.

Nos hallamos, pues, ante un arte pictórico que, para su fuerza de expresión, se sirve únicamente de sí mismo con toda pureza. Reciamente, voluntariamente constructivo, atento a la definición escueta y al contorno preciso, se vale de su propia emoción realista para *aludir* a lo indefinido y sin contorno. Podríamos definirlo así como un arte sintético que aspira a dar con las realidades, representaciones, y que a cada trazo amplía, sin deformarla, su propia perspectiva naturalista. Es, por tanto, la pintura de Luis Bea, enjundiosa de contenido.



"Autorretrato".



"Dolorosa".—Propiedad de la excelentísima señora marquesa de Pelayo.

Por su técnica, tan llena de sutiles como de vigorosos aciertos, destaca el arte de Bea una normal seguridad expresiva. Si hay devoción en su fidelidad al mundo en torno, hay también evidente facultad creacionista, por virtud de la cual una sensibilidad siempre alerta subraya lo expresivo y *alude* a lo imponderable.

Cruzan y fertilizan la pintura de este artista una vena sensible y una vena intelectiva. En la confluencia, la técnica se fertiliza con no se sabe qué gracias severas y con donairoso alarde de vitalidad.

Por algo la pintura de Bea es la de un hombre que tiene siempre presente que la vida debe ser una obra de arte.



"Retrato de niña".—Propiedad del doctor Marañón.

Por esto su estética responde a un criterio que podríamos denominar cíclico, circular, diorámico. Por esto abarca, con igual amor, las complejidades más diversas de la amplia vastedad en torno. En realidad, el artista es, en todo momento, un animador, un taumaturgo a cuyo dictamen de inspiración alcanza la vida y logra el mundo nueva vitalidad con su renuevo de energías.

Esto explica—justifica, mejor—que en la dinámica temática sea la pintura de Bea tan varia y al mismo tiempo tan normal. Algo así como la poesía de lo cotidiano, a la que sólo llegan los espíritus de una gran finura que saben captarla y son aptos para destilar su zumo en la áspera jornada vital.

Mucho cabría decir sobre esto y acerca del sutilísimo modo con que en la pintura de Bea se transmuta en poesía y belleza la realidad circundante, sin perder —y ésta es una de las gracias más ágiles de este arte—sus cardinales esencias de naturalidad. Y es importante subrayar este matiz y ahincar en su elogio, porque, al fin y al cabo, es la señal inequívoca de un temperamento—hoy que la crisis de temperamentos ha producido en arte tan graves daños—y la patente clara de una sensibilidad.

Por todas estas razones, que explican además la modestia de Bea como un don más de natural elegancia, este artista, que de tal modo, con tal fervor se aplica a la noble disciplina estética, merece el aplauso y el elogio.

Y además, por las finas calidades de su logro tan armonioso y tan ponderado, tan claro en la belleza de su gracia y en la gracia de su belleza.

De todo ello se desprende como una justificación más, y acaso la más eficiente del arte de Bea, esa situación suya, con tan ágil prestancia mantenida, entre el profesionalismo y el *deleitantismo.*

Hay un raro mérito, lleno de sugestiones emocionantes, en este raro acierto de hacer de lo *deleitante* algo profesional.

En este difícil ejercicio cumple Luis Bea tan bellamente su labor, que es, sin disputa, el más profesional de los deleitantes y el más deleitante de los profesionales.

RAFAEL MARQUINA



"Retrato de niño".—Propiedad de los señores de Martínez Velasco.



MALA orientación se le da al turismo alpino en nuestra suprema Sierra de Gredos, porque quienes deben y pueden sólo viven pendientes de explotar el filón.

¿De qué nos sirve que el Patronato Nacional de Turismo haya construído ese magnífico Parador, a un kilómetro escaso de Hoyos del Espino, frente al círculo de nieves perpetuas del Circo, si el alarde aleja toda posibilidad de disfrute a los modestos?

Vengan en buena hora los refugios estratégicamente colocados, confortables, al alcance de todas las fortunas, que resuelvan necesidades capitales, como ésa, inaplazable, de elevar uno en las proximidades de La Laguna, con objeto de no perder un día para escalar el Almanzón. Cosa que permitiría sin prisas recorrer todo el sector de la misma, hacia el Almeal de Pablo, Risco Moreno y Cerro de los Huertos, por el Gargantón, camino de las cinco lagunas. Intentar esta excursión desde el cobijo de Prado de las Pozas, en la actualidad supone, en un gran esfuerzo, conseguir como máximo el punto orográfico más elevado de la sierra, para regresar al atardecer. Y ya que hablamos del refugio del Club Alpino Español, bien está que recordemos a este organismo montañero, que cobra tres pesetas por persona y por cama, y seis en concepto de estancia diaria y por uso del menaje del citado inmueble, la utilidad que implica el anuncio en la Prensa diaria y revistas especializadas de alpinismo el conocimiento de estos pormenores. El aficionado a las cumbres, al que se exigen ciertos sacrificios monetarios, se le deben toda suerte de facilidades. Que no se repita el caso bochornoso de cierto día en que, nutriendo una caravana, tuvimos que soportar los rigores de una formidable tormenta—tan frecuentes en esas alturas—al aire libre, por estar cerrado el albergue del Club Alpino. Si los hermanos Muñoz—tan celosos defensores de los derechos de esa Sociedad—son poseedores de la llave de acceso al mismo y cobran esas menudencias, justo es que en la época veraniega—la más frecuentada—residan en Prado de las Pozas a disposición de cuantos necesiten de esos servicios.

Hay que acortar las distancias, que la rapidez de comunicaciones sea pronto una realidad. Entre los pueblos mejor situados para el turismo están Guisando, El Hornillo y El Arenal. Los tres son base firme para muy distintas excursiones. El primero de ellos se halla a unos cinco kilómetros de Arenas de San Pedro. Hoy, para recorrer esa distancia, hay que dar un rodeo superior a los trece, siguiendo la carretera que une a Candela con la cabeza del partido. Ni la Diputación provincial ni el mismo Ayuntamiento guisandero han intentado nada que remedie este aislamiento en que se coloca al maravilloso rin-



Una de las más típicas calles de Guisando, "los parrones", en la Sierra de Gredos.

cón de Los Galayos, de La Mira, Garganta Lóbrega, Canal Seca, La Apretura, Puerta Falsa, El Covacho, Charco Verde, El Pino Bartolo, El Risquillo y Chozo de los Vaqueros. El acuerdo trascendental a que se debe obligarles no puede ser otro que la rectificación del antiguo camino que va desde Guisando a Arenas, aprovechando el atajo. La construcción de una carretera que aproxime a los citados lugares con Las Cuevas del Valle, para salir a la de Arenas a Avila, por el Puerto del Pico, completaría la obra.



Las "catedrales" galayeras, refugio seguro de las cabras hispánicas, frente a Canal Seca.

Pero los lugares serranos explotan la mina del turismo con indiferencia, cara a los saneados ingresos que les reporta la industria maderera. La riqueza forestal, con sus millones de pinos, es el señuelo que cohibe el menor intento espiritual de amor a la patria chica y a la exaltación de unas perspectivas sencillamente admirables que se encierran en el corazón de Castilla, a un centenar de kilómetros de la corte.

Gredos pierde poco a poco la frondosidad subyugante de sus coníferas; los pulmones de la montaña se empobrecen. Unas veces la tala implacable; otras, el fuego devorador, que intencionadamente consume millares de arbustos, convierten la grandiosidad imponente de los valles en tristes calveros que alejan la lluvia.

El ferrocarril del Tiétar, por falta de presupuesto, apenas avanza. Serán necesarios todavía varios años para que el proyecto sea un hecho. Ni la aportación financiera de los pueblos que atraviesa, ni todo el entusiasmo que ha puesto en la obra el general Avilés, serán bastante. En nuestro país, estos intentos civilizadores que se resienten de falta de dinero, suelen durar muchos lustros hasta verlos acabados.

Claro es que siendo su trazado de vía estrecha, el transporte de viajeros sería harto molesto, pues en una distancia relativamente corta, como la que separa Madrid de Arenas de San Pedro, el paciente montañero tendrá que soportar más de seis horas de tren. Y así seguirá todo hasta que los famosos Saltos del Alberche suministren el flúido necesario para transformar la línea, electrificándola.

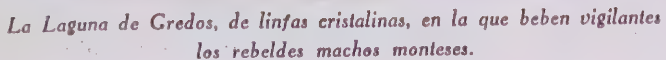
Pero tengamos fe en el porvenir.

JUAN DE GREDOS

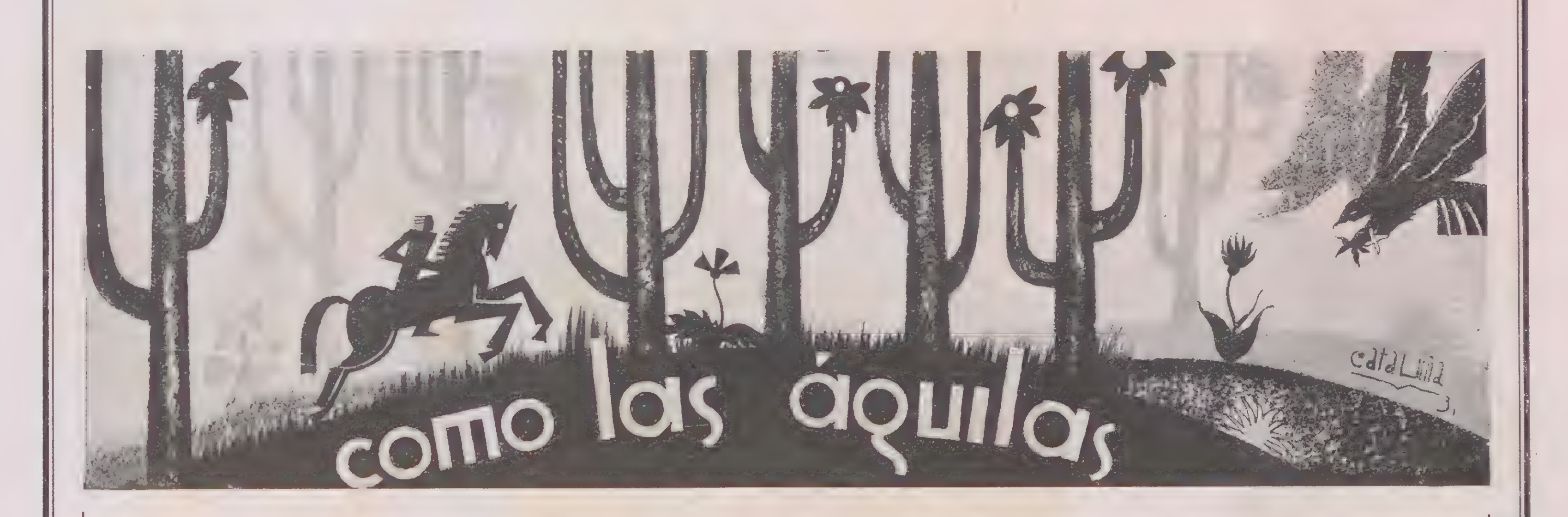








La Laguna de Gredos, de linfas cristalinas, en la que beben vigilantes los rebeldes machos monteses.



Pájaro o alma que tiendes tus alas
sobre el jardín, laberinto de amor:
¡guay si en tu vuelo novicio resbalas!
¡Ay si aprisionas tus plumas y galas
en la espesura del bosque traidor!

Hiende el espacio buscando la altura
como saeta acerada y audaz;
frena el corcel que te dió la Natura
y, aunque tu sed de ilusión pida hartura,
no te detengas. Volando habrás paz.

Miente la vida sus dichas lejanas
como una sombra que el ansia persigue;
copian del cielo el azul las fontanas
y no hay azul en las aguas livianas,
aunque su afán sus hechizos prodigue.

Argos insomne tus ímpetus cela
y arma de Cronos el brazo fatal.
¿Cómo hurtarás su embestida? Alma, vuela,
que a tu ansiedad abre Amor su cancela
y, si no escapas, su abrazo es mortal.

Sé como inquieta, sutil mariposa
que gira, piérdese y torna al vergel;
sé como abeja que un punto reposa
sin preferir un clavel a una rosa
para gustar en cada alma su miel.

Desde la libre y amena colina
ve lueñe impávido el cálido hogar,
donde Cupido al incauto fascina:
donde la yedra, cubriendo la ruina
de la ilusión, alza al tedio un altar.

No te cautiven las redes de seda
que el cazador en su astucia ha tendido:
ve que el reclamo es verdugo en la veda
y del amor voz y canto remeda
porque a la fin caiga el pájaro herido.

Sólo en ti fía. Desdeña el señuelo
que pone artero a tu paso el dolor
y, sin parar en un nido tu vuelo,
busca en las rutas fulgentes del cielo
fe, libertad y ventura y amor.

RODOLFO GIL



"Una calle de Peñíscola", dibujo de Cataluña.

PERFILES NOCTURNOS

Aquella noche, al salir de casa, todo el complejo de su personalidad reducíase a una simple tarjeta de presentación: "Ignacio Uribe.—Ingeniero". No recordaba más de sí. Su espíritu flotaba en el vacío de lo subconsciente como un globo hinchado de imágenes huecas. Le costaba trabajo identificarse.

En un principio pensó encaminar sus pasos al teatro. Pronto rechazó la idea. El teatro se ha convertido en la escuela del bostezo, y los actores, pese a los sueltos de contaduría, se le antojaban pésimos, sin excepción. Optó después por el cine sonoro, pero renunció también torciendo el gesto. Su estridencia abrumadora, aparte su estupidez, le hacía crecer la cabeza un palmo. Y ¿por qué no cobijarse en un café de moda? Si no existiesen tertulias importunas..., ni esas mujerzuelas de ojos cansados..., ni camareros..., ni gente...

Así, departiendo consigo mismo, amargo el paladar, Ignacio Uribe paseaba por las calles desiertas. Era un hombre bastante joven, alto y distinguido.

Holgaban patrullas de la Guardia civil por las esquinas, el aire friolero. Se temían revueltas sediciosas y se ejercía estrecha vigilancia en los transeúntes. A nuestro hombre le cachearon, pero esto no le inmutó. Ciudadano tranquilo, sus inquietudes vegetaban al margen de ambiciones políticas.

Niebla espesa descendía recatando la desnudez de la noche. El ambiente saturado de humedad ennegrecía el pavimento.

Absorto en la maraña de sus ideas incoherentes, Ignacio Uribe se encontró en una calle solitaria y oscura. Muy próximo lucía su espléndida iluminación un café moderno, al parecer recién inaugurado. Miró el rótulo, con extrañeza, y decidido penetró en él. Era un saloncito íntimo decorado con sobriedad excesivamente estilizada. Resultaba un poco triste, pero Ignacio Uribe encontró de su agrado aquella atmósfera cálida y acogedora.

La concurrencia, muy escasa, parecía dormitar. Dos extranjeros rubicundos discutían a medio tono. El más joven de ellos tenía la voz atiplada. Arrinconados, el gesto aburrido, media docena de señorones formaban tertulia sin conversación. Eran tenorios decadentes, lustroso el exiguo cabello y pulidas las arrugas. Una mujer elegante y sola esperaba en un velador cerca de la puerta. No disimulaba su nerviosidad. Tenía hermosos ojos azules, graciosamente rasgados, y el cutis moreno.

Indiferente a cuanto le rodeaba, Ignacio Uribe se arrellanó en el diván. Y dejó suelto el escape de sus pensamientos. Sus pensamientos libres danzaban, garabateando imposibles, en el vacío.

Un camarero, lento y pesado como un oso, se le acercó. Su cabeza era una bola refulgente.

De súbito se abre la puerta con brusquedad. Todo el mundo vuelve la cabeza. Entra un hombre precipitadamente. Es un señor maduro, desgarbado y triste. Se dirige a la mujer de los ojos azules; charla con ella breves instantes y se marchan juntos del café.

Verdaderamente esa mujer desconocida es una dama espléndida. Ojos hermosos, formas rotundas, caderas altas, como una Venus griega... Pero su acompañante es un tipo. ¿De dónde habrá sacado semejante tipo?

Así pensaba, sin pensar, Ignacio Uribe, regocijado en su sonrisa interior.

* * *

La noche siguiente volvió antes de que dieran las diez. Y volvió con esa impaciencia característica de quien ha hecho un hallazgo y teme que se lo descubran. Sólo un hombre minúsculo y miope leía ensimismado sobre un montón de libros. Se repitió el juego de hacer piruetas con ideas vagas. Y el mismo camarero, lento y pesado como un oso, se le acercó.

Ignacio Uribe empezaba a deleitarse con aquella especie de autosugestión. El cigarrillo en la boca, adormecida el alma, visiones extravagantes y seductoras se entrelazaban con las volutas de humo y se desvanecían como ensueños.

Entró la mujer de los ojos azules. Traía un abrigo esplédido. En ella todo era espléndido. Se sentó en el mismo velador. Una blusa de seda verde realzaba su dorada piel.

Y pasaron las horas.

Muy tarde debía ser cuando el tipo desgarbado y triste apareció presuroso, como la noche anterior. La mujer de los ojos azules no se contuvo y le reprochó su tardanza. A los pocos minutos se fueron juntos.

Ignacio Uribe, sin darse cuenta, la había mirado repetidas veces. Y se convenció de que se trataba de una mujer hermosa, espléndidamente hermosa. Nunca había visto otra mujer tan bella. Y aumentaba sus encantos el atractivo del misterio....

* * *

Los días transcurrieron monótonos, encadenadas sus horas a la pauta cotidiana. Todas las noches, después de cenar, Ignacio Uribe se dirigía a su café favorito, donde arrellanado e indiferente contemplaba el desfilar del tiempo en intimidad recoleta. Todas las noches le servía el mismo camarero torpe y pesado, de cráneo brillante. Y todas las noches, indefectiblemente, acudía la mujer de los ojos azules y se marchaba con aquel tipejo desgarbado que, por cierto, cada vez se hacía esperar más.

* * *

Pero una noche lluviosa—el 5 de febrero precisamente—nuestro personaje, entregado a su deliciosa soñolencia, pudo observar que ella, después de consultar su reloj, llamaba al camarero, pagaba el servicio y desaparecía sin aguardar a su acompañante. Denotaba desesperación, el rostro desencajado.

Fuera se oía el repiqueteo de la lluvia en la marquesina.

Como el café fuese a cerrarse, a la respetuosa indicación del camarero Ignacio Uribe se levantó, púsose el abrigo, tomó el paraguas y se dispuso a salir.

Llovía torrencialmente.

Grande fué su sorpresa al encontrarse en la puerta con la mujer de los ojos azules. Por un momento se sintió turbado. Arrebujada en su espléndido abrigo, sus piececitos golpeaban el suelo con impaciencia.

—¡Qué fastidio!—masculló mirando a lo largo de la calle, sin afrontar la lluvia. No se veía ningún taxi. Sólo de tarde en



tarde algún trasto ruidoso, salpicando, veloz y sin detenerse.

Las farolas parecían envueltas en un cendal. El agua caía a raudales.

Ignacio Uribe, no sin titubeos, al advertir que ella no tenía paraguas, creyendo adivinar el motivo de su impaciencia, le ofreció el suyo galantemente. Los ojos azules se le clavaron con una fijeza desconcertante. El hombre se azoró como un colegial. Temía haberla ofendido.

Pero la mujer misteriosa sonrió, mostrando una dentadura espléndida. Sobre todo las encías eran de un color maravilloso.

—Perdón, caballero... No sé si debo... Tengo una prisa espantosa... Y no cesa de llover... No me queda otro remedio que mojarme.

Y al decir esto echó a correr calle arriba, pegada a los muros de las casas.

Ignacio Uribe la siguió con el paraguas abierto.

—Precisamente lleva usted mi dirección... Permítame... si no la importuno...

—Gracias..., gracias... No se moleste usted, caballero.

Fué una excusa balbuciente.

Juntos doblaron la esquina, confuso el chapoteo de sus zapatos. La mujer de los ojos azules, aminorando el paso, se dejó alcanzar.

* * *

Coincidieron a la entrada del café y, naturalmente, se saludaron. Llovía, aunque no con la intensidad que la noche anterior. El, en un arranque de audacia, la invitó a sentarse en su compañía. Ella aceptó gustosa. Había en aquella mujer cierto desenfado discreto y agradable.

Al camarero de la bola reluciente sobre los hombros se le agrandaron los ojos, a pesar de su experiencia. Aquello era inaudito. Ignacio Uribe, que no ocultaba su vanidad satisfecha, desde el primer día se le había figurado un hombre distinto a los demás, por encima de los demás, un superhombre. Y ahora resultaba... Les sirvió más lento y más pesado que nunca. Su inexpresivo semblante acusaba su decepción.

—Perdone la curiosidad. ¿Es usted casado?

Aquella pregunta disparada cogió de improviso a nuestro hombre.

—Sí, soy casado—respondió con alguna aspereza.

—No es usted feliz.

—No, no soy feliz—añadió ensimismándose.

—¡Qué lástima!—suspiró la mujer, entornando los ojos.

—Crea usted que no tengo motivos para quejarme. Mi esposa es buena, joven, agraciada... Me quiere a su modo, con un cariño un poco vulgar. Su educación le permite no disgustarme; cuida con esmero de la casa; se preocupa de mi salud... y, sin embargo, me ha defraudado.

Un porqué de extrañeza, que no se atreve a pronunciar, asoma en los ojos azules, vivamente interesados.

—Yo esperaba otra cosa del matrimonio, otra intimidad, sin regateos. Pensé que las almas podrían unirse como se unen los labios que se quieren. Y comprendo que mi pobre mujer no tiene la culpa. ¿Qué sabe ella de estas inquietudes? Vive su vida fácil, logradas todas sus aspiraciones... Pero ¡qué aspiraciones más estúpidas!

Ignacio Uribe hablaba como encerrado en sí mismo.

—Nueve años hace que me casé y cada día que pasa me encuentro más alejado de mi hogar. ¿Por qué? Jamás sabría decírmelo. Acaso sea mi temperamento el único responsable. Soy un poco romántico. Y ya sé que es absurdo pretender acomodar la vida a nuestros ideales. Somos nosotros los que tenemos que acomodarnos a la vida, tal como se presente.

La mujer de los ojos azules escuchaba con crispada atención.

—Mi única esperanza es tener un hijo. Pero el tiempo pasa sin que el hijo llegue. Mi mujer no lo desea... El tedio me acecha a todas horas. Me distancio de todas mis amistades que no me comprenden. Soy rico y esto agrava mi aburrimiento. Créame. Viviría más distraído si el problema de la existencia me preocupase. ¡Luchar por el mañana!... He intentado interesarme por el prójimo desvalido, pero practicar la caridad no me resarce de mi desengaño. Le hablo a usted sinceramente. Mi yo para mí es el universo entero.

Calló Ignacio Uribe y la mujer de los ojos azules, radiante y misteriosa, se fingió emocionada.

Dieron las doce en un reloj agorero prendido en el corazón de la noche. La lluvia parecía arreciar.

Ella, repentinamente, manifestó deseos de marcharse. Una necesidad imperiosa la reclamaba. El se brindó a acompañarla. Salieron juntos del café.

El camarero, lento y pesado, al verlos salir, dejó caer la cabeza sobre el pecho, como un oso agonizante.

* * *

Dos noches la había acompañado hasta su casa. Era un edificio moderno, de aspecto confortable, situado en pleno barrio aristocrático. Se despidieron en la puerta con delicada cortesía. Ignacio Uribe, siempre ceremonioso, le hizo presentes sus respetos y le entregó su tarjeta. Después se percató de que no sabía ni el nombre de aquella mujer. Sin embargo, prometían ser buenos amigos.

Pero hacía más de dos semanas que ella no parecía por el café. Esto acentuó su carácter melancólico y su misantropía, aunque reanimó al camarero.

La clientela, por fortuna, no aumentaba. Digo por fortuna compenetrado con el estado de ánimo de Ignacio Uribe. Todas las noches, poco más o menos, acudían los mismos tipos, excepto el lector minúsculo y miope, que no volvió por allí. ¿Sería un pseudointelectual?

La acrimonia de nuestro hombre rebasaba el límite. El mismo empezó a preocuparse. Se lo notó su mujer, se lo notaron sus suegros. La servidumbre murmuraba. Indudablemente, estaba neurasténico perdido.

Aquella tarde tuvo unas palabras con el chofer. Le faltó la paciencia para soportar por más tiempo sus enredos económicos. Le robaba descaradamente la gasolina y compraba malas cubiertas sólo porque percibía un buen descuento. Los malditos comerciantes estaban pervirtiéndolo todo.

Encaminóse al café. Las estrellas, altísimas, conversaban entre sí con el semáforo de sus guiños. Serenidad nocturna en el ambiente.

Al entrar, una esperanza sin nombre le estremecía. Se sentó. Extraños presentimientos le hicieron mirar a derecha e izquierda con ansiedad. El camarero lento y pesado se aproximaba. Traía una carta en la bandeja. Una carta perfumada, para él. Ignacio Uribe se dispuso a abrirla tembloroso. No reconocía la letra, de trazo coquetón y femenino.

"Sr. D. Ignacio Uribe.—Presente.

Muy señor mío: Perdone mi atrevimiento. Pero la convicción de que es usted el caballero más caballero que he conocido, me anima a dirigirme a usted.

Estoy desesperada. Mi vida atraviesa una situación difícil.

Sólo usted puede salvarme. Desde la última noche que nos vimos estoy luchando por decidirme a dar este paso. Le extrañará a usted, sin duda, que no haya vuelto por el café; pero debe comprender usted que en una mujer honrada no es prudente salir sola.

Esta carta sería interminable si yo pretendiera explicar a usted todas las calamidades que me suceden. ¡Dios quiera que no me vea obligada a hacer una barbaridad! Con qué alegría le confiaría a usted mis penas... Usted es el único hombre que puede comprenderme, porque también usted es desgraciado.

Si no tiene usted inconveniente, esta misma noche le espero a usted en esta su casa.

Mañana sería demasiado tarde.

De usted afma. a. s., q. e. s. m.,

Teresa."

Y al pie, la dirección.

Ignacio Uribe, carácter impulsivo por excelencia, sin detenerse a meditar ni el hecho, ni la posible veracidad de la carta, se lanzó a la calle.

Todavía no eran las diez y media.

Tomó un taxi y en siete minutos se plantó enfrente de la casa de aquella mujer. Extraña mujer que había conseguido intrigarlo. No se atrevía a sospechar que estuviese enamorado, pero se sentía atraído por ella.

Como encontrase la puerta cerrada, se desconcertó. Mas el deber era el deber. Y llamó al sereno. Apenas entró en el portal, se encendió la luz de la escalera. Subió al principal B., que era un quinto piso, y en el centro derecha oprimió el timbre. Tardaron bastante en abrir. Una sirviente vieja y pulcra le hizo pasar, prodigando reverencias. Ni siquiera le pidió el nombre. Se le introdujo en un gabinete cuidadosamente arreglado. Cretonas de colores vivos. Muebles caprichosos. Un diván inmenso abarrotado de cojines. La luz, algo velada, desvanecía toda violencia: el placer suave, el dolor suave. Un biombo japonés recataba parte de la habitación. Hacía una temperatura ideal.

Ignacio Uribe, espectador y protagonista al mismo tiempo, examinaba cuanto veía con mezcla de curiosidad y estupor.

Se abrió la puerta y apareció la mujer de los ojos azules. Ignacio Uribe, un poco aturdido, inclinó la frente y le estrechó la mano. Ella le invitó a sentarse con el ademán, rehuyendo su mirada. No levantaba la vista del suelo. Nunca se la imaginó tan hermosa. Tenía el cabello rubio, de un rubio dorado y espléndido. Vestía una faldita blanca plisada y una chaqueta de punto, blanca también, con franjas azules.

—Acabo de recibir su carta de usted y me he apresurado...

No terminó la frase, cuando ella prorrumpió en copioso llanto. El joven caballero intentó consolarla, pero no sabía cómo. Optó por respetar sus lágrimas y esperó a que se tranquilizase. La mujer sollozaba en silencio, oculto el rostro entre las manos. Por fin pudo hablar a media voz. Sus ojeras cárdenas delataban su sufrimiento.

—No sé qué pensará usted de mí. Estoy avergonzada. He acudido a usted abusando de su amabilidad.

—Nada de eso—se apresuró a objetar Ignacio Uribe.

—No le importunaré contándole mi historia, pero mi vida ha sido siempre muy triste, demasiado triste. A los dos años de casada, enviudé. La educación que me dieron mis padres, tan exquisita como inútil, me dejó indefensa para luchar con la vida. El socio de mi marido me brindó su protección. Tuve que aceptarle. Creo que usted le conoce...

—¿El hombre que se veía con usted en el café?—interrogó Ignacio Uribe, acordándose, con repulsión, de aquel tipo desgarbado y triste.

—El mismo. Pero ahora me ha abandonado, sólo por no condescender a sus pretensiones repugnantes. ¡Canalla!—pausa breve—. Mañana mismo me echarán de aquí. No tengo un céntimo. La miseria me acecha. No me queda otra solución que apostarme en las esquinas...

—¿Usted? Por Dios, no piense usted locuras.

—Nada me importaría por mí, absolutamente nada. Pero mi pequeña empieza a comprender y esto me hace sufrir mucho.

—¿Tiene usted una hija?

—Chits... No alce usted la voz. Podría despertar.

Y al decir esto se puso en pie, se aproximó al biombo y plegó una de sus hojas. Ignacio Uribe contuvo la respiración. Una niña dormía en espléndido lecho, con una muñeca entre los brazos. ¡Qué preciosidad de criatura! No sé cuánto tiempo estuvo con-





templándola. Era rubia como su madre. Sus doradas crenchas, en gracioso desorden, descansaban sobre la almohada.

—¿Suya?—preguntó él, obsesionado con el tipejo de la cara triste.

—¡Oh, no!—repuso desdeñosa la mujer, que había comprendido su intención.

Ignacio Uribe respiró satisfecho.

—¿Qué años tiene?

—Cumplirá siete el día de San José.

La mujer de los ojos azules extendió el biombo y se quedó pensativa.

Mientras tanto el joven caballero, impecable en su ademán, extraía su talonario de cheques del bolsillo interior de la americana y, sin hablar palabra, con mano segura, extendía uno al portador, por pesetas dos mil. Firmado y rubricado.

Cuando se lo entregó, ella intentó rehusarlo.

—¿Qué hace usted, caballero?

Pero cambió de parecer y de nuevo se echó a llorar. Gracias y bendiciones musitaban sus labios trémulos.

A medida que se serenaba su fisonomía, sufrió un cambio radical. Pronto se evaporaron las lágrimas. De nuevo le invitó a sentarse. El, sugestionado, aceptó. Y comenzó a referirle pormenores de sus pasadas desdichas. Hablaba con voz segura, llena de confianza. Parecía ser que aquel auxilio momentáneo que Ignacio Uribe le prestaba le garantizase el porvenir. El no comprendía tan repentina transformación.

—Se va usted a enfriar al salir de aquí. Hace excesivo calor —dijo la mujer de los ojos azules, quitándose la chaqueta y cruzando las piernas.

Ignacio Uribe, por imitarla, se ahuecó el abrigo.

¡Soberbios brazos desnudos! Brazos morenos, tostados por el sol. Para sí los quisiera la Venus de Milo. ¡Qué espléndidos brazos! Ignacio Uribe no podía apartar los ojos de ellos. Y descubrió un escote espléndido y pronunciado... Y llegó a convencerse de que aquellas piernas robustas, a pesar de ser un poco gruesas, eran espléndidas de forma...

Y sintió el acicate del deseo.

Pero un escrúpulo reprimió sus impulsos: lo que él significaba para aquella mujer. Y el caballero más caballero por ella conocido se levantó, dispuesto a marcharse.

Una sonrisa de estupefacción asomó en los labios de la dama espléndida. Reiterando su profundo agradecimiento, se despidió de su protector. Casi suplicante le dijo que podía volver a visitarla.

Cuando Ignacio Uribe se encontró en la calle se puso a analizar con toda detención la original aventura. ¿Original?... Estaba descontento de sí mismo. No cabía duda. La actitud de aquella mujer después de la entrega del cheque había sido francamente provocativa. ¿Perderse una ocasión como aquélla?... Pero, por otra parte, se había superado. Lo vulgar hubiera sido lo otro, aprovecharse de las circunstancias. En el fondo, ella lo reconocería. Y luego aquella niña encantadora... Si él tuviese una niña por quien velar...

* * *

Se repitió la escena del café. Antes que de costumbre, Ignacio Uribe salió, con gran extrañeza del camarero. Instintivamente, se dirigió a la casa de ella. Detúvose a mirarla de arriba a abajo, como si se tratase de algo exótico. Vaciló en subir. Pero se limitó a pasear la acera igual que un galán enamorado. No faltó la luna en tan romántica ocasión.

La puerta de la casa se entreabrió lentamente. Y salió una mujer, seguida de un joven de aspecto achulado. Ignacio Uribe se ocultó en la sombra. Le palpitaban las sienes. ¡Sí, era ella!... Estrechamente unidos se alejaron riendo.

Pero no, ¡no podía ser ella! Y al querer convencerse de aquella piadosa mentira, su corazón sufrió un gran descenso y su espíritu se desmoronó.

Tornó al café cabizbajo.

En su mente danzaban los recuerdos. Después de todo, había topado con una mujerzuela como tantas otras. Fué imperdonable locura pretender idealizarla. ¿Y era una belleza excepcional como a él le parecía? ¡Oh, no! Tampoco sus ojos podían considerarse de un azul extraordinario...

A pesar de estas apreciaciones nuevas, lo más hondo de su vanidad le acusaba de imbécil. "¡Imbécil!", se apostrofó en voz alta, recogiendo el eco de su enojo.

Y el camarero volvió la cabeza.

* * *

Una noche, dos noches... ¡Veinte noches!... Todas iguales, terriblemente iguales. Aquel café solitario llegó a ser para Ignacio Uribe su único elemento indispensable. Y él, para el café, el único parroquiano asiduo. Se complementaban admirablemente.

Pero un sábado, próxima la media noche, irrumpieron en el salón una docena de jóvenes bullangueros. Eran muchachos vascos, henchidos de buen humor. Bebían sin tasa y empezaron a cantar a tres voces con portentosa afinación.

Ignacio Uribe, sin calma para oír sus bellas canciones, salió airadamente del café. Ni siquiera pagó el servicio. Aquellos alborotadores habían profanado su sagrada intimidad.

* * *

Y sobrevino la catástrofe.

Una noche sin emoción, a tiempo de marcharse, el camarero lento y pesado le dirigió la palabra. Parecía compungido.

—Señor, mañana no se abrirá el café.

—¿Cómo? ¿Qué está usted diciendo?

—Es un mal negocio, y el patrón ha decidido liquidarlo. Ya lo ve el señor: no viene público...

Una bofetada no le habría sentado peor. Ignacio Uribe abandonó el local sin despedirse. Estaba consternado.

Efectivamente, el café se cerró y no volvió a abrirse más.

... ...

Muchas noches le he visto después vagar por la ciudad, sin rumbo, como un inquilino desahuciado, como un alma sin cuerpo donde guarecerse.

Manuel IRIBARREN

El Club español de Buenos Aires

El Club Español, la institución española de más antigua data en la República Argentina, se fundó el año 1852 con el nombre de Sala Española de Comercio, y en su desarrollo ha auxiliado y contribuído a la formación, desenvolvimiento y prestigio de otras sociedades, hoy florecientes.

Su iniciación fué inspirada en el estrechamiento de afectos, en la vinculación hispanoargentina, y prueba de ello dió en un rasgo de caballerosidad, al ceder sus salones al ejército argentino para celebrar en ellos la conmemoración del 11 de septiembre, o sea el derrocamiento de la República unitaria, que fué sustituída por la federal, hoy en vigencia.

El Progreso, periódico argentino de aquella época, describió aquella fiesta denominando a esta Sociedad "Club Español", título que ostenta desde el año 1872.

Su primer presidente fué D. Esteban Rams y Rubert, a quien acompañaron en la primera Junta directiva los señores D. José Miguel Bravo, Francisco Gómez Díez, Saturnino Soriano, Vicente Rosa, Francisco Basabe, Enrique Ochoa, Lázaro Elortondo y Vicente Casares.

La personalidad jurídica le fué otorgada en 26 de enero de 1907.

Las bases de su iniciación se perpetúan en el Estatuto vigente, que refiriéndose al objeto de la asociación dice: "Es fomentar el espíritu de asociación y contribuir a mantener unido el sentimiento español en este país, vincular estrechamente a los españoles con los argentinos y, de un modo general, con los extranjeros residentes en el país, y difundir la cultura social, intelectual y física entre sus asociados."



Edificio del Club Español.



Doctor Fermín F. Calzada, Presidente del Club Español.

Muchas son las fiestas sociales realizadas en el Club Español, y por sus salones han desfilado infinidad de personalidades artísticas, entre las cuales anotamos: Regina Paccini, María Barrientos, María Guerrero, Mercedes Pedrosa, Amalia de Isaura, Rosario d'Ory, Rossina Tasso, Petrona Alcira Betnaza, Dolores Frau, Julián Aguirre, Fernando Díaz de Mendoza, Severiano Lorente, Augusto Maurage, Rafael Arcos, Rogelio Juárez, Matías



"La bailaora". Escultura de Benlliure.

Un aspecto de la biblioteca y del comedor del Club Español.

Morro, E. Bolognini, Folco Bottaro, Ferrruccio Calusio, Telmo Vela, López Naguil, Adolfo Mompurgo, Emeric Stefaniai, Andrés Segovia, Ricardo Viñes, José Ojeda, Juan José de Gallástegui, Miguel Llobet, Angel Grande, Cuarteto Aguilar, Sáinz de la Maza, etcétera.

Su tribuna de conferencias ha sido ocupada para disertar en ella numerosos intelectuales, entre otros: Leoncio Laso de la Vega, Ignacio Firmat, Atienza y Medrano, Lorente, Eva Canel, Rafael Altamira, Adolfo G. Posada, José Gálvez, José Ortega y Gasset, Ramón Menéndez Pidal, Joaquín V. González, Julio Rey Pastor, Augusto Pi y Suñer, Blas Cabrera, Manuel Gómez Moreno, Luis Jiménez de Asúa, Américo Castro, Enrique Slóker, Manuel de Montoliú, María de Maeztu, Gustavo Pittaluga, Antonio Goícoechea, Teresa León de Sebastián, Ramiro de Maeztu, Antonio Sagarna, Gerardo Diego, Andrés Ovejero, Amado Alonso, Reverendo P. Sánchez Bermejo, etc.

La obra patriótica realizada por el Club Español es innumerable. Ha figurado siempre en toda iniciativa que tuviera por objeto realizar un acto patriótico o altruísta en beneficio de España o de la Argentina. En 1892 patrocinó una colecta para reunir fondos con el objeto de adquirir un barco de guerra para la República Argentina, asociándose así al movimiento general iniciado en el país a causa del naufragio del torpedero "Rosales"; en 1895 inició una suscripción para costear la carrera artística del celebrado tenor Federico Constantino, el cual estudió bajo la protección del Club; en 1912 contribuyó con 10.000 pesos para el monumento que la colectividad española regaló a la nación argentina conmemorando el centenario de su Independencia.

Su biblioteca social, compuesta por más de 12.000 volúmenes, posee verdaderas joyas de la literatura española y colecciones de obras que, por su rareza y antigüedad, son de difícil adquisición en el mercado de libros. En su sala de lectura se reciben, además



"La tradición". Escultura de Agustín Querol.

Salón árabe y salón de fiestas del Club Español.

de las principales publicaciones de España y de la Argentina, periódicos y revistas de Inglaterra, Francia, Italia y Alemania, lo que hace que esta sala sea la más frecuentada por sus asociados.

El Club Español posee también una valiosa colección de obras de arte, entre las que figuran cuadros de autores famosos como Sotomayor, Menéndez Pidal, Moreno Carbonero, Pradilla, Sorolla, Benlliure, Anselmo Miguel Nieto, Romero de Torres, Villegas, Mongrell, Meiffren, Barrau, Borrell, Llaneces, Vicente López, Gonzalo Bilbao, Nicolau Cotanda, Vayreda, Vila y Prades, Plá y Rubio, Viladrich, García Mencía, Gili Roig, Cabanas Oteiza, Tamburini, Lloréns, Sobrino, Dionisio Fierros y otros muchos de justa fama.

Posee también hermosas esculturas de los maestros Querol, Benlliure, Blay, Llimona Solá y Tasso.

En su salón árabe, ubicado en los bajos del edificio social, funciona la Sala de Armas, donde bajo la inteligente dirección de competentes profesores practican sus asociados el caballeresco y viril deporte. También tiene instalada una academia de ajedrez donde se practica este juego-ciencia entre numerosos apasionados.

Además de las grandes fiestas de gala, el Club Español realiza temporadas de reuniones familiares que comprenden conciertos, bailes y exhibiciones de películas cinematográficas.

Está instalada esta importante institución en su local propio de la calle Bernardo de Irigoyen, números 172 al 180, y actualmente proyecta su ampliación, para lo cual posee los terrenos linderos, números 150 al 168, con el fin de instalar luego distintas secciones deportivas: canchas de pelota, pileta de natación, gimnasio, solárium, etc., ocupando en total una superficie de 1.635 metros cuadrados.

La Comisión directiva actual está compuesta por los señores: Doctor Fermín F. Calzada, presidente; Dr. Juan Areu Franco, vicepresidente; Ramón Alcalde, tesorero; José Manuel Míguez, secretario, y los vocales señores: Juan B. Gestón, Leandro García, Marcelino Criado, Isaac Pérez Antón y Emeterio Manzanares.



Sra. D.ª Matilde Fernández Fuertes, distinguida dama cubana residente en Madrid. El buen arte con que supo prenderse la mantilla evidencia que entre Sevilla y Cuba, a pesar del mar, apenas hay distancia.

Oleo de Virgilio.

En la mansión de los señores de Ubico

Antonio Rey Soto, el gran poeta, reintegrado de tierras americanas, nos da la noticia: en Madrid se encuentra viviendo doña María Ubico, hermana del general Jorge Ubico, proclamado presidente de la República de Guatemala en las últimas elecciones.

Un deber de cortesía, y periodístico, nos impone visitarla. Rey Soto se presta a acompañarnos, a servirnos de introductor cerca de esta distinguida dama.

Y henos, poco después, en la aristocrática residencia de esta familia. Introducidos sin protocolarias esperas en un severo y suntuoso salón, somos acogidos por la señorita Amelia, hija de la gran dama que deseamos visitar. Está acompañada de varias personas de su amistad. Las presentaciones son sencillas y cordiales, con esa sencillez propia de la juventud. Es la señorita Amelia una encantadora criatura que une a su belleza la exquisitez de su trato y de su simpatía atrayente.

Poco tardamos en presentar nuestros respetos a su madre, doña María Ubico, dama de rancia estirpe aragonesa, entre cuyos ascendientes cuenta con apellidos ilustres, como el de Palafox, el caudillo aragonés de la guerra de la Independencia.

Con exquisito *don de gentes* nos facilita nuestra conversación, que se explaya sobre su estancia en España y el cariño que siente por ella, por considerarla una prolongación de su patria.

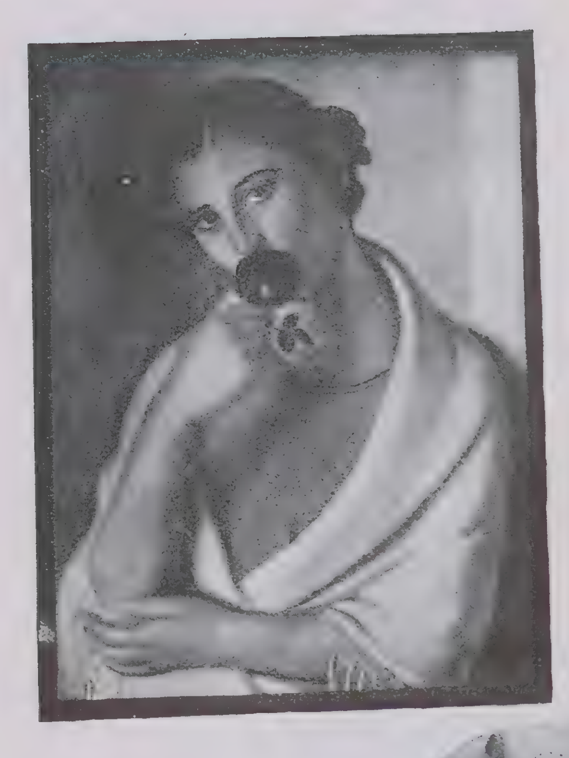
—Mi hermano Jorge también siente predilección por la vieja metrópoli. En Barcelona cursó sus primeras letras, y aunque luego se educó en los Estados Unidos, no olvida el solar de sus ascendientes. Yo no tengo que decirle nada sobre este particular, sino que mis hijos nacieron en España, y, por tanto, comprenderá el cariño que le tengo.

La conversación se prolonga sin embarazosos silencios, con atrayente cordialidad. Y así se comprende que doña María Ubico, en el poco tiempo que lleva en Madrid, cuente con tantas simpatías en nuestra alta sociedad, cosa que conquistó porque a su abolengo une un trato exquisito que le hace ser deseada en todos los salones.





La Sra. D.ª María Ubico, con su hija Amelia y las señoras Aida Girón y Marta Castillo de Ron, en su casa de Madrid, donde vive actualmente y que es frecuentada por la mejor sociedad.



Del Concurso Nacional del Círculo de Bellas Artes

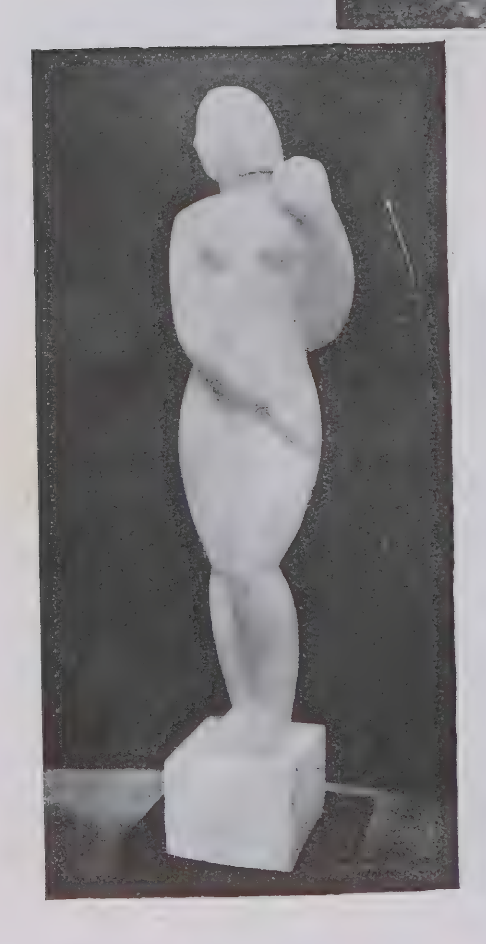


"Teorinela", uno de los cuadros presentados por Eugenio Hermoso

Retrato de la Sra. de Vega, por Julio Moisés



Escultura por Pérez Mateos



"Eva" escultura de José Planés



Cuadro presentado por Timoteo Pérez





"Desnudo" por Manuel del Pino

MÚSICA Y MÚSICOS

ACTUALIDAD MUSICAL

OFELIA NIETO



Ultimo retrato de Ofelia Nieto

En plena juventud sorprendió la muerte a Ofelia Nieto. Desde su matrimonio se había retirado de los escenarios de ópera, pero su arte se prodigaba aún en las fiestas y recitales, en los que se allegaban recursos para los pobres.

Ofelia Nieto poseía una hermosa voz, de lo que en la terminología de cantantes se llama "mezzo soprano"; su extensión le permitía los más puros agudos, sin que ellos supusieran merma para el registro medio y el grave, cuyas notas eran de gran volumen y bella calidad. Quizá no fuera la suya una voz de extremada agilidad, cosa que tampoco le era muy necesaria al tipo de música que cultivaba; poseía, empero, una técnica idónea, hija, más que de cuidadosa preparación, de una intuición clara de las exigencias fonéticas del canto.

Empezó su actuación de cantante juntamente con su hermana Angeles Otein, al servicio de nuestra zarzuela grande (muchos tendrán todavía presente aquella temporada en el teatro de la Zarzuela en la que fué intérprete de "Maruxa", de Vives, que creo estrenó), pero sus grandes condiciones lleváronla pronto a nuestro primer coliseo de ópera, en el que realizó varias temporadas antes de recibir solicitaciones para Estados Unidos, Italia, Francia, etc., donde alcanzó señalados triunfos. Si el sentido dramático hubiera acompañado a Ofelia Nieto en la misma medida que sus naturales recursos vocales, hubiera sido no sólo una de las primeras cantantes de nuestra época, sino acaso la primera.

El timbre y calidad de su voz era de tal modo convincente y bello, que en mi experiencia personal de auditor de cantantes y óperas no recuerdo momentos más eficaces de puro placer auditivo que el de algunos trozos o pasajes de "Aida" y "La Africana", interpretados, aun mejor, cantados, por Ofelia Nieto. Era este placer como el gusto un poco primario y casi anestético que sentimos paladeando una fruta en jugosa sazón, una de esas frutas colmadas de perfume y dulzor que se nos ofrecen en la belleza desnuda de su naturalidad, con gesto esquivo a la compostura y adobo que, por otra parte, no siempre les conviene. Así se explica que Ofelia Nieto no hubiera sentido mucho apego al arte del "lied", del gran "lied", que, antes que nada, y quizá sobre todo, es interpretación. Sus grandes facultades se desarrollaban mejor en el ámbito un tanto convencional de la gran ópera, de la que el espectador habitual exige con ahinco aquellas tres condiciones que Rossini, parodiando a Napoleón, demandaba al cantante: "Voz, voz y voz". Para ello a Ofelia le sobraban disposiciones. Las obras de su repertorio en que mayores triunfos logró fueron: "La Africana", "Aida", "Tosca" y "Manón". Su memoria vivirá con grato recuerdo en el ánimo de los que aman las voces bellas. No hay timbre de instrumento que se le pueda comparar, cuando culmina en su más aguda y cálida expresividad.

La crónica musical tiene, también, que lamentar la muerte de un gran violinista, representativo del último período romántico del siglo pasado: Eugenio Ysaye.

Ysaye había nacido en Lieja en 1858. La historia de los niños prodigios se repite de un modo sintomático en casi todos los concertistas, grandes y pequeños. Empezó los estudios a la edad de cinco años, con su propio padre. Recibió lecciones de dos de los maestros más significativos del último siglo, el polaco Winiawski y Vieuxtemps, que pasa por ser uno de los continuadores de la escuela francesa de violín, que en aquella época inician Billot y Beriot.

Ysaye no fué un violinista que cultivó el virtuosismo por el virtuosismo, sino que su preciosa técnica le puso al servicio de la música de alta calidad. Sus contemporáneos le atribuyeron excesos expresivistas. Era la época en que el romanticismo pugnaba por adueñarse del humano "pathos"; pero su fuego, su "rubato", se condicionaban siempre a los valores musicales de lo que ejecutaba. Como prueba de su dignidad de intérprete debe bastarnos que uno de los músicos más honrados de procedimientos y geniales le hubiera dedicado una de sus producciones más importantes, y que es aún hoy de las composiciones más significativas y valiosas en la literatura del violín. Nos referimos a la sonata de violín y piano de César Franck.

También Lekeu, cuya muerte temprana arrebató a Bélgica un gran músico, le dedicó su única obra de este tipo.

En España Ysaye actuó varias veces en la Sociedad Filarmónica. Es en nuestra memoria su extraña figura un vivo recuerdo: bajo, muy gordo, de melenas largas y abundosas que agitaba con diabólica furia sobre el charolado vientre del violín, apasionado, excesivo en el gesto.

Enfermo desde hace algún tiempo, vivía lejos de la inquieta actividad de los conciertos, dedicado casi exclusivamente a dar lecciones.

EUGENIO YSAYE





En lo sucesivo y de un modo normal reseñaremos aquí los acontecimientos musicales que tengan mayor interés y significación durante el mes.

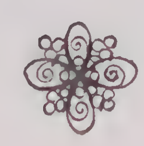
Cumple hoy señalar en primer término la relevante labor del Cuarteto Rafael en pro de la música moderna. Por el momento no nos interesa tanto reseñar las obras que interpretaron de Strawinsky, Malipero o Goosens, etc., que su novedad de procedimientos y sensibilidad las sustraen al gran público, como las estrenadas de los jóvenes compositores españoles: un cuarteto de Salvador Bacarisse y un "Divertimento" de Rodolfo Halffter. En ambas se vinculan elementos folklóricos patrios con gesto muy personal y moderno de estructura y contenido. En apariencia el cuarteto de Bacarisse no rompre formalmente con la tradición del género, pero su posición es distinta.

No se trata de esquemas que se rellenan con patrones armónicos y contrapuntiscos al uso, sino formas que se colman con la alegría y el humor burlón del que siente el placer inmediato y cierto de hacer música. Rodolfo Halffter también se entrega a la fruición de encadenar sonidos por el íntimo deleite de oírlos sonar cobrilleantes, de divertirse haciendo sufrir nuevas experiencias a los temas populares asendereados por todos sus costados y enrarecidos en las atmósferas más triviales e insulsas. Y, por encima de todo, la fragancia de la música que se engancha en los oídos con sonrisas y contento, con voluntad de vivir.

El Cuarteto Rafael ha puesto toda su fe y entusiasmo en la interpretación de estas obras jóvenes. Fueron en sus manos preciosas y cuidadas versiones.

Nos proponemos también en lo sucesivo ocuparnos de aquellos discos que aparezcan en el mercado español y que por sus virtudes e interés sean capaces de una crítica o comentario.

JUAN DEL BREZO





VIDA SOCIAL



La eminente recitadora Conchita Power rodeada de un grupo de muchachas aristocráticas después de un brillante recital.



Grupo de asistentes a la recepción celebrada en la Embajada de Cuba.



Los Sres. Alcalá Zamora, Maura, Albornoz y Largo Caballero después del vino de honor con que fueron obsequiados por un grupo de señoritas de la buena sociedad en el Lycéum.

Fotos Díaz Casariego.

BENEFICIOS...



La Yankee, rodeada de otros artistas, después de la función de su beneficio.

Conchita Constanzo después de su beneficio.

Hortensia Gelabert rodeada de flores en el día de su beneficio, celebrado en el Alkázar.

Conchita Rey momentos después de celebrado su beneficio.

La notable actriz María Guerrero, que celebró su beneficio después de brillante actuación en el Teatro Español.

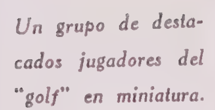
Fotos Díaz Casariego



LOS NUEVOS DEPORTES

EL "GOLF" EN MINIATURA

EL CAMPO EN LA TERRAZA



Un grupo de destacados jugadores del "golf" en miniatura.

Vista del "golf" en miniatura instalado en el campo de deportes del Club Madrid en Chamartín.



Una jugada interesante en pleno partido.

Es cosa neoyorquina ésta. A los que no hemos estado allá nos lo ha mostrado el cinematógrafo. En la azotea, en la terraza de un gran rascacielo las necesidades deportivas de un *clubmen* han creado un *golf* en miniatura. La mano de un artista ha creado los desniveles sobre tierra aún roja y húmeda; ha marcado las lindes, ha hecho los agujeros. Luego han llegado unos jóvenes, han montado los palos, y la pequeña bola ha comenzado su viajar en largas y fáciles curvas. Es la ciudad—la tentacular ciudad del poeta belga—que se aproxima, se atrae, domina, absorbe el campo.

Esta cosa neoyorquina del *golf* sobre una terraza o sobre el *parquet* de un *hall* saltó luego a Londres y se desparramó, por último, por Europa. Yo lo vi en París en el salón rosa de uno de los grandes hoteles. En España fué también un hotel, en su sala de té, quien primero montó un pequeño *golf* para uso preferente de las señoritas abonadas. Fué en un hotel barcelonés. Hoy lo tenemos también ya en la capital de España. El Club Madrid lo ha montado en su campo de Chamartín como una más de sus instalaciones deportivas. A él se refieren las tres notas gráficas que acompañan esta página.

Realmente hay una acentuada propensión deportiva entre nuestras juventudes, que se manifiesta en la vida de las Sociedades dedicadas al cultivo de los ejercicios a *plein air*. El *tennis*, la natación, el esquiaje van ganando adeptos día tras día; pero faltaba el deporte de cultivo sedante, de movimientos poco violentos, de cambios suaves, como el *golf*.

Ya existía el *golf*, en efecto; pero la falta de terrenos adecuados para practicarlo hacía de él un deporte excesivamente limitado y sin desarrollo adecuado. La aparición del *golf* en miniatura viene a corregir esa falta facilitando el acceso a su práctica a cuantas personas deseen, por la falta de excepcionales medios físicos, un fortalecimiento suavemente progresivo.

El *golf*, que es jugado en América por sexagenarios, puede dar la pauta de lo que puede ser este otro de tonalidades aún más difuminadas. Este *golf* en miniatura, que amenaza con invadirlo todo.

«COURT» INTERNACIONAL

LA PERSONALIDAD DE LILI ALVAREZ

LA MUJER, LA MODA Y LA RAQUETA



Lilí Alvarez acompañada de Betty Nathall

LA NOVEDAD

LLAMARLE novedad, denominarle moda, como queráis; pero es lo cierto que la cosa definida, reciente, original, tiraniza el mundo. Desde la ropa de cristianar, tocada de todas las purezas, a la "contume" frívola y fácil del deporte. Mucho más si la forma nueva la lanza una mujer nimbada por un claro prestigio, llámese Caraman Chimay, llámese Sarah Bernard, llámese Marion Davies, llámese Lilí Alvarez. Y ya está con un pie en la escena Lilí.

Lilí Alvarez es morena y española; es quizá la única española que haya salvado las fronteras del mundo como figura del género frívolo y exótico del deporte. Las mujeres de Galdós, como personificación de una raza, de un prejuicio, de una costumbre, recosían las medias sobre el hacendoso huevo de pino. Lilí rompe la tradición. Porque rompe las medias trotando sobre la arenilla de los "courts" y porque, mundana, pródiga y universal, no se pone las medias remendadas. ¿Es por esto sólo porque Lilí es una de las mujeres más nueva del "tennis"? No. Mejor estaría decir que porque juega sin medias y defiende el prestigio de la carne cuando ésta es como un lujo del músculo largo y fino.

Lilí Alvarez sigue siendo la biela de la moda en los campos de combate, entre "set" y "set". Ella la que impuso el brazo desnudo en las peleas de damas y la que, una tarde, saltó su primer "drive" mostrando la rosa pálida de una rodilla bajo su propia piel. Y ella ha sido...

Toda la prensa francesa comenta el sentido nuevo del hallazgo. Han comenzado los concursos de "tennis" de primavera por los más famosos campos europeos. Y las "estrellas" se han alineado junto a la red. Lilí Alvarez se ha ofrecido a la curiosidad y a la crítica mundana con una nueva falda de su invención, sobre la que han hecho presa los objetivos de los fotógrafos en avanzada.

La nueva falda permite a la pierna convertirse en ala. Ya es bastante, ¿no? Abierta por un tajo perpendicular a cada lado, sobre la línea de los muslos, el impulso del "sprint" queda libre, desde la cintura a la rodilla, al mandato de la voluntad vigilante. La tenista da entonces la sensación del vuelo ágil y de gracioso giro. Las dos porciones de la falda se abren como alas, prendidas sólo a la columna ósea de la pierna por su parte más alta. Es una originalidad triunfal de la señorita Lilí, que juega tanto con la plástica admirable de su cuerpo como con la raqueta de cáñamo y fibra. Miss Betty Nuthall, su rival infatigable, va a verse ahora con el "handicap" inesperado de una enemiga que juega sobre alas.

Este es el grito de 1931, lanzado por la inquieta Lilí. ¿Qué nos deparará para la próxima estación?

Lilí, nada.

Lilí, vuela.

Lilí, patina.

Lilí, automovilea.

Que esta española, de alma compleja y varia, encuentre en la admiración universal lo que su belleza le gana y su inquietud merece. Porque Lilí es todo un carácter. No es una mujer más, no es la aventura del café ni la conquista de un agasajo a punto.

M. G. D.

Compañía de Muebles y Decoraciones, S. A.

ANTES

B. PIQUERO & COMPAÑIA

COMPRADORES EN 1921 DE LOS "STOCKS" DE

WARING & GILLOW, DE LONDRES

PASEO DE RECOLETOS, 6

Teléfono 52608

Apartado 1.074





MADRID
(Casa fundada en 1876)

Fabricación propia de

MUEBLES DE GRAN LUJO
MUEBLES EN SERIE
MUEBLES ECONÓMICOS

Especialidad en mobiliarios para PALACIOS, FINCAS, HOTELES, SALAS DE JUNTAS, OFICINAS, etc.

CONSTRUCCIÓN ESMERADA Y SOLIDA DECORACIÓN DE INTERIORES

ELEGANCIA
DISTINCIÓN
CALIDAD

Visiten nuestra exposición permanente en PASEO DE RECOLETOS, 6, donde hallarán un conjunto de los más exquisitos muebles de todos los estilos, hasta los más modernos y originales.

Nuestro estudio suministra presupuestos, dibujos, planos, etc., sin compromiso
= alguno =





SERNY O EL ROMANTICISMO EUFÓRICO

La exposición de las obras de este fino estilizador de mujeres que es Serny—exposición que es índice o exponente de su éxito positivo—muestra de una manera patente la evolución sufrida por este artista adolescente—evolución firme y limpia de titubeos—, que ha sabido triunfar del público y de los criticones madrileños. En el Salón de *Heraldo de Madrid* ofreció el bello espectáculo de dieciocho estampas de las que, superando a una técnica perfecta, emana un espíritu fuerte y delicado a la vez; profundamente delicado.

Al mostrarnos Serny sus dibujos nos revela nuevamente la íntima e inmutable conexión del artista con su arte. Quien haya visto los dibujos habrá presentido el alma generadora de un modo certero.

Dos realidades primordiales y contradictorias, al parecer, hallamos en la labor de Serny: un sentimiento del espíritu romántico—romanticismo decadente, clásico—y un sentimiento eufórico—expresión de vida plena—, conjugados íntimamente. Este nexo antitético es una característica especial.

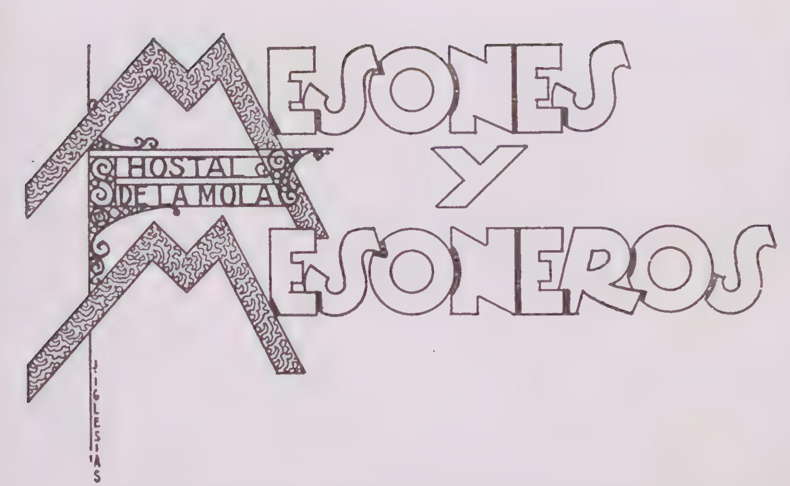
El romanticismo enfermizo, aunado a este sentido eufórico de la vida, nos trae a la imaginación el estado de esperanza—dulce confiar en el venidero ignoto—que al borde de la disolución de su vida tienen algunos enfermos. En este estado premortal es en el que se forjan los más queridos proyectos; estadio de optimismo psíquico—euforia—, que contrasta y coincide con el de ruina corporal que los aproxima al triunfo letal.

Este debatirse en el estertor agónico con no imaginamos qué lejana e ilusoria esperanza de continuidad que surge en aquellos cuya vida está a punto de extinguirse—fenómeno considerado por los biólogos por un hecho constante en los moribundos—, lo encontramos como un paralelo evocado al contemplar ese cuadro de Serny titulado "Suzi". Mujer que, más que mujer, es una sombra de espíritu con impresión corporal. También hemos experimentado esta extraña impresión ante "Mimí" y "Verano", gran acierto de serenidad y expresión esta última obra. Cabe también destacar esa sinfonía de grises y verdes que es "Otoño", del que brota el perfume volptuoso de la tierra mojada por la lluvia. Y la graciosa "Katia" con su orientalismo policromo e inteligentemente recargado.

Pero ante todo destaca, de cuantas figuran en el selecto catálogo, la titulada "Noemi". El vibrante espíritu de Serny se nos muestra plenamente en esta obra, conseguida íntegramente. Irreprochable de línea y cálidas cromáticas. Suprema en la moderna compenetración de la figura con el fondo. Matices armónicos rivalizando con ese trazo romántico, genuino de Serny. Esta sola estampa basta para que se pueda clasificar a su autor en la primera línea de ese mundillo de casillero a que tan aficionados son los definidores de arte en España.

Es Serny, sin duda alguna, uno de nuestros ilustradores que, con un grupo muy reducido de dibujantes—Tauler, Esplandíu, Alonso, Perals...—se hallan en la vanguardia de nuestra generación de jóvenes artistas. Y esta primera ojeada a su labor nos ha bastado para ver que Serny tiene una capacidad orientadora que le hace poner certeramente la proa con rumbo a su destino.

Angel SANDOVAL



Mesones y Mesoneros

Zurrar la badana.—Tris-tras, tris-tras.—Cerámica, mucha cerámica.—Y cantaba la fuente.—Orellana habla de ladrones. Veinte palos.—Las caballerizas para las caballerías.

LECTOR: estamos en Valencia y, concretamente, en su calle de Zurradores. ("Zurrador—dice el lexicón oficial—es el que tiene por oficio zurrar las pieles." Y he ahí la frase hecha "zurrar la badana". "Zurrar —añade el mismo diccionario—es curtir y adobar las pieles, quitándoles el pelo.")

Pero en esta vía ya no queda ningún zurrador... Quedan, empero, algunas notas antañonas, entre ellas el Hostal de la Mola, título que no sabemos si es lícito traducir por el Parador de la Muela.

Desde luego, es un mesón muy antiguo. Una escritura pública de 1434 habla ya de la calle del Hostal d'En Moles, lo cual demuestra la anterior existencia de la posada, aunque no concuerde exactamente la denominación. Realmente, no se sabe a ciencia fija si el parador se llama como se llama por ostentar la muestra de una muela molinera ("mola" en valenciano) o por haber pertenecido a una persona llamada Moles (apellido que se da en Valencia y, sobre todo, en Cataluña).

Por fuera no tiene el Hostal de la Mola nada de particular, como no sea la solería de los balcones, con esos azulejos del siglo XVIII que eran fiestas decorativas de flores y frutas representadas con una elegancia que, sin embargo, no llega a la estilización.

Tras el portalón, un amplio pasadizo. Paredes con gruesa capa de cal y suelo de tierra simplemente apisonada. Hay un hálito de vaga calidad tibia: el de las algarrobas...

¡El patio!... Está determinado por dos grandes arcos escarzanos, el primero de los cuales se apoya en dos columnas góticas cuyas labores están disimuladas por el jalbegue, que se ha hecho amo y señor. Hay un automovilito de esos que salen en las películas hilarantes para en un momento dado descoyuntarse hasta lo infinito, dejando al conductor con sólo el volante en la mano. Hay un carro de grandes proporciones, con la abombada vela, con los varales inflexibles, con las ruedas que tan bien saben arrancar traquetes a los caminos. Pero la nota de color la da este hombre que, a la vera del banquillo pétreo, puesto hace siglos para montar y descabalgar, va pelando con magnas tijeras (tris-tras, tris-tras) a un apacible cuadrúpedo.



La cerámica, en aplicaciones extraordinariamente decorativas, enriquece la fachada del mesón.



Patio del Hostal de la Mola, donde no son incompatibles el automóvil y el jamelgo.

Y.., así sucesivamente, porque no es cosa de ir describiendo ce por be este mesón. Bastará con citar, por ahora, la gran riqueza que contiene en aplicaciones de cerámica, particularmente en la amplia sala del primer piso. Cada vano—ya de puerta, ya de balcón—tiene un marco de azulejería que compone los más ricos y elegantes motivos de exorno. Allí alegorías de la caza, de la música, de los viajes, del Nuevo Mundo, de los cuatro elementos... Hay una inscripción, también en azulejos, que dice: "Se agregó esta nueva obra en el año 1791." Y el conjunto no puede ser más bello.

Contribuye, indudablemente, a que el Hostal de la Mola sea uno de los mejores y más señoriales.

Daría gusto verlo antaño, cuando por las calles breves llegaban los carricoches con un fragor de maderamen y campanillas, levantando blancas polvaredas bajo el cielo azulísimo; cuando los varones graves, que acaso sabían latín, apeábanse de unas mulas con talante tan serio como ellos

mismos, si es lícito el parangón; cuando la moza de pomposos refajos esquivaba, lanzando pimienta en donaire, la mano abierta de un arriero; cuando la doncella de alcurnia salía sin volver el rostro para dirigirse en compañía de su señora madre a la próxima iglesia de Santa Catalina, donde oraría para que tornase más presto el hermano que estaba en Italia... Un hombre de faz negreante cepillaría las crines de su bestia; otro, de cara juanetuda, pasaría con gavillas de alfalfa; el de más allá devanaría las horas sentado en el banquillo, con una jarrica en la mano... De las cuadras llegarían relinchos vibrantes... Una fuentecilla soltaría su cristal...

Se comprende que hasta exista una literatura de los mesones, en la consideración de la cual no cabe olvidar a "Azorín".

Claro está que en esa literatura domina el tono placentero y elogioso de la evocación; pero, hurgando nada más que un poco, se puede ver el aspecto feo: todo mesón tenía su mesonero.

Y de estos apreciables varones habló muy especialmente un escritor del siglo XVIII, don Marcos Antonio de Orellana, que, por su portentosa erudición, bien merece que se le recuerde más a menudo. Así, escribía lo siguiente:

"Siempre estuvieron mal conceptuados los mesoneros, como lo publican las leyes de los romanos y las nuestras, hasta tratarlos de ladrones y públicos robadores. Dura es la expresión, pero ¿qué mucho? Allí suele pagarse por cama, el duro suelo; por cubierto, el desabrigo; por servicio, la grosería; por agasajo, la desatención; por luz, la obscuridad; por custodia, el riesgo; por comida, la abstinencia; por bebida, lo que no se bebe, pues hasta del agua, por nociva o sospechosa, debe el cauto abstenerse en estas casas."



He aquí la escalera de la posada, que bien pudiera ser la escalera de un palacio

Y refiriéndose a los abusos de los mesoneros, agregaba el buen Orellana:

"Se han dado para su remedio algunas providencias que—quedando frustradas—aún llora España esta desdicha, envidiando la felicidad que en este particular gozan Italia y Francia. Es cosa lamentable que la hospitalidad, que en otro tiempo se vió ejercitada o administrada por caballeros y que, aun entre los gentiles, fué graciosa y efecto sólo de benevolencia, haya degenerado tanto que no sólo se haya hecho mercenaria, sí que ni aun se halla por los viandantes a precio competente, y aun no digo nada del riesgo de sus vidas por las inteligencias entre venteros y forajidos."

A propósito de esto, citaba un caso verdaderamente estupendo: el de un cura de Fuente la Higuera llamado don Miguel de Molina y Carrascosa. "Su actuación—decía—redúcese a observar y saber qué gentes paran en la posada y, viendo que es gente decente y de modo, llevárselos a su casa, franquearles cuarto y comida con descanso competente." Y añadía: "Con tan varia compañía y ejercicio de hospitalidad, adquiere noticias, hace bien, estiman los pasajeros el agasajo, gana amigos y logra una diversión cual no puede hallar igual el que tenga genio para ello."

Orellana, preocupado por la cuestión, trataba de los medios conducentes a evitar que los posaderos se extralimitasen. Uno de dichos medios consistía en que unos fieles espías fueran por los caminos con objeto de preguntar a los pasajeros el trato que les habían dado. Como se ve, aun no estaba inventado el libro de reclamaciones que ha implantado el Patronato Nacional del Turismo... Y ¡guay del posadero abusivo! Orellana recordaba, para que se aplicase, la sanción que aplicaban los turcos en tal circunstancia: pasear al posadero sobre un asno y con muchos cascabeles por toda la ciudad y, luego de la paseata, suministrarle veinte palos...



La habitación marcada con el núm. 27 ostenta una alegoría de la casa

¿Qué tal?... Bien es verdad que Orellana, luego de atacar a los mesoneros, arremetía también contra los mesones diciendo que "debiera darse una nueva idea en la forma y construcción de semejantes casas, para que tuvieran los competentes departamentos y cómodos a los destinos, así de personas como de caballerías, y otros separados para las provisiones, y no que todo suele estar confuso y revuelto, y hecho una zahurda. Para las caballerías muy propias son las caballerizas; pero para las personas había de haber—lo que no suele haber—cuartos de personas, remotos y distantes de los animales que, hocicando el pesebre y meneando las cabezadas con campanillas, siempre tocan a vigilia. Después de un pesado camino ¿no hallará a su costa el viajante un rato de reposo o un descanso con el sueño?"

Don Marcos Antonio de Orellana tenía toda la razón del mundo, seguramente. Pero ello no puede ser obstáculo para que, en este bello mesón, evoquemos tiempos pasados y les pongamos gratuitamente unas gotas de poesía más o menos auténtica...

ALMELA Y VIVES

CINEMA

TANTO los actores como los productores americanos parecen interesados en que nuestras películas salgan mal y en que nuestros públicos declaren que prefieren a los de habla inglesa. Muchos inocentes periodistas y aficionados al cine contribuyen a este juego, cuya finalidad es clarísima. Al perder su condición de "estrellas" internacionales, por obra del micrófono, temen ciertos actores que sus sueldos sean disminuídos en proporción a la disminución de las ganancias que sus películas ofrecen. Además, Estados Unidos considera "cuestión de propaganda y conquista" a las películas en inglés. Cada pie de cinta que se exporta aparece en el Departamento de exportación como un dólar de manufactura exportada. Naturalmente, esta táctica no se emplea ni con los alemanes, ni con los franceses, ni con los italianos. Se trata de mercados enormemente inferiores a los de habla española y, sin embargo. se cuida mucho la producción que va allá y se pagan sueldos mucho más elevados.

La Fox sigue los pasos que llevaron a la Metro Goldwyn al desastre en lo tocante a películas españolas. No hace mucho tiempo importó un grupo de actores españoles escogidos entre los más malos de que se podía echar mano. La mayor parte de ellos hacía algún tiempo que se encontraban sin trabajo en sus propios escenarios. Su nombradía puede apreciarse perfectamente a través de este comentario de una conocida revista madrileña: "El teatro nuestro estará de plácemes este año, porque la Fox ha contratado y se ha llevado a los Estados Unidos a todos los malos cómicos que aquí estorbaban, no hacían nada ni dejaban hacer nada".

La llegada de estos señores a Hollywood ha coincidido con el más grande período de alborotos, atropellos y desaciertos que registra el Departamento español de la Fox. Naturalmente que no los pueden mirar con mucha simpatía los que llevaban aquí algunos años luchando contra la ignorancia de los directores y las intrigas de más de una camarilla de los de la raza, y los que más o menos pronto filmaron algunas cosas dignas de que los estudios las observasen, por decir lo menos. Unos y otros han alborotado el ya de suyo inflamable ambiente hollywoodense. Los nuevos se han distinguido por su timidez en los primeros momentos y por su petulancia cuando en vez de dedicarlos a sincronizar les asignó el estudio papeles de alguna importancia en las películas "Escuadrones", "En cuerpo y alma", "On your back" y "Pagado para amar". Pero en todo momento se han distinguido por su falta de espíritu frente a las exigencias de los productores, que casi siempre han sido injustas.



Marianne Winkelstern en una escena de la gran producción "Sólo tú".

También han menudeado las comparaciones odiosas y los conflictos con los actores que ya tenía contratados la Fox, y que son, sin disputa, lo mejor que tiene esta compañía, excepción hecha, naturalmente, de Carmen Larrabeiti, Ana María Custodio, Carmen Jiménez, Miguel Ligero y dos o tres más. Todos esos rozamientos han sido finalmente resueltos por los directores yanquis con un criterio tal, que ha hecho decir a más de uno que *esta compañía está interesada en que las películas españolas resulten tan malas, que al público al que se destinan termine por pedir películas habladas en inglés.*

Los actores más malos han sido siempre los que más trabajo han tenido, y también ha bastado, casi siempre, una interpretación aplaudida y digna de elogio para arrinconar y hundir al actor. Recordamos, por ejemplo, a Ralph Navarro, cuyo trabajo en "El valiente" y otras películas nos hicieron suponer que sería debidamente enseñado y que haría "algo". Pues en ninguno de los repartos de las últi-



Mary Astor, la gran artista que trabaja actualmente en la película "Espaldas níveas", dirigida por Lowell Sherman.

La esplendente rubia Lilyan Tashman, artista que goza de la merecida reputación de ser la mujer más bien vestida de Hollywood, en una escena con Carmencita Geraghty, en la película "Millie".

mas películas Fox ha vuelto a aparecer su nombre. Allí tenemos también a Luana Alcaniz, que, a pesar de estar contratada, no trabaja en las películas Fox sino muy rara vez. Allí tenemos a Villarias, que ha sido aplaudidísimo en todos los países de habla española que han visto "Drácula" y "El Código penal", y que, a pesar de ser casi una "estrella" en la Fox, filma papeles sin importancia, puesto que está contratado y se le obliga a hacerlo. Allí tenemos a María Alba, que día a día mejora notablemente, y que, a pesar de su triunfo en "Del infierno al cielo", tampoco ha vuelto a pisar los "sets", que ahora ocupan unas cuantas muchachas feas, sin talento ni nombre alguno. ¿Para qué continuar con los ejemplos?

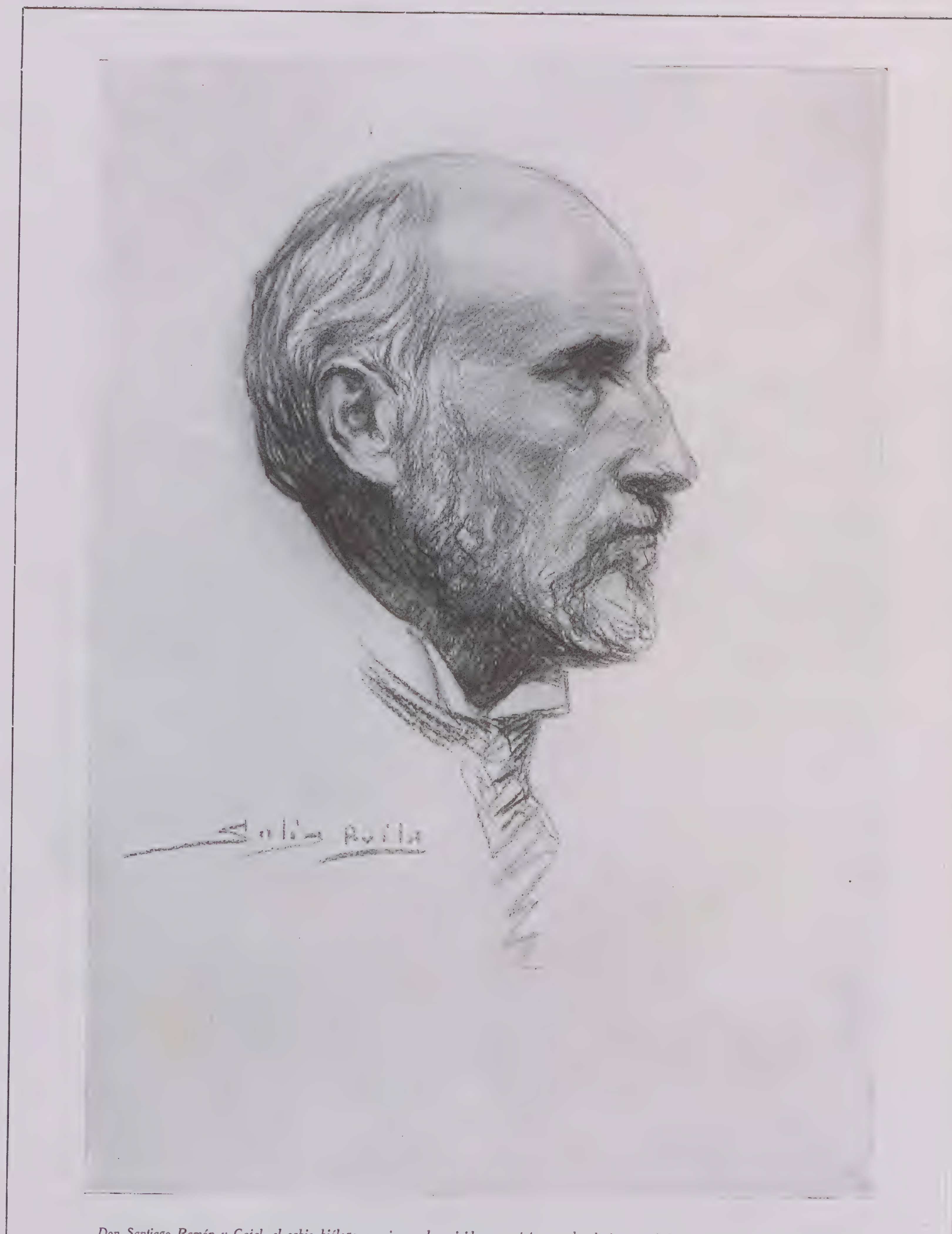
Por actores que trabajan en este estudio, pero sin contrato, hemos tenido noticia también de que el personal americano, incluyendo a los actores, despotiza continuamente a los de nuestra raza: "¡Oh Spanish, Spanish..."

Añádase a todo esto las exigencias absurdas de que los nuestros filmen en días lo que los americanos hicieron en semanas, y se habrá encontrado la razón del fracaso de las películas hechas en español.



Tan sólo con la interpretación del complejo papel de Sabra Cravat, que rinde Irene Dunne en la superpelícula "Cimarrón", de la Radio, la fama la ha consagrado como una de las "estrellas" más insignes del cine sonoro.

Rosita Moreno en una escena de "Gente alegre".



Don Santiago Ramón y Cajal, el sabio biólogo a quien se ha erigido una estatua en el palacio central de la Facultad de Medicina de Madrid. La obra escultórica ha sido brindada y ejecutada por un discípulo del maestro, el estudiante chileno Lorenzo Domínguez, que en el pasado año terminó su carrera en dicha Facultad.

CIVILIZACIONES ANTIGUAS

Apuntes para un ensayo sobre el Imperio de los Incas

CONTRARIAMENTE a ese afán mítico de ciertos escritores por idealizar y revivir civilizaciones antiguas, confieso que jamás yo he sentido su atracción. Diré más: mi mirada hacia ellas ha sido y es de absoluta indiferencia. Por tanto, de desapasionamiento. Y nada quizá mejor que el desapasionamiento para realizar un estudio o ensayo ajustado a la realidad.

He dicho líneas más arriba "afán mítico de idealizar", y, en efecto, creo que sólo sobre la base de un idealismo exagerado puede sustentarse la tesis de que, fuera de la griega y la romana, hayan existido grandes civilizaciones en la antigüedad. Por lo menos, en lo que a un orden técnico—tal como ahora lo entendemos—se refiere.

Decir egipcios, caldeos, chinos, incas, suele ser tanto como abrir las alas de la imaginación a vientos de fantasía provenientes, en su mayor parte, de relatos novelescos, cuando no de divertidos cuadros de opereta. Pero compárense estas sensaciones con las experimentadas frente a los restos que de esas civilizaciones nos quedan en las vitrinas de los museos. Todo el mentido fasto de aquellos imperios—sus labores artísticas, sus armas, sus maravillosas telas, etc., etc.—queda, por lo general, reducido a cuatro panzudos botijos mal cocidos, a unos idolillos deformes y a varios tejidos de una calidad muy inferior a la más barata percalina de nuestro tiempo.



Tres curacas (caciques o jefes de tribu). Dos de ellos portan la vara de mando, símbolo de su autoridad.

Creo que una época como la nuestra, capaz de haber desenmascarado el romanticismo y todos los "ismos" que—opacas neblinas—estorbaban la visión real del mundo, sabrá también reducir a justas proporciones falsas teorías sobre pueblos caducos, tan deformes o deformados como los idolillos de los museos. Mientras le llega el turno a este ensayo—todavía en embrión—, voy a señalar algunos rasgos de carácter del indio peruano, que quizá puedan servir de introducción a su complicada psicología.

El signo característico del indio peruano es el de una inmensa tristeza, un sello como de resignación ante la fatalidad. Sus ojos especialmente revelan una prodigiosa concentración interior: el guardar en el fondo de su alma un secreto ancestral. El indio jamás mira de frente; no resiste la mirada escrutadora del hombre blanco que intenta sondearle. Mientras habla, su mirada vaga indiferente de un sitio a otro, o bien se mantiene clavada en el suelo.

A diferencia del negro, cuyos ojos ingenuos se posan y dejan sondear por los de su interlocutor con una inocencia de niño que aleja todo temor, los del indígena peruano huyen, quizá por las razones antes apuntadas, quizá simplemente por cobardía. (No hay que idealizar.) Pero lo cierto es que su mirada no inspira confianza.

Como hombre de trabajo, el indio es extraordinariamente rudo, infatigable, enormemente forzudo. En ciertos lugares de la montaña peruana existen indígenas dedicados a transportar viajeros a través de caminos abruptos e intransitables. La operación es sencilla, pero reveladora de su resistencia de bestias de carga. Colocada una silla a la espalda, sujeta con correas, en ella se sienta el transeúnte—no importa su corpulencia—, y es llevado sin descanso hasta el lugar convenido. Durante el trayecto el indio va mascando despaciosamente hojas de coca, cuyas propiedades anestésicas operan sobre el estómago, anulando el apetito.

Pero así como el indio posee esta rudeza para el trabajo, su ingenio para aprovecharse de ella es limitadísimo. Apenas si en el transcurso de los siglos ha modificado sus útiles y herramientas. Allí donde no ha penetrado el hombre blanco, su vida sigue en perfecto estado de quietud, de remanso, sin ascensos ni descensos de nivel.

Otra de las características del indio peruano es el espíritu supersticioso de que está poseído. No hay pájaro en la selva, fiera, mariposa, ruido nocturno, etc., etc., que no tenga para él relación con algo ultraterreno y sobrenatural. De ahí su cultivo por el amuleto, por la hierba rara, por todo aquello que puede constituir una defensa contra el peligro en torno.

El indio es interesado, egoísta; no concede merced alguna que no haya de ser remunerada. Cuando él ofrece un regalo y en pago no recibe otro, tranquilamente toma de nuevo su obsequio y se lo lleva. Otro tanto sucede con las invitaciones. Ocurre que una familia entera se va a pasar unos días a casa de cierto pariente... Pasado algún tiempo, el pariente le devuelve la visita, permaneciendo tantos días como él estuviera en su casa. Otro rasgo: el indio es desconfiado, receloso. Habla bajito y siempre en "quichua" cuando lo hace entre los de su raza. A pesar de saber que no les entienden, cortan generalmente la conversación al paso de un blanco, mirándole siempre de soslayo.

Aparentemente, el indio revela humildad. Jamás protestará ante una riña, ni aun ante los golpes; pero precisamente en su silencio se trasluce, como una amenaza oculta, el ansia de una venganza guardada para una hora lejana y oportuna, que indudablemente llegará para él. Posee el indio una voluntad férrea y un afán inmenso de aprender.

Un caso presenciado por mí que prueba esto: cierta señora trajo un muchacho de la montaña, semidesnudo, en un estado de absoluta ignorancia, para que le sirviera de criado. Pacientemente éste había aguantado año tras año el mal humor de su dueña, pero un día se rebeló contra ella.

—Yo, señora—le dijo—, soy un hombre libre y no tolero imposiciones de nadie porque me basto a mí mismo.

Y se fué. ¿Qué había sucedido? Sencillamente, que el indiecito, robándose el sueño por las noches, había aprendido a leer y escribir. Y su primera lectura había sido Carlos Marx. Se lo sabía de memoria.

En lo que atañe a la moral—y por moral entiendo aquí la pureza de intención en las relaciones sexuales—, el indio se comporta, dentro de sus normas en un todo distintas a las del hombre blanco, de un modo rectilíneo y puro. No constituyendo para ellos falta o pecado el hecho de mostrarse desnudos, la mujer, en general, no recata sus intimidades, especialmente los senos. También he tenido ocasión de conocer una muchacha, traída a Lima para servir como criada, a la que sólo a fuerza de riñas se le pudo quitar esta costumbre. La virginidad prematrimonial, tan estimada por las razas blancas, es tenida por ellos como el mayor desprestigio, como la confirmación más rotunda de las escasas cualidades de la mujer. Su teoría es esta: cuando una hembra ha sido muchas veces solicitada, es porque reúne cualidades excepcionales que hay que aprovechar. (Estas cualidades son, en contra de lo que pueda pensarse, más de un orden práctico que de un orden estético. Sabiendo el indio que su compañera ha de ser la que le ayude a resolver el problema de la lucha por la existencia, forzosamente su predilección se dirigirá hacia aquella mujer que, por su resistencia física, por su laboriosidad, pueda contribuir mejor al sostenimiento del hogar.)



Dos ejemplares de indígenas peruanas.



Judías peruanas exhibiendo sus productos en el mercado de Puno.

Por lo demás, la raza incaica es quizá una de las menos sensuales. Al margen de toda complicación sentimental, para ellos el amor es un acto fisiológico en nada diferente de los restantes que ejecuta el cuerpo humano. Por esta razón no se practica entre ellos la caricia, el beso, el halago. Sus simpatías recíprocas durante el noviazgo las manifiestan, por el contrario, dándose empellones y pellizcos, persiguiéndose a campo traviesa, dándose sustos, etcétera, etc.

En cuanto a la Religión, su misterio es impenetrable. Aparentemente pueden hacer manifestación de sus creencias cristianas, pero, en el fondo, importaría saber si no conservan íntegros sus cultos a los dioses primitivos, si no practican sus ritos en la oscuridad de sus chozas.

Alguien ha defendido ya la teoría—muy cierta quizá—de que la primera religión es al hombre lo que la lengua aprendida en el regazo materno, en la cual se piensa y de la que se traducen todos los pensamientos antes de ser expresados. Contemplando a los indios, muchas veces me he afirmado yo en esta creencia. En esta creencia y en si, como la judía, todas las razas sojuzgadas, vencidas, humilladas, no llevan en ese silencio amenazador, en ese secreto que jamás deja de asomar a sus ojos, la esperanza de una resurrección, de un triunfo final, de un Mesías poderoso que un día habrá de venir a libertarlos...

Rosa ARCINIEGA



"Un rincón sevillano", dibujo a pluma por Oscar.

LA RISA DE SEVILLA

SEVILLA se aparece a la "estrella" cinematográfica toda rubia de sol, como hembra tendida en un lecho campero llano y verde. Esta es una impresión personal de la artista que no hemos de modificar, y sobre la que volveremos más adelante. La actriz aprehende desde la primera ojeada (un rápido paseo de cuatro casas blancas sobre el cristal de los ojos) el perfil más fácil de la población, aquel que Sevilla tiene a flor de piel: un solo trazo duro nacido del contraste violento de luz exagerada y de sombra intensa; en una palabra, la "estrella" del cine ve a la Sevilla de tarjeta postal y de costumbres típicas.

Pero atrasemos hasta el punto de inmediata procedencia de la viajera para alcanzar la contradicción del viaje. Nueva York es el arranque; de entre las formaciones de prismas de cemento con nervios de hierro; junto a las pirámides grises que tienen la decisión de escalar el cielo; bajo el cielo que está dispuesto a confundirse en color con los prismas prolongados y las pirámides crecidas; sobre unas aguas azulencas feamente irisadas de grasas vomitadas por máquinas y por barcos, ha salido un penacho de humo que emborrona y ensombrece lo que ya está revuelto y sucio: el paquebote se desgaja del "dock" con la "estrella" a su bordo, ya navega el trasatlántico hacia la mar abierta, después de haber sufrido el peso de una mirada inédita salida de los ojos ausentes de la estatua de la Libertad.



¿Qué es la travesía del Océano? El europeo entiende que es un viaje para emprender el cual hay que dejar hecho testamento; pero nosotros, los europeos, estamos aún muy encerrados en una gran concha de prejuicios; en cambio, para los americanos es un suceso trivial, son cinco o seis partidas de tenis sobre un suelo sin césped y veinte *cocktails* en un bar movible; y esto y nada más que esto es el viaje de la "estrella"; en una vuelta de bailes, sobre cubierta, divisa la ráfaga del primer faro de Europa, y a la claridad primera del día siguiente ve al gastador del continente viejo: a esta España que alarga el brazo de Cádiz para enlazar a las pasajeras bellas.

Tras de besar siete veces con besos de traidora a un necio galán, concluye la película y nace su licencia: permiso de un mes para entregarse al *reposo*. Al salir de Nueva York ha consumido tres días; al llegar a España tiene gastados diez; aun le restan veinte para conocer nueve ciudades, cruzar cinco naciones, atravesar de nuevo el Atlántico y regresar jadeante a Hollywood.

La estrella emprende la carrera de miles de kilómetros y millares de millas, y va sobre el mar a lomos de una máquina pulida y brillante, adivinada pero desconocida, y por la tierra al tirón de locomotoras escandalosas y chirriantes.

Aunque sea de pasada cantamos la modestia de la máquina naval formidable que impulsa al gran palacio de hierro y madera y sacamos a luz la presunción y el orgullo de las máquinas terrestres que desfilan siempre en cabeza y hacen vana ostentación y alarde de su fuerza a todo cuanto remolcan.

De un mundo con "girls" de conjunto pasa la viajera a otro que le es enteramente ajeno y, sin más sedante que la campiña andaluza, la mujer cinematográfica pone sus plantas lacónicas en la tierra sevillana.

Sevilla aligera de pieles el cuerpo de la actriz, que es un cuerpo flexible y adorable, de arquitectura simplista, adaptado a la edad del cine. Sobre este cuerpo caen las brasas de todos los ojos masculinos.

La primera impresión era equivocada; Sevilla no es rubia, la ciudad es morena y morena tostada a fuego que, al fin y al cabo, es mujer de las tierras bajas de Andalucía.

Sevilla—piensa la americana—es fuego; a Sevilla la posee el sol plenamente; en Sevilla arden los ojos con un incendio propio; el sol, este amo de la ciudad, es un redondo pan deslumbrador incrustado en la bóveda del cielo, que es una bóveda de horno; hasta observa saltan chispas del pavimento cuando lo rozan las herraduras de los caballos, aun cuando sean tan apacibles como los de los tranquilos guardias urbanos.

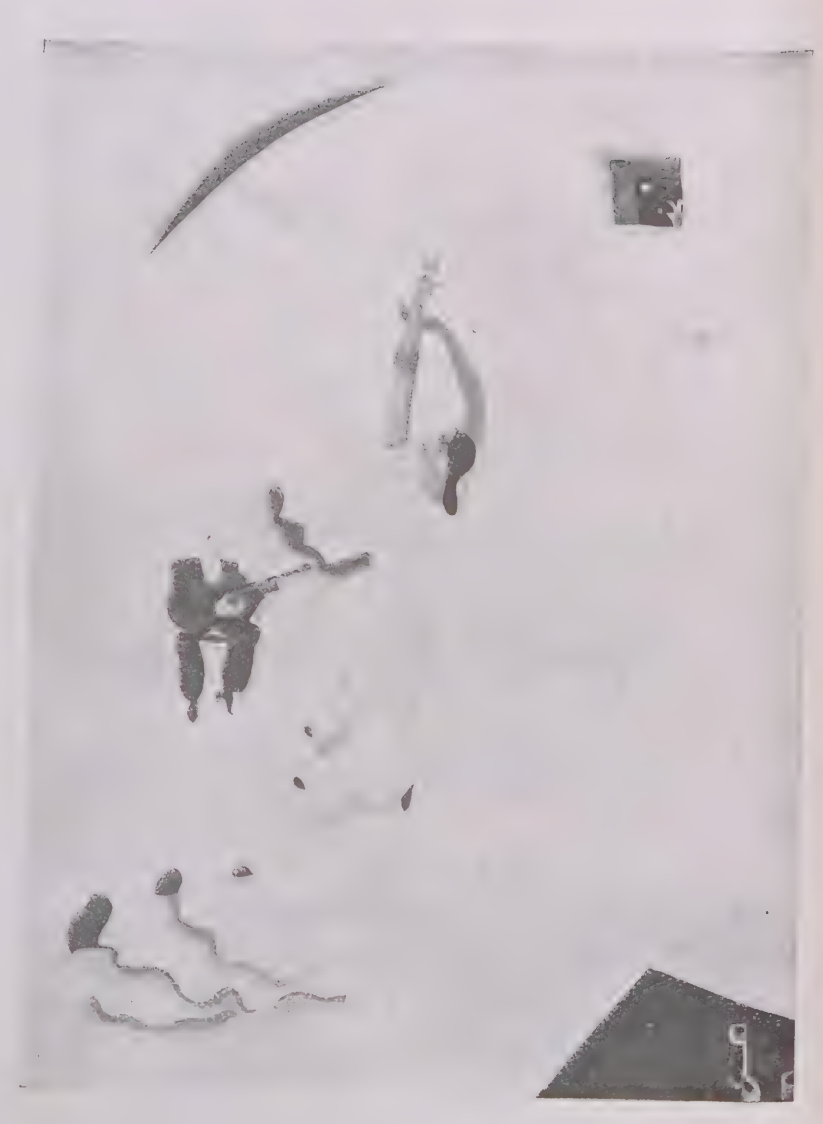
El representante de la casa productora a la que

la actriz pertenece ha trazado ya el triángulo en que ella ha de desarrollar sus actividades de turista. Comprende el plan la Sevilla religiosa de Dolorosas y Crucificados; la Sevilla torera situada en el campo porque a la sazón no había corrida en el circo de la Maestranza, y la Sevilla flamenca y bolera, la del *cante jondo* y la falda de faralaes. Vértice de estática absoluta y vértice de dinámica total y la transición que abraza en la confusión del corte a lo movido y lo quieto.

El dolor de los Cristos es un dolor macilento que se transparenta con las mismas manifestaciones del dolor humano; tal dolor rompe el equilibrio del cuerpo que lo padece. La artista ha visto esto, pero no ha reparado en la dulcedumbre que revela al Dios en las tallas de los imagineros andaluces. Le gusta más el dolor de las Vírgenes, que es un dolor con ritmo; un sentimiento que acentúa la belleza en lugar de crisparla. La "estrella" se emociona con las lágrimas de cristal que se detuvieron para siempre en las mejillas de las Dolorosas, pero acerca la emoción pura a la admiración por la riqueza con que los sevillanos visten el dolor de María.

A la penumbra de oro de las iglesias de la ciudad sucede, con rapidez idéntica a la de los noticiarios cinemáticos, la descarada luz de la llanura andaluza. El toro en la pradera: un centenar de negras manchas relucientes sobre el verde. En el acoso y derribo de las reses lucen su vigorosa destreza unos mozos campesinos morenos y ágiles. El ejercicio place a la "estrella" de tantas cintas modernas, y por modernas muy dinámicas.

A la noche, en el hotel, es la exhibición de baile y de cante, exhibición que turba el ánimo de la viajera requerida durante el espectáculo por dispares pensamientos. ¿Qué tierra es ésta en que se dan a un tiempo los talles recios y frágiles? ¿Qué sentido recóndito tiene el *jipío* del *cantaor?* ¿Cómo florecen en el mismo suelo la devoción quintaesenciada del espíritu por una imagen de lo celestial y ultraterreno y la inclinación inevitable a la llamada





de la carne? Acaso esté la razón en la hondura expresiva de los ojos de la *bailaora.* ¡Oh esta lumbre de los ojos andaluces, tan huidiza! En ella está, ciertamente, la razón de existencia de los balcones floridos y la aclaración del misterio de las cortadas esquinas de los barrios. Todas estas sugestiones le sobrenadan en el cerebro, y a todas las oscurece el veneno que filtra la leyenda de Sevilla, que, ingerido previamente, anuló la capacidad receptiva de la artista. Por entre la indigestión, la borrachera y la baraúnda espiritual suena la guitarra y suena a música aséptica, a música sin vestido, porque el lamento de la guitarra es el grito de una mujer desnuda a la que le separan las venas del cuerpo.

La "estrella" cinematográfica prosigue su viaje; al retorno, otra vez en el trasatlántico, repasa los someros recuerdos de todas las ciudades: apenas si queda en París la torre Eiffel y todos los cuadros están en todos los museos; únicamente las tarjetas postales guardan condensados y precisos los parajes que admiró. Pero Sevilla, una Sevilla que ríe con risa de castañuelas y que enseña los dientes de sus casas encaladas, queda en pie y reina en la cabeza de la actriz bajo la ondulación artificial de las finísimas virutas de oro. Cuando llegue a Hollywood propondrá una revista española que tendrá por cuadro de apoteosis un insuperable cuadro: el escenario será un caparazón aurífero de filigranas barrocas con bosque de pálidos cirios y vergel de flores de cera igual a los alegres ramilletes que cercan a la Virgen de la Macarena. En derredor de la escena habrá una cenefa clara de mujeres arrebujadas en los encajes de la mantilla española y en el centro un grupo nutrido de toreadoras y otro, numeroso también, de boleras, los cuales trenzarán a compás de guitarras los pasos de su danza; a un grito de clarín surgirán la actriz y el galán, ella de *bailaora* y él de *toreador* con su garrocha y todo, y ambos vendrán por una calle tapizada de mantones de Manila hacia las candilejas, mientras que en el foro se encenderán, en luces de ocaso—la luz de imponderable tonalidad que la acarició una tarde en Sevilla—, una larga familia de Giraldas.

José María DEL REY CABALLERO



LOS ULTIMOS DESCUBRIMIENTOS DE LA ITALICA RESUCITADA

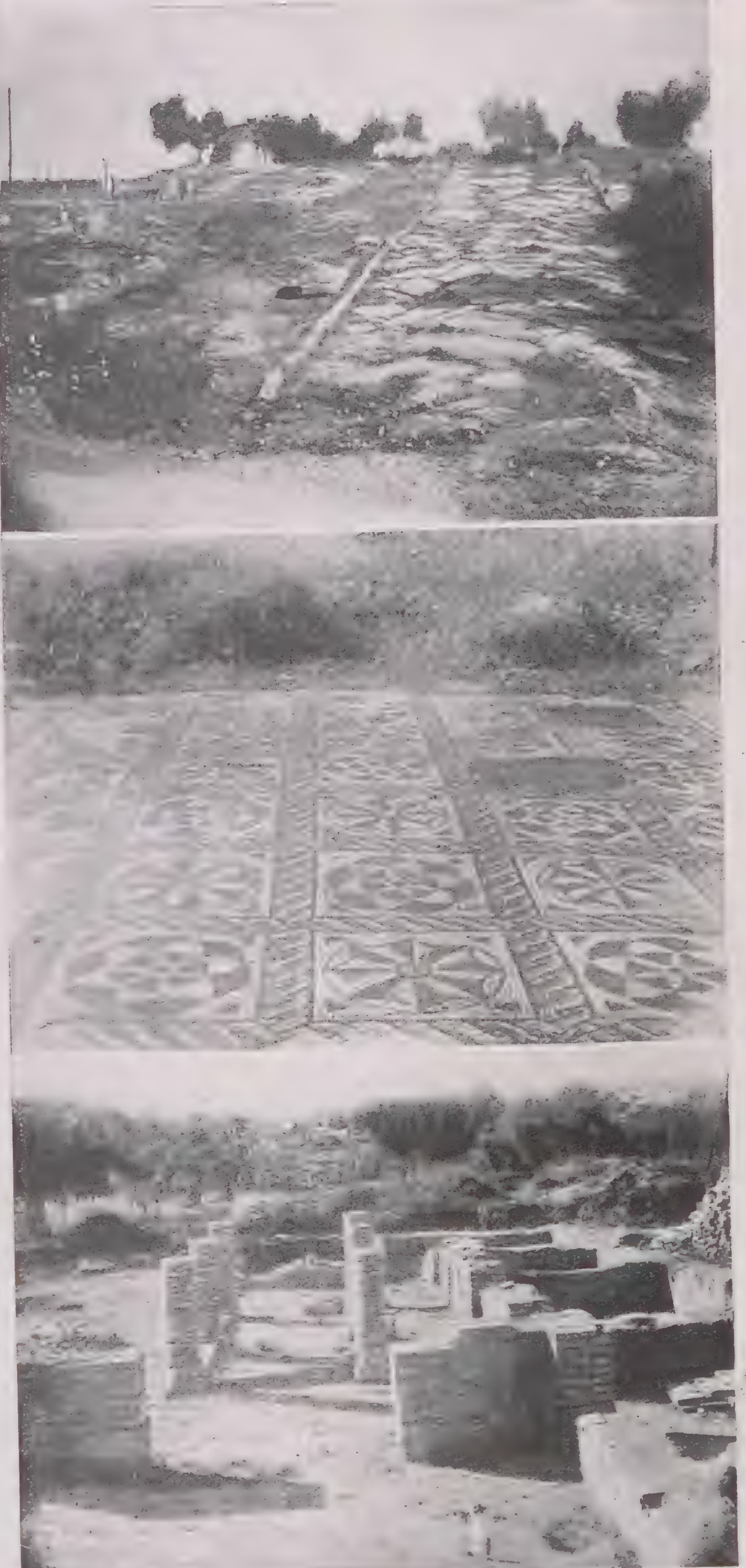


HACÍA muchos años, más de diez, que no visitaba las ruinas de Itálica, y cuando he vuelto a verlas no las conocía. La última vez que las vi sólo se habían descubierto insignificantes vestigios de la ciudad, y la fachada del anfiteatro estaba oculta por un montículo de tierra, ingresándose al monumento por una galería lóbrega y baja de techo, llamada no sé por qué ni por quién *cueva bestiaria,* nombre desgraciadamente repetido por cicerones y guías. En el centro de la arena había una depresión encharcada, a la que, con la misma impropiedad que a la galería, designaban como *naumaquia*. Igual que el centro de la arena, durante algunas estaciones del año, estaban encharcadas todas las galerías y partes bajas del edificio, porque los directores de sus excavaciones se preocupaban, más que de una labor eficaz, de una labor de efecto, desenterrando trozos de sorprendente apariencia que las lluvias invernales volvían a cubrir de fango, resultando los descubrimientos una verdadera tela de Penélope.

Las últimas excavaciones realizadas desde el año 1911 al 1917 pusieron al descubierto, entre otras partes del anfiteatro, la entrada, ya descompuesta, de la galería excéntrica del lado norte, construída de sillares sobre hormigón y varios huecos incompletos revestidos de amarillentos sillares y flanqueados por columnas adosadas (faltas de capiteles, pero con basas de las llamadas áticas) sobre un cimiento general de cantería paralelo al camino que conduce al circo desde la carretera de Extremadura, encontrándose entre los huecos primero y segundo un husillo fabricado de ladrillos, con las aristas vivas, cerrado por una piedra rectangular con cuatro perforaciones simétricas. También fué desenterrada la fachada del cuerpo inferior del eje de Poniente, compuesta de cinco huecos concéntricos de cantería sobre hormigón, flanqueados, como los anteriores, por columnas adosadas de basas sin toro ni escocia, y, en el extremo norte, la parte superior de la galería de este lado revestida de sillares y en comunicación con la fachada del mismo por medio de estrecha puerta lateral, de la que subsisten el hueco, las jambas de cantería y algunas dovelas. Quedaron al descubierto las escalinatas de piedra de los extremos norte, noroeste y suroeste y parte del departamento del eje longitudinal del cuerpo inferior, que tiene una altura de 5,50 metros desde el pavimento, que es de losas de piedra blanca hasta la bóveda, que estaba rota por varias partes.

Estos eran los descubrimientos más importantes que se habían llevado a cabo la última vez que estuve en Itálica

Quedé verdaderamente asombrado al comparar lo descubierto hasta entonces con lo que hoy se ofrece a la vista de todos. Al acercarse al anfiteatro se ve una buena parte de la fachada prin-



Perspectiva de una de las vías descubiertas. — Magnífico mosaico italicense, perfectamente conservado, aparecido en las excavaciones.—Resto de una casa en que aparece un salón revestido de mármoles.

tásticas suposiciones, ateniéndonos sólo a cuanto nos dice la joya con su muda elocuencia.

Un oficial con el uniforme usado por los ejércitos que guerrearon en tiempos de la primera República francesa o en contra suya, y luego de Bonaparte, se hizo retartar por un artista exquisito para testimoniar su amor a la mujer preferida, o, como era frecuente entonces, para que la miniatura sirviera de ornamento principal de la pulsera de esponsales. La boda se realizó, y más de veinte años después, viviendo o muerto ya el esposo, quiso la dama llevar sobre la fina articulación de la mano, por su tamaño casi de niña, el recuerdo de todos sus cariños, la felicidad pasada y el consolador presente, la historia efectiva de su corazón, la síntesis y la razón de su vida. A los lados del marido, que en el retrato es joven y distinguido, están colocadas las dos hijas; la mayor, sin duda, tiene el pelo oscuro y ojos garzos, se peina con raya y moño, en rodete bajo, con un encañonado de bucles que convergen en la frente; la nariz es fina, la boca de labios delgados; viste traje de escote alto, terminado por un volante de encaje; al cuello lleva anudado un pañolito rojo con fleco. La hija menor es de expresión ingenua, de ojos grandes y negros como el cabello, que deja libre la frente, y en las sienes se sujeta en tirabuzones cortos; la nariz y la boca, más carnosas, tienen una línea movida, graciosa; el cuello y arranque del pecho parecen torneados; el traje es blanco. Queda aún el hijo; el heredero del apellido, y su miniatura difieren totalmente de la de sus hermanas; es monocroma y de mano experta, al parecer inglesa, siguiendo las huellas del gran pintor Gainsborough, de quien se conserva una en sepia, retrato de un Mr. Haskell de Winton. Por su juventud, no sería aventurado suponer se encontrase el muchacho estudiando en la rubia Albión, en algún gran colegio, y eso que no lleva el uniforme entonces indispensable en tales centros de enseñanza, sino el traje prescrito en la vida corriente, pero siguiendo la moda inglesa del cuello de la camisa alto y vuelto sin cerrar y la corbata con un nudo flojo, moda que lanzó la señoril elegancia de lord Byron.

Lo que ofrece verdaderas nebulosidades es la nacionalidad a que pertenece esta familia, que, de ser española, clasificaríamos, por el traje y peinado de las hijas, dentro de los años 1822 a 28, cuando teníamos por reina a la bendita doña María Josefa de Sajonia, la tercera mujer de Fernando VII; pero entonces los miniaturistas más buscados en la corte eran Luis de la Cruz, a quien se designaba con el nombre de "El Canario", José Delgado Meneses y Nicolás García, los cuales pocas veces llegaron a ejecutar obras de esta calidad, y su técnica tampoco se ajusta a ellas.

La parte de joyería, de oro de dos tonos, puede asegurarse es francesa, y eso hace inclinar el ánimo a que también tuvieran igual nacionalidad la familia y los autores. Aunque ya un tanto decadente la miniatura en Francia en el reinado de Carlos X, vivían todavía los afamados Isabey y Augustin; gozaban de escogida clientela en París el inglés Thomson y Daniel Saint, que hizo el retrato de Napoleón, para que, rodeado de brillantes, de coste de medio millón de francos, lo llevara la reina María Luisa a su entrada en la capital. Astro nuevo en la especialidad era entonces Amada Lizinka, conocida por Mme. Mirbel, quien cobraba 1.500 francos por cada una de sus producciones.



Aun pasados los años estos objetos íntimos, nacidos al calor de un sentimiento delicado, parecen conservar un perfume especial que produce emoción... ¡Por algo son románticos!

Joaquín EZQUERRA DEL BAYO.
De la Academia de San Fernando.

TENERIFE

EN EL MONTE DE LAS MERCEDES

Nos detenemos en el temblor sumiso de la hojita, que cara al cielo aguarda el instante de su caída? O, sin miedo al bosque inexplorado y misterioso, ¿decidimos llegar a sus anárquicas profundidades? Si lo primero, nos encontramos con la facilidad expresiva de ese mundo múltiple y alado que se ofrece en esa alfombra verdosa con que nos recibe el paisaje. Mas si abandonamos esta posición, puramente externa, decidimos llegar a lo interior, habremos de preparar nuestra capacidad lírica para no aparecer desacordes en medio de concordancias tan rotundas.

Nada más fácil que un paisaje, y, a la vez, nada más difícil. Depende del sitio en que coloquemos la mirada. Si la mirada, siguiendo el vulgar concepto turístico, resbala por la superficie contemplada, deseando encontrar lo antes posible el marco propicio, mal hará en pasar de la hojita temblorosa. Su sitio está allí: en la ramita que le cuenta sus secretos al sol, en la misma que sirve de asidero y lecho de amor a la avecilla indiferente. Y entonces el paisaje es fácil, tiene la deliciosa facilidad de las cosas bullentes; de esas cosas bullentes que pasan sin pretensiones de dejar surco.

Pero si, buscándole al paisaje su sentido íntimo, la mirada se hace atrevida y pintoresca, entonces nos tropezaremos con la dificultad que ofrece todo lo sorprendente. Entonces el paisaje es difícil. Es difícil como son difíciles todas las sensaciones que han de aclararse con ayuda de la razón.

LIRICA Y RETORICA.—El paisaje es un hecho natural. Un motivo natural que la imaginación hace público con sus inagotables recursos. Es la Naturaleza retocada o rectificada por la mano de Dios. Pero también es un tema de Arte. Un tema de Arte en sí y por sí, no merced a las intromisiones, generalmente absurdas, de esos seres inquietos que hemos dado en llamar artistas; no a través de la visión estética con que nos amargan la vida ciertos poetas y pintores de menor cuantía.

Y como tema de Arte habremos de hallar en él todo ese conjunto de gracias emotivas y plásticas a cuyo amparo se manifiesta toda una Belleza y, por consecuencia, toda una Estética, y también una Lírica y una Retórica.

Un paisaje es lírico y es retórico. Es barroco y es romántico. Como la Oratoria, como la Literatura, como la Arquitectura: como todas las Bellas Artes.

Hallarle su sentido retórico será ponerle en comunicación con el vendaval que lo azota o el airecillo que lo acaricia. Sin precisión de desentrañar el convencional arabesco que muestra el ondulante ramaje. Es trabajo muy fácil. Muy accesible. Poco complicado. Bastará con que corramos a tenor de su hojarasca y contemplemos el cimbrear de sus árboles con admiración exclusivamente plástica, externa, sin relación con ningún alentar íntimo. Es la mirada del turista que recurre a la máquina fotográfica para retener en el silencio frío de una cartulina lo que no pudo en la cámara ardiente de sus sensaciones. La parte retórica del paisaje está creada para esta clase de admiradores. Para los que pasan por él sin ánimo de complicaciones ni regustos anímicos. No compren-



La piedra y el monte.

dieron, no se detuvieron a comprender su estética y se quedaron prendidos en algo más endeble: en el grafismo gracioso y colorista de su vida aparente.

Sin embargo, si queremos ponernos en relación con la plenitud lírica del paisaje, con ese aleteo profundo en donde la palabra se quiebra y el sonido se hace espuma, entonces habremos de desprendernos del detalle, de lo ocasional y anecdótico, para integrarnos en ese mundo de intimidades sólo accesible al atrapo de un alma insomne.

La lírica de un bosque (que, como todo lo lírico, es la apenas perceptible exposición de un estado determinante del sentimiento) está forjada por un silencio cuyo pretérito habría que hallarle su engarce en épocas ya muertas, y por un futuro todo lleno de siglos expectantes. Su interior, acariciado por somnolencias perennes, por francas indiferencias, ha logrado conceder a la esperanza caracteres de inexistencia. En el interior de un bosque nada aguarda. Ni el tiempo. Y unas veces recibiendo promesas solares que se volatilizan coquetuelas, y otras jugando con curiosos y albos rayos de luna, cree que



En donde la voz humana se hace señera...

el espacio vive sin posible alteración. En una continua y lenta dosificación de temperaturas y colores.....

La entrada del bosque es bélica. Impone. Los seres que lo habitan no saben de la vida uniformada, academizada, restringida. Han hecho de lo primitivo lo secular, lo permanente. Y lo inatacable. Sólo morirán con el bosque, mientras el bosque, insensible al estómago humano, ignora que sólo en éste vive su final.

No obstante aquel ambiente bélico, asociable, allí todo palpita con perfecta sociabilidad, todo es regalo. Nada tiene precio. Ni etiqueta. Ni historia. Todo es actual, permanentemente actual. Entrañablemente lírico...

. . . .

Y si nuevamente quisiéramos encontrarnos con el sentido retórico del paisaje, tendríamos que subir por el camino onduloso de su arboleda. Hasta tropezar con airecillos sin intimidad, eternamente libres e imprecisos. O con manchas lejanas de recortados colorines, creadas al calor de un criterio absolutamente barroco...

Roberto de GANDIA

El monte de Las Mercedes se abre a los ruidos de la civilización.

4 puntos

NO PRUEBE
mas dentífricos
USE
los famosos productos
ORIVE
pasta y elixir

1 BLANQUEA LOS DIENTES
2 HERMOSEA LAS ENCIAS
3 EVITA LA CARIES
4 PERFUMA EL ALIENTO

LICOR DEL POLO

ENRIQUE CHARA





LA SEÑORA X... ANTES DE LA OPERACIÓN

LA MISMA SEÑORA, UN MES DESPUÉS DE LA OPERACIÓN

Pedid detalles y fotografías al Dr. E. VERRIER
Paseo de Gracia, 105 -:- BARCELONA

ESTREÑIMIENTO
CURACIÓN COMPLETA CON LOS





Laxantes y depurativos. Dosis: 1 ó 2 granos al cenar

Se expenden en frascos de 25 y 50 granos en las farmacias,
- - - - droguerías y centros de específicos. - - - -

¡¡Es mejor prevenir o curar que sufrir!!

VICHY

cuya cura es el tratamiento mejor considerado para las enfermedades del hígado, del estómago y otras análogas

Temporada: ABRIL-OCTUBRE

Varios hoteles de distintas categorías :: Casinos :: Teatros
Hípica :: Golf :: Tennis :: Polo

Informaciones: SYNDICAT D'INITIATIVE DE VICHY







LA BARATA
DE
CONRADO AGUILERA
Teléfono 51936

COMESTIBLES FINOS — CONSERVAS DE TODAS MARCAS
VINOS FINOS DE MESA DE SU PROPIA COSECHA
Precios excepcionales para Colegios y Comunidades religiosas
SE SIRVE TODA CLASE DE PEDIDOS RAPIDAMENTE A DOMICILIO
Calle de Alcalá, Pasaje Moderno, núm. 9
SUCURSAL: PEDRO HEREDIA, 8



D.ª Mercedes Alvarez Flórez de Rivera, distinguida dama de la mejor sociedad cubana, esposa del Sr. D. Juan Rivera, que ha venido a fijar su residencia en Madrid.



Don Juan Rivera, ilustre financiero, vicepresidente del International Banking Corporation, de los Estados Unidos, que ha venido a encargarse de los negocios de esta poderosa entidad en España.

Notas sociales

Grupo de distinguidas señoritas que tomaron parte en el festival organizado en el teatro de la Zarzuela a beneficio de España Femenina.

EN LA EMBAJADA ARGENTINA.—*El embajador de dicha República y señora en la recepción que dió a la colonia de su país, residente en la corte, con motivo de celebrarse la Fiesta Nacional de la República Argentina.*



EN LA CASA DE ITALIA.—*El embajador de Italia y señora presidiendo el reparto de premios de fin de curso de lengua italiana para españoles residentes en la corte.*

Fotos Marín

LAS MUJERES QUE CUIDAN DE SU BELLEZA FISICA EN ESPAÑA

LA LÍNEA,
EL RITMO
Y LA GRACIA



DE LA MADRE DE FAMILIA
A LA SEÑORITA QUE ASPIRA
A SER ESTRELLA

RITMO

El zaguán es hondo y oscuro—zaguán de casa amplia y vieja, con portalón corrido al foro—. Y al empujar una puerta el aire, parece poblarse de claridad.

¡Ta-tatatá-tatá-tará!... ¡Ta-tatatá-tatá-rará!

Es un repicar de crótalos, vivo, dulce, suave, rítmico. Aire de marcha, repique de nuevas marcialidades.

Un hombre ancho, rojo, mondo, suena el crótalo con la diestra. Con la izquierda acompaña. Y une al repique un silbo que suena a siringa y flauta a un tiempo. Y, delante de él, una, dos, tres, cuatro, ocho, doce, catorce muchachas sostienen el paso ligero y la ondulación elástica de piernas y brazos en un movimiento rítmico de danza pagana. Saltan, se humillan, se engallan, finas, ágiles, como si sus músculos se fueran distendiendo bajo las notas tirantes y armónicas de la siringa.

Y el crótalo...

¡Ta-tatatá-tatá-tará!... ¡Ta-tatatá-tatá-tará!

Estoy en la gran sala de ejercicios de la Sociedad Gimnástica Española. Unas ventanas en rampa, como las de las toldillas, tamizan la luz hiriente del mediodía. Paralelas, anillas, caballetes, escalas, trampolines, poleas. Todo claro, limpio, ordenado, y aquellas muchachas saltando ágiles... ¡Qué sensación de cosa nueva! La vida parece pesar menos.

El señor del crótalo se ha detenido. Las catorce señoritas se han quedado erguidas, quietas, con una gentileza de gracia joven que encanta. Son la avanzadilla del brillante ejército de señoritas que hacen gimnasia bajo la dirección de Andrés Schwarz.

Andrés Schwarz es el profesor de cultura física de la Gimnástica. Aun sostiene el crótalo en la mano. Y mientras las señoritas descansan, frente por frente a Schwarz, hablamos.

Es una tregua en el ritmo.

LA LINEA

Ya hemos dicho.

Schwarz es rojo, es ancho, es mondo. Tiene los movimientos un poco secos, y, al respirar, el aire parece inflarle hasta la cruz de los hombros.

—Usted es centroeuropeo, ¿no, Schwarz?

Habla un correcto español:

—Soy húngaro.

—Ya casi un español.

—Claro. Seis años en España.

—Siempre de gimnasia.

—Siempre. Primero en Barcelona y ahora aquí, en la Gimnástica.

—Una verdadera autoridad en la materia.

Schwarz sonríe, modesto.

—Me gusta mucho.

—Y aquí, ¿muchas alumnas?

—Más de ciento cincuenta, entre ellas muchas señoras casadas, que vienen con sus hijas. Casi familias enteras.

—Eso está bien. Con un poco de retraso; pero todo va llegando, ¿verdad?

Asiente.

—La gimnasia es muy necesaria para la mujer. Ayuda la naturaleza, facilita la maternidad.

—Es cierto.

Schwarz añade:

—Además, la gimnasia es un medio educativo; hace el cuerpo proporcionado y fuerte. La gimnasia rítmica da gran soltura y gracia a los movimientos.

Schwarz ha mirado la hora.

—Voy a continuar—añade.

Forma los cuadros con sus discípulas y comienza la parte dedicada a ejercicios respiratorios.

MIENTRAS ELLAS TRABAJAN...

Sobre la superficie entarimada suenan los pasos raudos y acompasados de las gimnásticas. Desde uno de los ángulos contemplamos las evoluciones. Y mientras ellas trabajan, Guevara, secretario de la veterana Sociedad, y Cerdera, delegado de Esgrima, vamos platicando de mil cosas.

Guevara nos dice:

—Sí; es innegable que esto está bien. Sin lujos; pero no se



En las escaleras se agrupan artísticamente las señoritas del gimnasio.

—Hay quien cree que la gimnasia masculiniza, da una fuerza inadecuada a la mujer.

—Eso ya no se acepta en ninguna parte. La gimnasia lo que hace es estilizar, embellecer los movimientos de la mujer. Le da a la línea un nuevo sentido de belleza clásica que antes no tenía; corrige, perfecciona. Por su misma armonía, la gimnasia rítmica desarrolla el sentido artístico y musical.

—Usted notará los cambios, ¿no?

—Muchísimo. Los progresos son tan evidentes, que una mujer llega a cambiar de pies a cabeza.

—En España hay muy poca afición a estas cosas. Es lástima.

—No hay apenas ayuda oficial. El Estado español reaccionará, sin duda, pronto en el sentido de favorecer más intensamente a la gimnasia. España tiene que hacer lo que otros países hacen. En Alemania, Austria y Hungría el Estado tiene gimnasios propios. Lo mismo sucede en otras naciones. En Budapest existen gimnasios municipales que los Ayuntamientos ceden en determinadas horas, y por poco dinero, a las Sociedades particulares.

carece de nada. En breve comenzaremos las grandes reformas proyectadas. Vamos a hacer un nuevo vestuario para señoritas y ampliaremos todas las instalaciones y servicios.

—En la actualidad cultivan ustedes muchos deportes, ¿no?

—Aquí se practican la esgrima, el boxeo, la lucha y la gimnasia. También tenemos secciones de montañismo, excursionismo y náutica.

—Debe ser la Gimnástica una de las más antiguas Sociedades deportivas de España.

Cerdera afirma:

—Desde luego. La Gimnástica lleva ya cuarenta y cinco años de existencia.

—¡Ah! Y sin fútbol.

Guevara sonríe para decir:

—Afortunadamente, sin fútbol. Vivimos ahora mucho mejor que antes. El fútbol era una rémora y una dificultad en muchos sentidos.

—Y sin campo.



Srta. Juanita Alcon

—Sin campo de deportes. Esto es lo más lamentable. Lo estamos buscando y no dudamos en encontrarle pronto.

Las señoritas han terminado esta nueva parte de ejercicios. Se disponen a unos nuevos minutos de tregua. Suenan risas, vayas, bromas. El gimnasio es un alboroto de pajarera.

Cruza frente a nosotros una de las señoritas gimnásticas. Es una muchacha morena, alta, esbelta, con una gracia fina y nueva en la maravillosa armonía de su forma física. Y la abordamos. ¡Ah! Realmente, en un gimnasio también puede tener importancia la declaración de la señorita que hace gimnasia.

GRACIA

La señorita se ha detenido, algo cohibida al vernos avanzar hacia ella.

—Perdónenos usted, señorita.

—Usted me dirá.

—Yo quisiera que me dijera usted, señorita...

—Pues... usted me dirá.

Me debo estar haciendo un taco.

—Sí; es verdad. Aquí quien ha de comenzar diciendo, pues... pues soy yo.

—Claro.

—¿Usted es alumna de la Gimnástica?

—Naturalmente.

—Sí..., sí... Ya lo había advertido. Perdóneme, pero yo quería saber si a usted le gusta hacer gimnasia.

La señorita que hace gimnasia se ríe deliciosamente. Y responde:

—Me gusta mucho hacer gimnasia.

—¿Por qué?



Srta. Blanca Salvide



La clásica estrella

—Porque está una más ágil, más fuerte. Está una... mejor en todo. Mejor en todo, eso es.

—Y además encantada de que sea aquí...

Me corta:

—Encantada, sí, señor. Aquí en la Gimnástica se cuidan mucho de los alumnos, nos enseñan bien. Ya usted ha visto qué bonitos ejercicios se hacen.

—Sí; ya los he visto. Entonces ¿usted cifra en la gimnasia su suprema felicidad?

Duda unos instantes:

—¡Caramba! No tanto. Pero ¿me va usted a interviuvar?

—Es muy periodístico saber cómo piensa la señorita que hace gimnasia.

—¿Qué pienso de qué?

—De la vida, de la mujer, de la casa...; qué sé yo.

—¡Ay! Ni yo tampoco.

Nos reímos los dos.

—¿Usted es de Madrid?

—No, señor. Soy de Vizcaya; de Bilbao.

—Me place.

—Para...

—Para felicitar a Bilbao. Su gracia...

Otra duda. Al fin:

—Juana Alcón.

—No le va a pasar a usted nada por este interrogatorio.

—Ya lo sé.

—Y su vida...

—¿Mi vida? Hacer gimnasia.

—Aspiraciones...

La señorita Juanita Alcón se resiste a decirme sus aspiraciones.

—¿Para qué le interesan?

—Son un detalle más.

—Pues aspiraciones..., muchas.

—Muy justamente. ¿El hogar? ¿El teatro? ¿El cine?

—Sí; el hogar está muy bien. Y el cine... también.

—¿Le gusta a usted Jeannete Mac Donald?

—Me gustan otras.

—¿Y Chevalier?...

—¡No!

—La felicito a usted. Siente usted el arte.

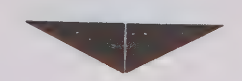
—Ya veremos.

—Eso es todo un emplazamiento. Señorita..., pues yo la emplazo para verla quitándole moños a la Mac Donald.

Y la señorita que hace gimnasia, sin darme más importancia, se va. Pisa fácil y firme, con un pequeño paso rápido que tiene algo de majestuoso. Paciencia.

También yo me voy. Y lo hago pensando en el gran servicio que a la vida, al arte y a la belleza le están rindiendo este gran profesor Schwarz y estos entusiastas directivos de la Gimnástica. Sobre el atardecer de la existencia están encendiendo las bengalas magníficas de estas lindas señoritas que hacen gimnasia. Que ellas, pues, nos iluminen.

RIENZI



EL BOXEO MUNDIAL

LA RIQUEZA, LA GLORIA Y LA POPULARIDAD

ENTRE STRIBLING, SHARKEY Y CARNERA

EL CETRO

El cetro. ¿Qué es el cetro? En la antigua Roma el cetro era el símbolo de la más alta dignidad. Era el poder, la riqueza, la gloria, hasta la popularidad; porque siempre fué la popularidad la más fiel representación de los prestigios bien adquiridos. Quizá por eso Norteamérica, país demasiado joven para tener historia, y atento seguidor de las tradiciones de la vieja Europa, afirma que Schemching es un campeón sin cetro. Lo que es lo mismo: falto de ese reconocimiento unánime que valora y prestigia.

Schemching es alemán, es el primer campeón mundial de todas las categorías que no luce la estrella americana en los calzones, y posiblemente de ahí que el cetro, para el nacionalismo deportivo yanqui, no esté "en buenas manos". Es también seguramente por lo que, en busca de tal comprobación, los americanos le hayan buscado la "chance" a Schemching entre los tres hombres más calificados del mundo pugilístico: Stribling, Sharkey y Carnera. De estos tres habrá de salir el que asalte el título máximo, hoy en manos alemanas.



Sharkey



Primo Carnera

LA POLITICA

América del Norte es el país de las transacciones. Es, por consiguiente, América del Norte, a pesar de su practicismo, el país político por antonomasia. Es de una política práctica. Esta política práctica se refleja de un modo flagrante en su vida deportiva, de especial manera en el boxeo. De ahí que nada en la relación entre los hombres sea comparable en complicaciones, alertas, amagos, retiradas, concesiones y, en una palabra, cuanto es y significa negocio, a la organización de uno de esos grandes torneos pugilísticos con que los promotores estadounidenses asombran la sencillez pascual de los europeos.

Tres hombres, decíamos, monopolizan la atención y la preferencia de los organizadores de la nueva batuda mundial. Se conocen los nombres; pero no la estructuración oficial del torneo, reservada para que la sorpresa sea un nuevo aliciente de la lluvia de dólares que acompaña a toda competición de tal envergadura. El orden y la composición de los combates seguirá cambiando a tenor de las exigencias del bolsín hasta que las seguridades del éxito aconsejen el momento definitivo.

Cuatro, seis, ocho combinaciones diferentes en el plazo de un mes. Y hoy son, al parecer, tres los combates que decidirán la posesión del supremo título: Sharkey-Carnera, el primero. Stribling con el vencedor de la anterior pelea. Y el triunfador de ésta subirá al cuadrilátero como "challenger" oficial al campeonato del mundo para medirse con Schemching.

El instante del choque entre los dos mundos—el viejo y el nuevo—se aproxima. Europa, luego de desposeer al músculo americano de su supremacía boxística, se apresta a conservarla en lucha abierta. Schemching y Carnera serán los que, en nombre del pugilismo europeo, darán la réplica el poder yanqui. La justa se presenta con caracteres de encarnizada violencia. Esperemos.

R.

ECOS DE VERBENA



Ante los fotógrafos "al minuto", las chicas alegres verbeneras posan con sus clásicos mantones de Manila.

Alegría verbenera. Risas, voces, ruidos...

Cantos. Cohetes que desgranan en el espacio sus crines de jinete alocado. Campanas llamando a beber ilusiones. Caballitos en carreras que no terminan nunca. Tiros. Rifas. ¡A quién le doy la suerte! ¡Tres pelotas para tumbar al negro, un real! Churros. Empanadas. Organillos. Barcas balanceándose en el mar del cielo... Magnífica gama de gritos que atronan el espacio, librando descomunal batalla con el viento, abofeteándolo en pleno rostro, despidiendo sonidos melodiosos que nos embelesan, arrullándonos en una encantadora quimera, que tiene por dosel la noche clara y limpia, con su manto de bellotas plateadas; los gallardetes, picachos de las casetas; los arcos cuajados de flores y sosteniendo el balanceo de unos policromos farolillos venecianos; los mantones de manila, cabellera suelta de gran sultana... Todo nos invita a gozar, a vivir, y en este bullicio de la verbena somos más niños, algo así como almas celestiales, borrachas de un paraíso más fantasioso que aparente.

A divertirse, señores, toca. Bebamos. Madrid os ofrece, en la bandeja de su verbena, lindas copas de alegría, de bullicio y de majas y chisperas goyescas.

La verbena forma una pequeña ciudad, con sus calles encurvadas y festoneadas de yedra. La multitud, ansiosa, se deleita con avaricia, queriendo abarcar con sus pequeños ojos el inmenso espectáculo que presencia. En todos los semblantes se presienten deseos nunca satisfechos. Y en enorme contraste social, dentro del recinto esplendoroso de la fiesta y bajo la soberanía del pueblo, se confunden en mutua camaradería el pobre jornalero que da un rato de expansión a su cuerpo atormentado por el trabajo y la encopetada aristócrata que, del brazo de un marqués, derrocha en el cálido ambiente el embrujado perfume de su fino cuerpo.

Por encima de todo este contraste, entronizadas en el palacio de luces de la noche, las castizas mujeres del pueblo, ceñidas sus esculturales figuras por el conjunto de rosas negras, encarnadas y amarillas de un mantón cuyos flecos besan esas miniaturas de pies que, al taconear, van levantando ¡oles! de entusiasmo. A estas mujeres triunfadoras del certamen, con ojos bulliciosos que tienen resplandores y misterios nuevos, las rogamos que se abstengan de enviarnos esas hechiceras sonrisas, que para morir tiempo nos queda aún.

Vive, madrileña. Goza. Tu camino es siempre estar fresca como una camelia y con tu rostro bañado por una brasa encendida de optimismo. No te importe que no siga tus pasos un "niño bien". Quieres, para ser feliz, un buen marido. Y lo encontrarás, no lo dudes.

—¡Torraos calentitos!... ¡Torraos!

En toda la verbena suenan las alegres notas de los organillos, que, al mezclarse con el aire, tienen risa de musa popular.

Las freidurías de churros, con sus luces de viejos candiles, infectando estos lugares con el tufo del aceite, nos venden las condecoraciones de la verbena.

Las tascas, en cambio, nos invitan a hacer un alto en camino. Alineadas en su mostrador, unas cazuelas despiden olores de gran hotel. Los gastrónomos devoran opíparamente el suculento convite, y sus gargantas son el fonil por donde pasa la mercancía condimentada al tonel del estómago. Los huevos cocidos, calvos a fuerza de tanto pensar, nos hacen vislumbrar el pollo asado que contendría si le hubiésemos puesto a incubar.

La manzanilla, agua bendita de Andalucía, deja verter su líquido tornasol en pequeños vasos. Mientras, el rasguear de una guitarra acompaña las lamentaciones hieráticas del "cante jondo". Brindemos... A la salud, madrileños.

Las detonaciones apagadas de los magnesios en las fotografías al minuto, mueven nuestra curiosidad. En los testeros de la barraca de maderas y telas viejas se apoyan unos lienzos pintados con diversos asuntos: una reja andaluza, un caballo a lo jerazano, un avión y numerosas estampas, algunas de muy mal gusto.

Una pareja, arrullada en falsas promesas, solicita ser retratada en el avión, y de esta manera hacerse la ilusión de que sus amores vuelan hacia un imposible.

Las rifas forman una de las notas más pintorescas de la verbena. El público, caprichoso e ingenuo, quiere, con poco dinero, llevarse a su casa cuanto le gusta gastando pocas pesetas, pero ocurre, las más de las veces, que en lugar de llevarse lo que le deslumbra lleva los bolsillos aligerados de plata.

Beben, entre bromas y risas, en los populares "porrones" de los puestos.

—Yo tengo buena suerte al número 13. ¡Oiga, a mí el 13!... Sí, hombre, el 13. Vaya cara que pone de desconsolado.

—¡A quién doy la suerte!... Los últimos que me quedan. ¡Atención, señores, que va el número!

Y las ruedas, ansiosas, recorren caminos que nuestros ojos no alcanzan a ver. Ya se va parando. Todos los corazones penden de hilos multicolores engarzados a los radios de la rueda. Se paró.

—El 48. Una preciosa muñeca, traída especialmente de París para estas fiestas.

Algunas personas, decepcionadas, se marchan. Otras se quedan, queriendo atrapar la suerte con la punta de los dedos y guardársela en el bolso.

Todo en la noche grita y canta y bromea y ríe, como animado por un espíritu ambulante, bohemio y feliz.

Las barracas, desfiguradas tiendas de campaña, exponen en sus portales unos rostros maquillados y en trajes de escena. Nos paramos ante una. Tres chicas encaramadas en un cajón, con polvo de todos los caminos, invitan a pasar mediante el pago de la pequeña cuota de treinta céntimos.

—¡Señores, que va a empezar! ¡No dejen de ver los más modernos charlestones importados de la capital de Francia!

Y las tres ninfas sonríen. Sin embargo, una, la más pequeña, surcos indecibles de tristeza cruzan su rostro. Es la que menos ríe.

Entramos. En un escenario endeble, unos ritmos descompasados hieren el tablado. El público piropea a las artistas, y ellas, como pobres bestias de trabajo, ríen también, felices de encontrarse en este sitio. La más joven no ríe. Desdeña las flores que en honor suyo vierten sus admiradores. ¿Por qué estará tan triste?

Al terminar la corta representación nos acercamos a ella. Indagamos el escaso ánimo que muestra continuamente.

—Apártese. Que no le vea mi padre hablar conmigo, pues entonces me pegaría.

—¿Tu padre te pega?

—Sí; verá usted... Mas me da mucho miedo. Aunque tiene que ser muy bueno y se lo voy a contar. Sí, señor, mi padre me pega. Hace un instante, estaba tan fatigada de trabajar durante todo el día, que pedí un poco de reposo a mis catorce años. Su respuesta fué ésta.—Y me enseña un hombro sellado por impulso brutal. De un golpe.

—¡Cobarde!—se escapó de mi boca.

—¿Me compadece? Gracias. Lo estimo en lo que vale. Ahora márchese, se lo ruego. Me puede ver mi padre y... ya usted sabe.

—¿Y cuál fué la causa de negarse a que descansaras?

—Sencillamente. El dice que soy su mayor reclamo por mi lozana y fresca hermosura, y, al no verme, el público se marcharía y los ingresos disminuirían. Además me amenazó con no darme de comer y romperme mis muñecas. Obedezco. No tengo otro remedio.

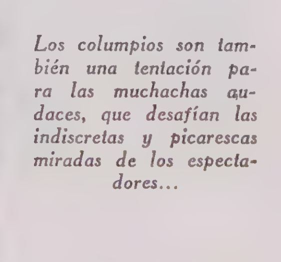
Triste relato de titiriteros. Gente sin escrúpulos y sin conciencia, ganapanes desaforados a costa de sacrificios de sus hijos. Hombres sin entrañas. En la apoteosis de luces, colores, gritos, silbidos y estrellas, queda enterrado el mezquino sentimiento que albergan vuestros corazones de padres.

¡Verbenas! Sois simpáticas y alegres. Jóvenes, a pesar de ser tan viejas.

¡Madrid romántico, tu espíritu castizo no muere! A pesar del aire de populosa y moderna ciudad que quieren darte la mole inmensa de esos edificios, escaleras de llegar al cielo, tu leyenda está perennemente escrita en la historia de tus calles, inmortalizadas por tantos hechos gloriosos, y conservas el aire de añeja capital provinciana, adormecida y rezagada, un poco perdida de olvido a lo largo de cualquier cintal polvoriento de Castilla. Pero no te sonrojes. Es tu vida propia, sin artificios, deslumbrante, la que flota ambarina en esta verbena.

Mirad: Ante nuestra vista cruza una madrileña castiza, arrebujada en su mantón, montada en "manuela" de escuálidos caballos; surge de Maravillas, de Lavapiés; va hacia San Antonio de la Florida.

José L. GONZALEZ ALVARADO



Los columpios son también una tentación para las muchachas audaces, que desafían las indiscretas y picarescas miradas de los espectadores...

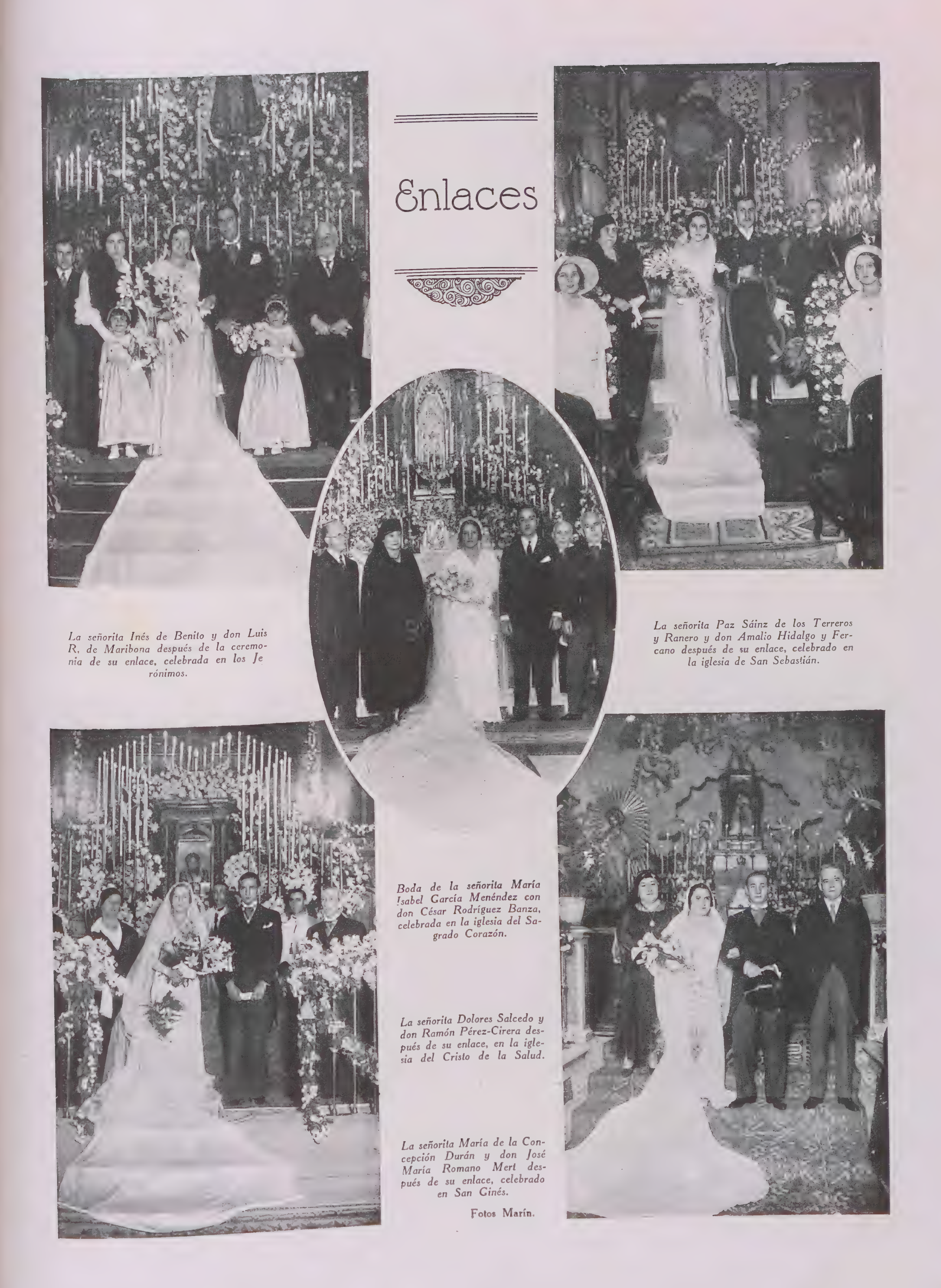


El tiro al blanco en la alegre y casquivana verbena es un motivo más para las bromas y risas.



En las carreras.—*"El favorito"*, por *Blas*.

Enlaces



La señorita Inés de Benito y don Luis R. de Maribona después de la ceremonia de su enlace, celebrada en los Jerónimos.

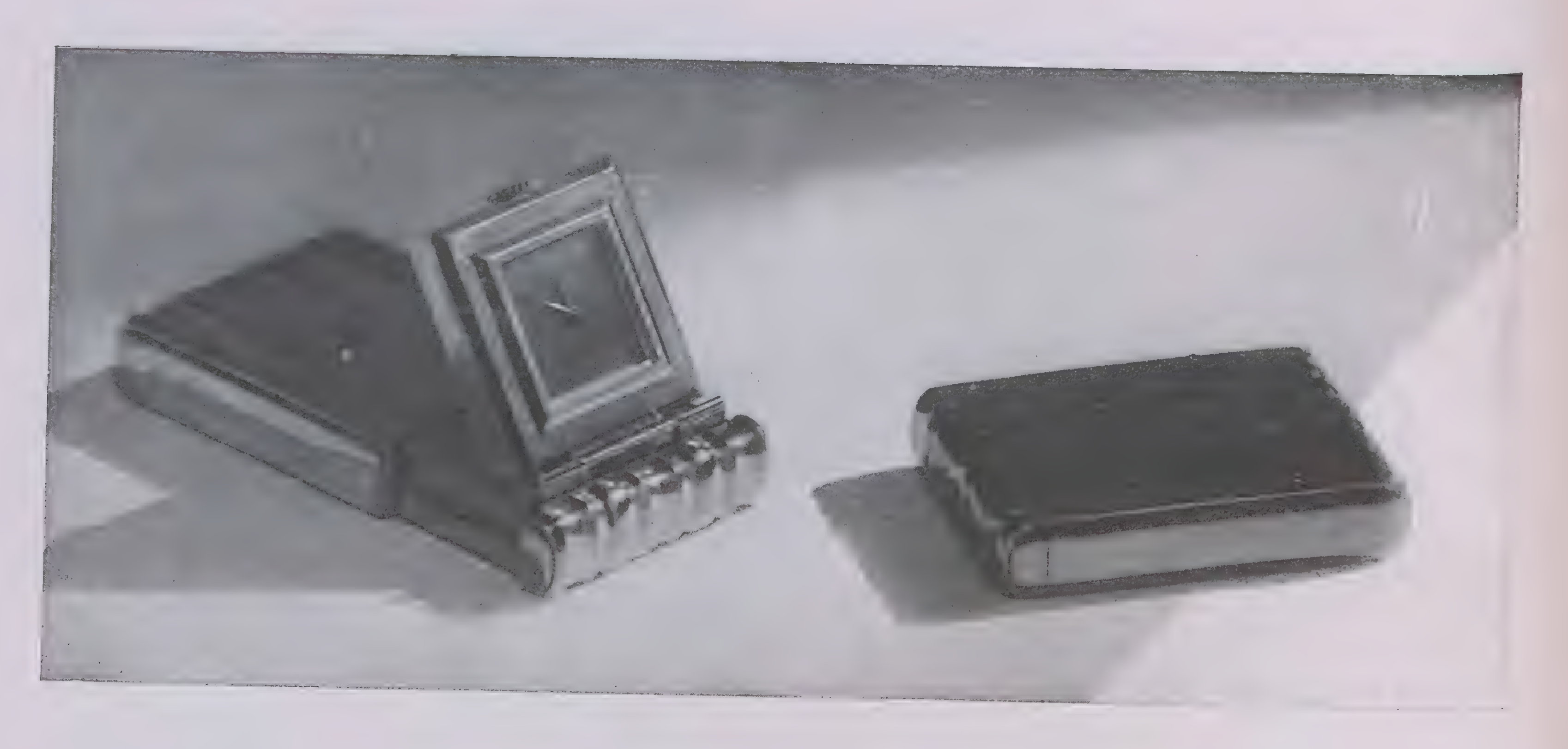
La señorita Paz Sáinz de los Terreros y Ranero y don Amalio Hidalgo y Fercano después de su enlace, celebrado en la iglesia de San Sebastián.

Boda de la señorita María Isabel García Menéndez con don César Rodríguez Banza, celebrada en la iglesia del Sagrado Corazón.

La señorita Dolores Salcedo y don Ramón Pérez-Cirera después de su enlace, en la iglesia del Cristo de la Salud.

La señorita María de la Concepción Durán y don José María Romano Mert después de su enlace, celebrado en San Ginés.

Fotos Marín.



Modas

EL Estado de la Moda es inalterable. Ninguna conmoción le agita; ningún suceso, por extraordinario que sea, le perturba. Sus leyes rigen con la misma arbitrariedad normal—aunque esto resulte paradójico—frente a todas las aspiraciones universales. Y es que las bases en que se asienta son de una firmeza inconmovible: el deseo de superación estética y la vanidad, ese formidable sentimiento que "casi" mueve el Mundo.

Y es de tal magnitud su poder de penetración, que allí donde la escuela y la sanidad lo tienen todo por hacer, la moda ha conquistado ya todas sus posiciones.

De algún tiempo a esta parte, el afán de embellecimiento no se refiere exclusivamente a las mujeres. Ellas aman ahora el adorno de sus hogares tanto como su propio atavío.

A medida que la vida exterior se complica, adquiriendo una innegable uniformidad, se siente de modo más intenso el deseo de crearse un ambiente interior que acuse en toda su originalidad las características personales.

Indudablemente, el amor hacia el hogar confortable es resultado del excesivo dinamismo de la época. Al regresar de fuera, aun después de la jornada más amable, se experimenta una sensación de bienestar especial, como si se recobrase uno a sí mismo en cada uno de los objetos que le rodean y son expresión del propio espíritu. Porque hay una fisonomía espiritual que se infunde a cuanto nos pertenece. Muchas veces sucede que dos frascos contienen el mismo perfume y varían de aroma según la persona que los posee.

Y así con todo. Por eso la dueña de casa verdaderamente exquisita vive pendiente hasta de los menores detalles, pues cualquiera de ellos, si no responde a su orientación personal, puede destruir el equilibrio logrado.

Un reloj, un estuche, un jarrón para flores..., la línea, el color..., todo es motivo de preocupación y estudio, aun cuando los objetos que se eligen no estén sometidos a la previa imposición de un estilo determinado.

Actualmente, sólo se decoran esas habitaciones tradicionales llamadas "de respeto". Estancias suntuosas y bellas, sucursales de Museos, cerradas y dispuestas para las grandes solemnidades y en las que no se encuentra ni un solo objeto que sirva para nada práctico.

Por el contrario, la moda de nuestro tiempo se ocupa preferentemente de embellecer "lo práctico", y desde el mobiliario y el decorado se extiende a esos maravillosos equipos de viaje; la vidriería artística, que decora puertas y ventanales, a las instalaciones eléctricas, de las que depende la parte más espectacular, y, en general, a cuanto en una casa resulta indispensable.

Dentro de este principio existen, naturalmente, infinidad de orientaciones a seguir, pero eso ya depende de las aficiones particulares, según tiendan a lo suntuoso o se inclinen a la sobriedad.

Respecto al indumento femenino, desde las joyas y las pieles hasta las medias, esas arbitrarias medias, aburridas de estirarse al derecho de su tejido, todo se rige por la ordenanza inapelable de la moda.

Y de tal modo es disciplinada la *multitud* sometida a ella que, por detonantes que parezcan sus órdenes en un principio, no se tarda en someterse más que el tiempo que dure la sorpresa.

Tiene, casi, la moda la fuerza de las religiones. No hay sacrificio que ella exija que sus creyentes no se apresuren a brindarle.

Así sacrificó cabellos—y no fueron rehacias las damas que vieron platear los suyos—, que ahora hace resbalar sobre los hombros en toda clase de fantasías, y que probablemente un día elevará monumentalmente sobre la cabeza de las hermosas. Aunque es de suponer que también las menos favorecidas por la suerte se llamen a la parte.

No es posible, ni aun poseyendo una imaginación espléndida, trazar el esquema de las novedades que nos aguardan y que han de hacer su aparición con una rapidez insospechada.

De todos modos conviene irse previniendo para aceptar, ¿cómo no?, cuantas innovaciones se preparan.

Los artistas de la moda, que tanto se preocupan de armonizar con maestría cuantos elementos integran el atavío femenil, no omitirán detalle para lograr el equilibrio de la nueva silueta, que con seguridad se está elaborando en los fantásticos laboratorios parisinos.

Sombreros

Triunfan, al fin, estos sombreros veraniegos, sin que por ello hayan perdido terreno los pequeños cascos que tan en boga han estado durante varias temporadas.

Se comprende el auge que alcanzaron éstos, sobre todo en la temporada anterior, en que, dejando al descubierto el peinado, o ceñido a él como una prolongación, favorecían al rostro notablemente. Pero si se cuida la silueta en general, no puede menos de sentirse predilección por el sombrero grande, que presta a la figura un atractivo primaveral.

En cuanto a la elegancia... Es tan alambicado el término y son tan amplias las perspectivas, que es imposible determinar con exactitud qué forma de sombrero resulta más "de vestir".

En eso, como en todo, la última palabra suelen decirla los creadores de los modelos respectivos.



Pamela de paja adornada con cinta de seda con escarapela.



Sombrero de muselina aplicada sobre tul negro guarnecido con terciopelo verde.

TRIUNFA la pamela de paja, de alas amplísimas, que se inició hace dos o tres veranos. Realmente ninguna forma de sombrero completa mejor la silueta, ataviada con galas primaverales, que éste de línea tan elegante y favorecedora. Con los tejidos vaporosos y los cortes actuales, amplios siempre, la figura de la mujer se realza de un modo extraordinario y adquiere su total expresión bajo el ala airosamente curvada que sombrea el rostro.

Los adornos siguen utilizándose con mesura. En la pamela, por regla general, el elemento único son las cintas y, muy contadas veces, las flores. Estas se emplean más en los casquetes de paja brillante, que se confunden con el peinado, colocadas graciosamente a la manera romántica de las damiselas que en el siglo pasado las prendían sobre sus bucles.

En cuanto a los sombreros de niña, siguen la misma tendencia que los primeros: pamelas de paja, que ondulan sobre el rostro infantil, son el marco más apropiado para esas caritas ingenuas de pupilas ávidas y absortas, hacia cuyos lados resbalan los tirabuzones con su perenne movilidad.

Trajes de primavera

Se afianza la silueta adquirida y se afirma la sencillez de la línea. Todo el elemento decorativo, propiamente dicho—pues los trajes actuales tienen un elegante sentido arquitectónico—, se reduce a la riqueza de las telas y a los choques de color.

En los modelos que insertamos se advierte esta tendencia con toda exactitud. Faldas trabajadas en crespón de China negro y cuerpos del mismo tejido insustituíble con blanco, con mangas de farol o lisas, que llegan hasta el codo.





Armonía, sobriedad; o la pompa de los estampados, siempre en combinación con telas lisas del tono que predomine en el dibujo, o lo que es verdaderamente elegante: notas breves y originales en cualquier tejido blanco.

También se llevan los estampaños de lunares grandes, que tanto se prestan a combinaciones exquisitas.

Este dibujo requiere un cuidado especial en la confección, debiendo procurarse evitar los cortes complicados que le den un carácter aparatoso. Toda la sutilidad de la tela debe acusarse en la línea rotunda y escueta, neutralizándose así la plenitud del estampado.

El crespón negro, incrustado, es un elemento precioso para el adorno de los trajes en cuya composición intervienen varios colores.



La moda en el cine

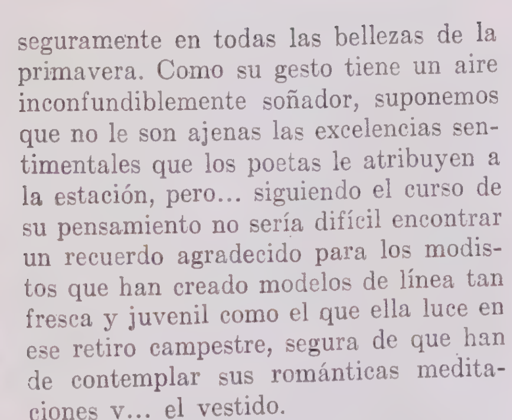
La pantalla es la gran aliada de los artistas de la costura. Por ella desfilan las bellezas más célebres del mundo, exaltando con sus actitudes la magnificencia de los modelos.

En nuestras páginas puede admirarse a Rosita Díaz, la celebrada "estrella" española, ceñida por una *veste* cuyos pliegues clásicos alcanzan su mejor expresión en el ritmo estatuario que le imprime la actitud de la actriz.

Mary Brian nos muestra su sonrisa enmarcada en la flora monumental de un abanico exótico y la gracia de su traje de noche, modelo suntuoso que acusa marcadas reminiscencias flamencas.

Otro momento de la "estrella" nos descubre sus meditaciones. Sentada con indolencia sobre unos troncos rústicos, bajo la sombra de los árboles, piensa





seguramente en todas las bellezas de la primavera. Como su gesto tiene un aire inconfundiblemente soñador, suponemos que no le son ajenas las excelencias sentimentales que los poetas le atribuyen a la estación, pero... siguiendo el curso de su pensamiento no sería difícil encontrar un recuerdo agradecido para los modistos que han creado modelos de línea tan fresca y juvenil como el que ella luce en ese retiro campestre, segura de que han de contemplar sus románticas meditaciones y... el vestido.

Las artistas de la pantalla saben que al proyectarse la cinta cinematográfica sobre el telón blanco, muchas espectadoras analizan hasta el más insignificante detalle de su atavío; saben que muchas de estas espectadoras lanzan a la calle, a los pocos días, una reproducción de sus modelos. Por eso posan tan significativamente ante el operador, estableciendo una mutua inteligencia entre ellas y su público femenino. Parecen indicar, complacidas, "que están en el secreto".

Trajes de baño

La moral de las playas no tiene que ver nada absolutamente con la de las ciudades. El medio crea sus normas y la estética pasa sobre la ética.

El culto al naturismo simplifica todas las indumentarias; mucho más que ninguna, las de baño. El *maillot* sintético que aparece en las fotografías derrota hasta el recuerdo de aquellos famosos bañadores que quizá escandalizaron en su época a los timoratos de entonces. Porque, eso sí que es de todas las épocas.



Es posible que estos trajes actuales resulten demasiado atrevidos para algunos; pero si se tiene un concepto limpiamente artístico del desnudismo, no se puede negar el derecho al éxito a estos modelos, pues es lo que más se aproxima al desnudo integral. Claro que eso es precisamente lo peligroso. No todas las bañistas poseen líneas esculturales ni el sentido del ritmo necesario para ir suprimiendo tela artísticamente; pero ahí está el talento de la mujer: con sustituir o *cubrir* el *maillot* elegantemente, conflicto resuelto.

Lo que *no* parece tan fácil es convencer a los moralistas de que el mar es un fondo tan intenso que ninguna audacia—sobre todo audacias como esta del traje de baño reducido a la mínima expresión—resulta estridente ante él.

¿Quién dijo miedo, si el peligro no existe? En cuanto al aspecto estético de la cuestión, no hay controversia posible. Es infinitamente más bonita la línea de los modelos actuales que la de aquellos rigurosos bañadores arcaicos.



Trajes infantiles

La moda no es veleidosa con los niños. Quizá porque la infancia tiene su línea propia, y tan pura, que el respetarla y acusarla sabiamente es la misión de aquélla. Además concurre la circunstancia de que los niños no se preocupan de su atavío y es preciso recurrir a "lo práctico" para vestirlos. No obstante, y acaso por eso, cuanto mayor es la sencillez de sus trajes más distinguidos resultan.

Para los chiquillos son esos tejidos ideales de hilo, y aun amitiendo la seda—solamente el crespón de China—, en que la gracia de un corte sencillo y airoso se subraya con el detalle de un frunce, de un lazo o de un bordado.

En la indumentaria infantil es donde más difícil parece conseguir la elegancia absoluta, y, sin embargo, el niño en sí es lo más elegante de la tierra. Por esto, cuanto más se respete su personalidad, cuanto menos se le abrume con adornos, resaltará con mayor fuerza su distinción original.

Ved aquí estos tres modelos:

Uno, traje estampado con cuello y bolsillos de piqué blanco; un abriguito de primavera, y un delicioso vestido de crespón de China verde, con bordados y falda plisada.



Consultorio de Belleza

MUCHACHITA

Tendré mucho gusto en contestarla particularmente. Puede dirigirme las cartas a las señas siguientes: Señorita Maribel Gómez Noblejas, Bretón de los Herreros, 7, Madrid, no dudando el que llegaremos a ser muy buenas amigas. Para tener el cutis bien, es imprescindible se lave el rostro todas las noches al acostarse.

LINDA Y RUBIA

Eso puede ser motivado por abuso excesivo de agua. Debe usted usar productos en consonancia con el color de su pelo y el tono de su piel. Las rubias no están bien con las mejillas muy cargadas de rojo, sino con un leve sonrosado, y en vez de darse lápiz azul en los ojos, debe hacerlo con lápices color café. Pruebe hacerlo así, a ver si le sienta mejor. Para las pestañas, compre Pastimel.

SALEROSA

Las duchas locales de agua fría dan muy buenos resultados. Consulte con un especialista ese método, pues no me parece tan inofensivo como usted cree. Para las grietas de las manos puede darse glicerina y limón. Para la cara haga lo siguiente: moje un algodoncito en leche y ponga después en él unas gotas de jugo de rosas líquido, e inmediatamente páseselo por las mejillas y le quedará un color muy bonito. También puede usar el Arrebol tono rosa pálido.

UNA ENEMIGA DEL "MAQUILLAGE"

¿Es usted su enemiga y me pide consejo sobre la manera de maquillarse? Me es casi imposible aconsejarla sin saber nada de cómo es usted. Sólo puedo decirla que es conveniente darse polvos, blancos o rachel, antes de ponerse el colorete. Me dice que existen muy pocas mujeres que sepan arreglarse bien, porque es muy difícil, y yo la contesto que no se necesita nada más que un poquito de paciencia y buen gusto. Una de las dos cosas la tiene usted: el buen gusto, puesto que así me lo dice; pues tenga paciencia y pruebe a mezclar tonos de polvos, manera de pintarse, arreglo de las cejas, etcétera, y no descanse hasta que logre usted su deseo. La mujer no debe desmayar nunca cuando se trata de su belleza.

MARIBEL

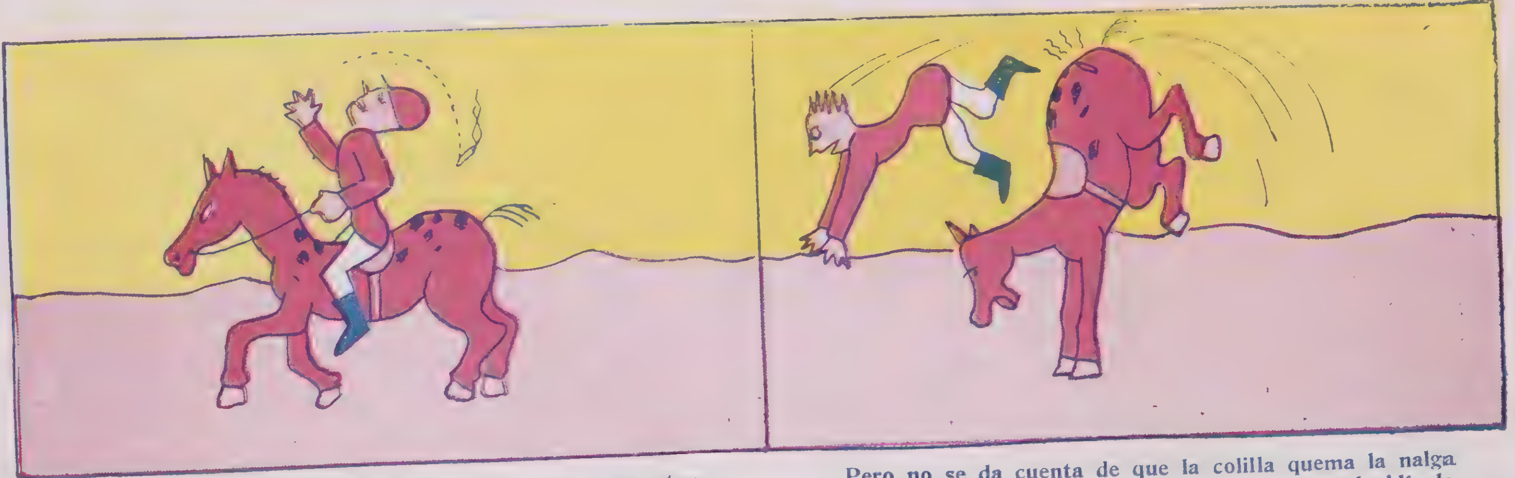
CONSEJOS UTILES

PARA LA ADQUISICION

de alhajas, medallas, escapularios, artísticas esculturas de marfil del Sagrado Corazón, Purísima, etc., y relojes, tengan presente los señores compradores la Joyería de Pérez Molina. Carrera de San Jerónimo, 29, Madrid, de gran confianza. Teléfono 12646.

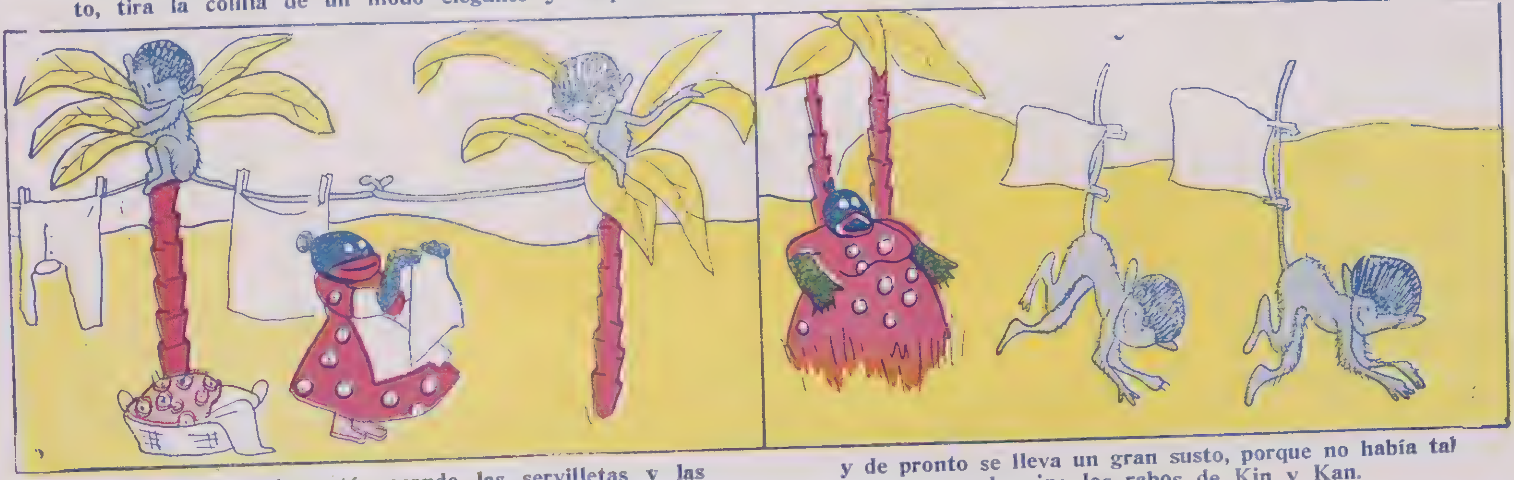
El perro, el ratón y el gato

Suplemento para las niñas, los chicos, los bichos y las muñecas



Aquí va el pollo Guinda en su jaca, y, como presume tanto, tira la colilla de un modo elegante y despectivo.

Pero no se da cuenta de que la colilla quema la nalga del caballo, y lo que hace Guinda es hacer el ridículo.



La negrita Pancha está secando las servilletas y las cuelga en la cuerda que va de árbol a árbol,

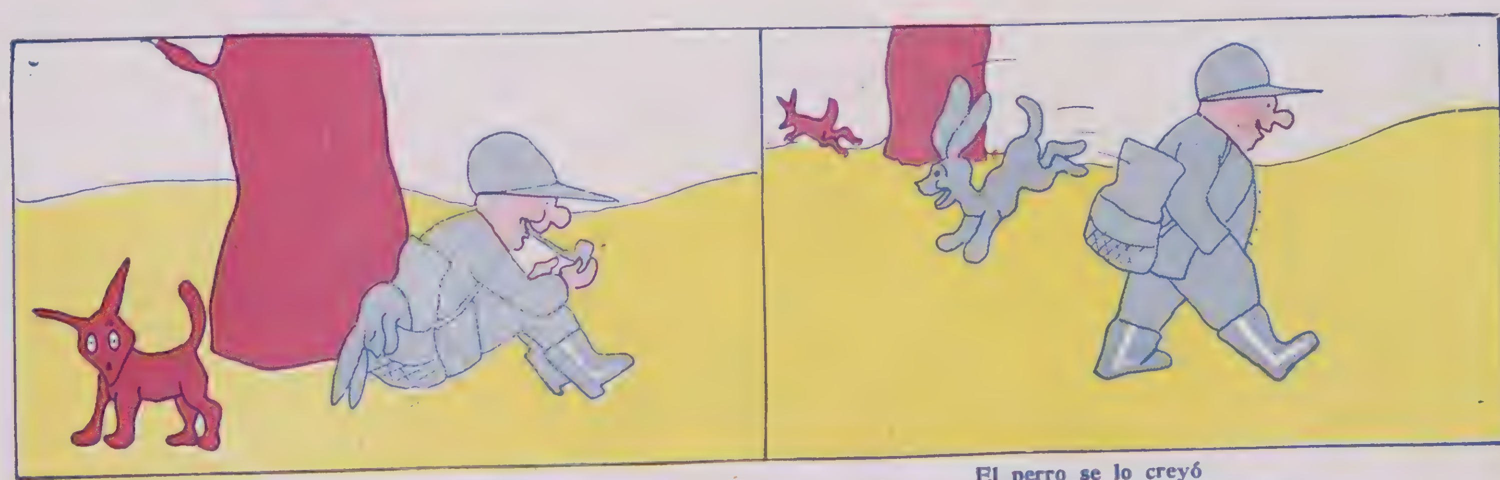
y de pronto se lleva un gran susto, porque no había tal cuerda, sino los rabos de Kin y Kan.

UNA AVENTURA DEL CONEJO "TUNANTE"



Por allí viene "Tunante" galopando hacia adelante.

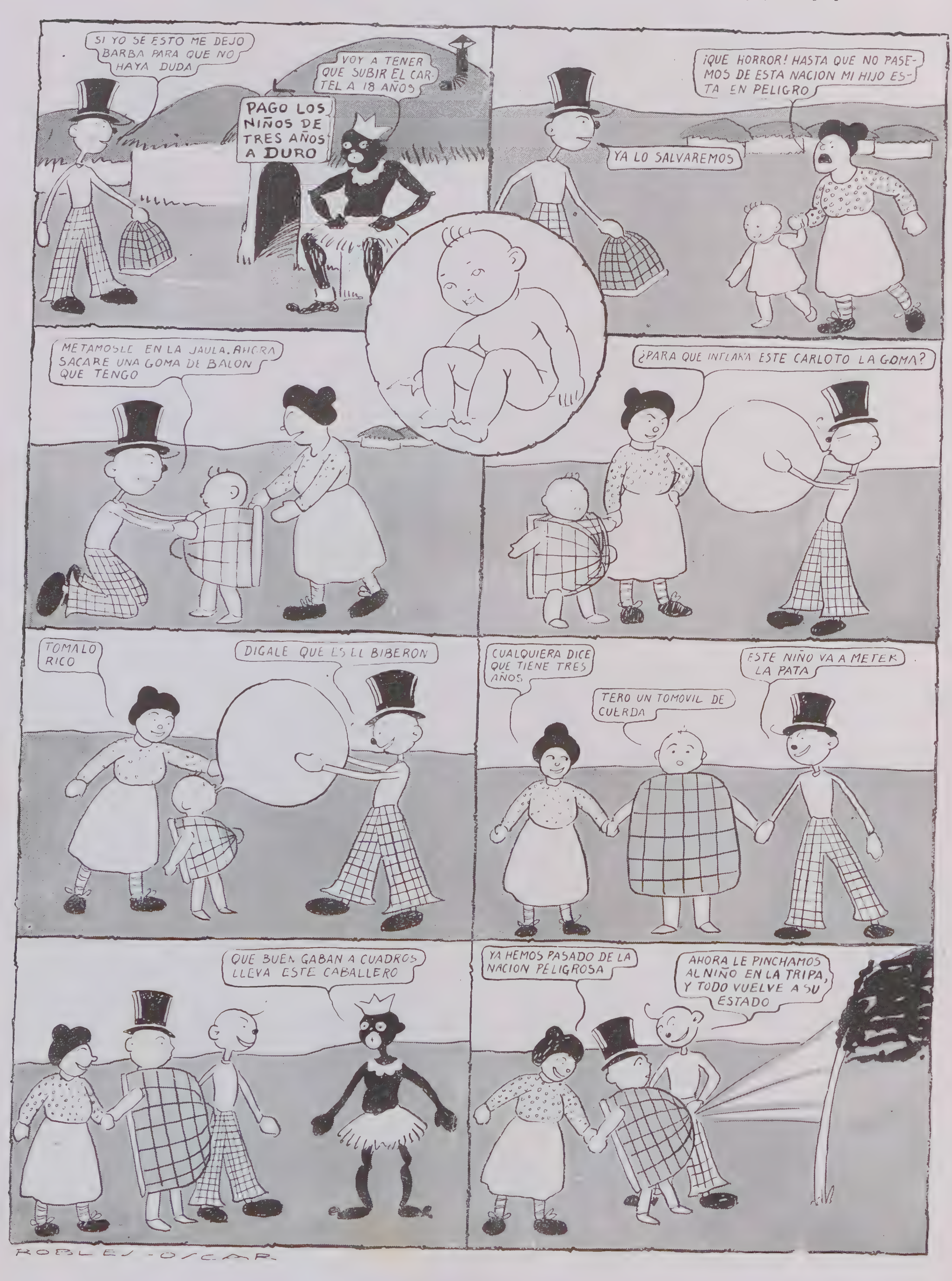
Y es que un perro, por la traza, viene a ver si le da caza.



El conejo se hace el muerto y el can no le ha descubierto.

El perro se lo creyó y entonces "Tunante" huyó.

CARLOTO PERRA Y SU JAULA



**el perro,
el ratón y
el gato...**

EL CUENTO DE ESTE MES

EXPLORADORES GEMELOS QUE LOS SEPARAN LOS HIELOS

Cuento por *ANTONIORROBLES*

Dibujos del mismo

¡Oh, qué grandes aficionados a las exploraciones fueron los hermanos gemelos Tipitín y Salerillo Cascajo, hijos del duque de Mella de Melones!

Se cuenta que cuando eran bebés y todavía no sabían andar pasaban a gatas de una alfombra a otra, jugando a que eran islas, y se colgaban los sonajeros y los biberones a modo de cantimploras, para mejor efecto de las excursiones.

Ponían los almohadones en el suelo, como si fueran rocas, y se escondían cuando venía el ama o las niñeras, diciendo que eran las fieras.

Crecieron los dos niños un poco más, y tenían tal imaginación y tal deseo de aventuras y expediciones, que en cuanto se alejaban un poco de las ciudades ya se creían en tierras extrañas, no pisadas jamás sino por salvajes y fieras espantosas.

Así les pasó que una vez subieron a un pico, seguidos de su fiel *Milhombres*, que era un perro más chico que un loro, pero más escandaloso que una cotorra.

De pronto, Tipitín oyó un extraño ruido y exclamó:

—Salerillo, ¿qué opinas de este soniquete?...

—Chico, yo opino que este soniquete es la respiración de algún terrible monstruo.

—Entonces ¿tú crees que estaremos en un terreno ignorado del mundo?

—¿Y quién lo duda?—respondió Salerillo—. Yo cero que este pico deberá titularse "Monte de los hermanos Cascajo"...

Siguieron caminando atentos al ruido sin querer alejarse de él y prepararon su escopeta. Y escuchándolo siempre siguieron muchos kilómetros, muchos kilómetros en línea recta.

—A mí lo que me choca—dijo Tipitín—es que *Milhombres* no esté extrañado también con motivo del ruido.

—Será tonto—añadió Salerillo.

—Así será: será tonto. El caso es que no se extraña ni lo más mínimo, y corre detrás de las mariposas como si no tuviera otra cosa en qué pensar.—Y luego añadió, gritando al perro:—*Milhombres*, basta de juegos; a buscar al monstruo.

Pero el perrillo seguía juguetón, tirando dentelladas en broma a las maripositas de colores.

—Lo que me extraña es que no se vean huellas—dijo uno de ellos.

—A ver si es algún pájaro.

Miraron los dos al cielo para ver si era un pájaro, y..., ¡oh decepción!, eran los hilos del teléfono, que hacían ese *¡uuuuh!*... que suelen producir los cables con el aire en medio del campo.

Después de un silencio de desconsuelo, Tipitín exclamó:

—¿Y éste era el terreno no pisado por gentes civilizadas? ¡Ay, Salerillo, qué fracaso!... Y tú tienes la culpa.

—¿Yo? Tú sí que la tienes—respondió el hermano.

Y es que, ante el ridículo, los dos se echaban la culpa.

Salerillo dijo por fin cuando se habían calmado:

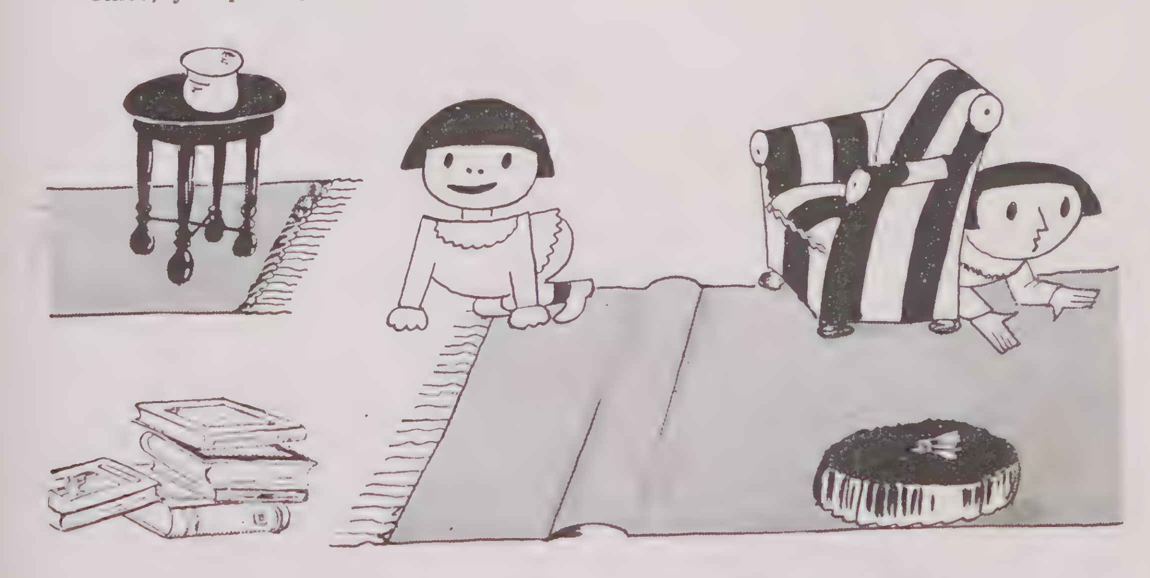
—A quien no podemos echar la culpa es a *Milhombres*, que no se ha engañado nada.

—Es verdad. El ha sido el único que ha conocido y despreciado esos ruidos de la civilización.

Y los dos hermanos, con la cabeza baja por el fracaso, volvieron al palacio de su padre, el duque de Mella de Melones.

No se quedaron tranquilos, y decidieron hacer una expedición al Polo, en un barco de guerra muy viejo, que poseía de sus abuelos el señor duque y que se llamaba "Miltigres". Ya veis que aquí todo era a miles.

En la expedición iban: Tipitín y Salerillo Cascajo, un barbero, por si les empezaba a salir barba a los niños, que ya iban siendo mayorcitos; el corbatero del duque, con mil corbatas, para que las escogieran los domingos y espantaran a las focas; un mancebo de botica con bicarbonato y un surtido de purgas; un artillero muy viejecito, que era el único que conocía el funcionamiento de aquellos cañones tan anticuados; cuatro marineros que sabían tocar el acordeón; un timonel, que si no se metió en los baches es porque no los había, y *Milhombres*.



el perro, el ratón y el gato...



Después de dos días de mar, vieron tierra; llegaron a una playa vacía, saltaron y subieron a la montaña, que estaba llena de nieve, y que seguramente sería el Polo Norte, puesto que no se veían pisadas de nadie.

Salerillo tiró de la punta de lo que parecía un pañuelo de bolsillo y resultó ser un banderón con estas letras: "Salerillo y Tipitín descubrieron el Polo Norte el día..."

El bastón de Tipitín era una estaca preparada para el banderín. Lo clavaron, sujetaron el trapo, escribieron con lápiz le fecha, e hicieron que los marineros tocaran con los acordeones un himno triunfante y que el artillero disparara salvas, aunque fuera con bolas de nieve, ya que no había balas para cañones tan viejos.

Y he aquí que cuando Tipitín escarbaba la nieve para dar al artillero las blancas municiones, tocó algo extraño y dijo:

—¡Oh, qué felicidad! Aquí hay uno, dos, tres y cuatro huevos.

—Esto es magnífico—exclamó su hermano—. Los sabios naturalistas podrán adivinar de qué pajarraco raro son, que los deja a que la nieve los incube. Allí los incubaremos en una heladora.

Y entonces el mancebo de botica dijo muy contento:

—Ya sé de qué bicho son esos huevos: de sardinas.

—¿Por qué dices eso?—preguntaron extrañados Tipitín y Salerillo.

—Pues porque he encontrado entre la nieve una lata de sardinas que debe estar riquísima.

Los hermanos se quedaron como atontados y el barbero cascó uno de los huevos con una navaja de afeitar. Resultó que era de gallina y estaba cocido.

El artillero, viejo y lleno de experiencia, dijo entonces:

—Vámonos a casita. Esto es que ha venido alguien de merienda, y al empezar la nevada han salido corriendo ..

A pesar del frío, Tipitín y Salerillo sudaban de vergüenza cuando tomaron el barco "Miltigres" para volver al palacio de Mella de Melones.

Tres días se pasaron sin salir de casa, para que no se rieran de ellos. Pero a los tres días cogieron una lancha de remo, y con un saco de higos, dos cuchillos y una cometa se lanzaron mar adelante. Ponían el dedo en alto, y por donde sintieran más frío por allá se iban.

Al cabo de muchos días llegaron a las cercanías del Polo. Se veían los osos, las focas y los pingüinos. Saltaron a un témpano, y de pronto, ¡oh, qué horror!, el témprano se abre, y un pedazo se marcha con Tipitín, quedando en otro más pesado el buen hermano Salerillo.

Tipitín lanzó la cometa, y tuvieron la suerte de que cayera en el bloque que se llevaba al otro, de modo que pusieron una cuerda doble que les unía, y se mandaban papeles escritos, higos y más cuerda; de esa manera Salerillo se iba alejando, alejando, alejando; ya no se le veía; pero los dos recibían noticias constantemente, porque como era cuerda doble, mientras una parte del bramante venía la otra iba.

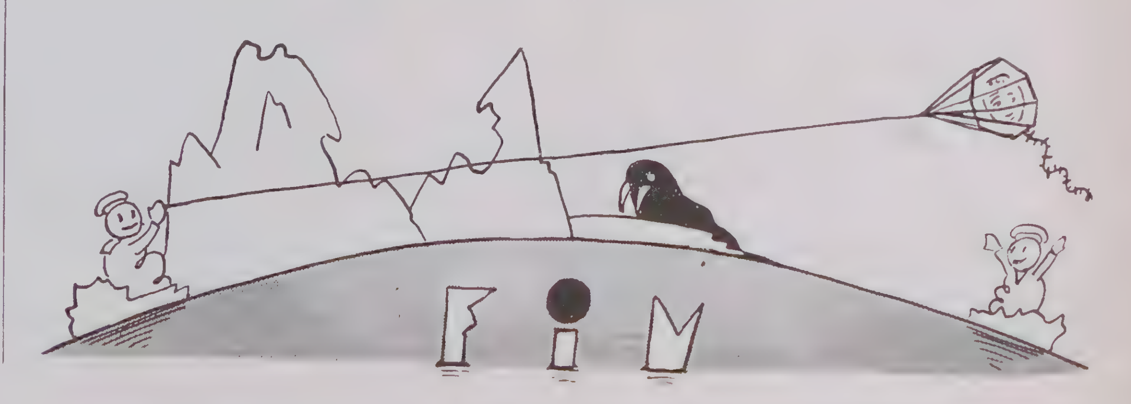
Salerillo pasó al cabo de seis días por un puerto concurrido, y allí compró más cuerda, postales, chorizos y tortas, que le mandó a su hermano.

Siguió navegando, navegando en el témpano, y de otro puerto envió más bramante, langostinos y bombones, y siguió, siguió, siguió su marcha, recibiendo todos los días carta de Tipitín, y escribiéndole él postales con las catedrales de los sitios que recorría.

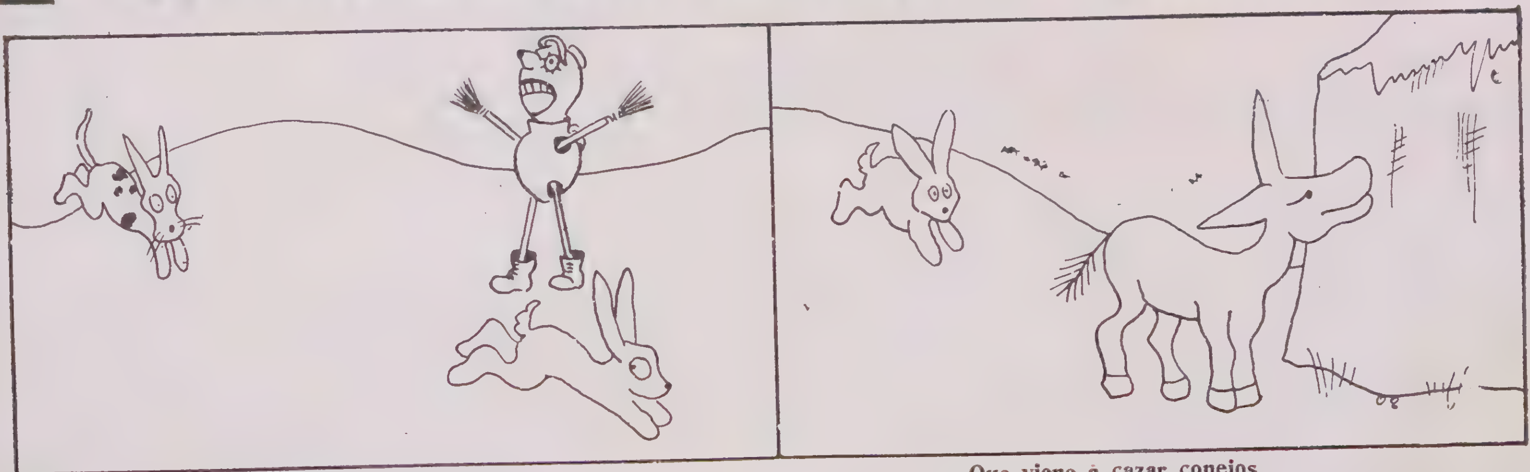
Una noche estaba Tipitín medio dormido sobre una piel en su soledad, mirando hacia el sitio por donde iba la cuerda, y en su adormilamiento pensaba en lo lejos que estaría su hermano. Pero de pronto sintió por detrás un topetazo. Miró asustado, y la alegría fué inmensa cuando se dió cuenta de que Salerillo venía en el témpano de siempre, que había dado la vuelta completa al mundo, y se traía una lancha de goma para regresar.

Regresaron felices; pero dejaron el bramante doble en circunferencia sobre la tierra, y resultaba un correo, casi telegráfico, que empleaban los pueblos de su recorrido.

Eran mil pueblos; les pagaron a mil pesetas por el permiso para emplearlo, y reunieron un milloncejo para los dos hermanos. Entonces se compraron un dirigible, y ahora hacen las excursiones más bellas del mundo.

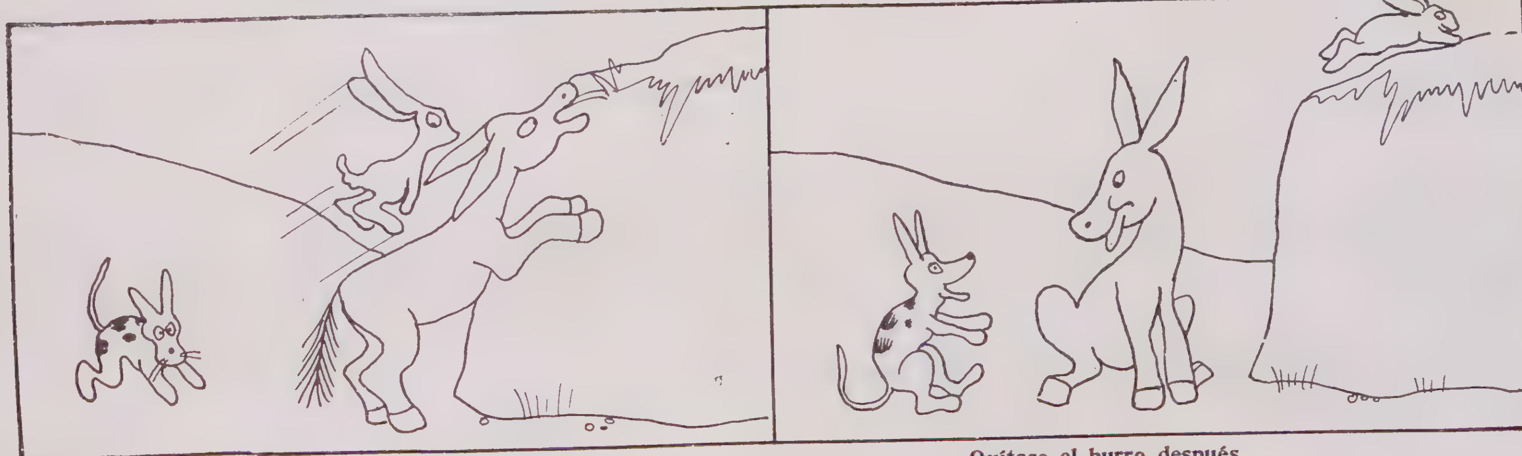


2 Aventuras del Conejo «Tunante» 2



Don Botijo es un testigo
de esta aventura que digo.

Que viene á cazar conejos
un perro que no anda lejos.



Por comer hierba el burrito
hace como un puentecito.

Quítase el burro después,
y el can rabia como ves.

Segunda Aventura



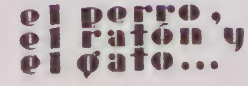
¿Por qué corre este animal
de un modo tan colosal?

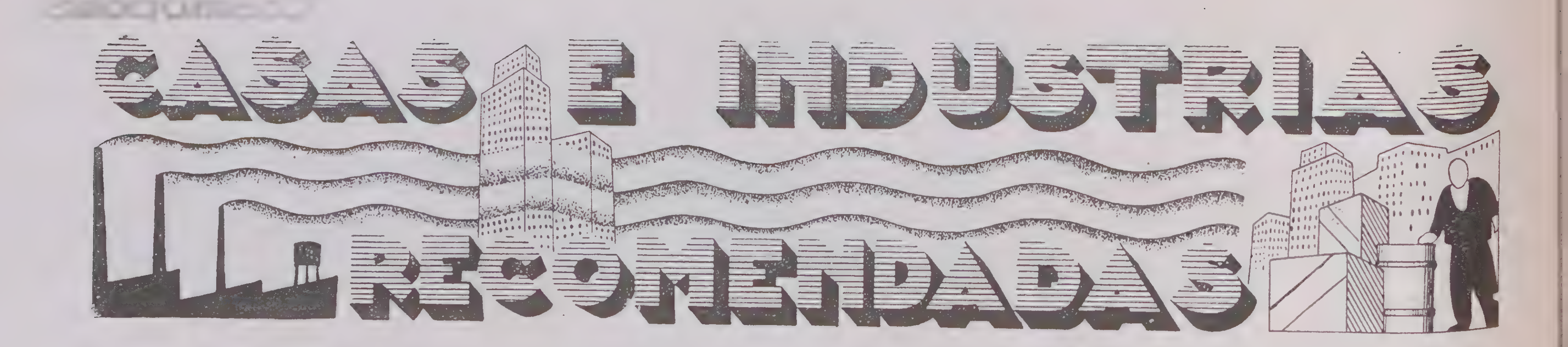
Pues porque el can, muy campante,
corre detrás de "Tunante".



El perro en morder se empeña
y él se agarra a la cigüeña.

Baila el bribón de alegría
después de cruzar la ría.







Anunciar en Cosmópolis

es dar a conocer sus productos y aumentar sus ventas.

Pidan tarifas y presupuestos a la

SECCION DE PUBLICIDAD















MIGUEL MELLE

SASTRE

Caballero de Gracia, 22, 1.º

Teléfono 13145 MADRID

TALLERES TIPOGRAFICOS

VELASCO

Obras, Revistas, Catálogos, Folletos y toda clase de trabajos comerciales

Meléndez Valdés, 52

Teléfono 13243

MADRID

FOTOGRABADOS · Trust Gráfico · C.I.A.P.

RÁPIDOS
IRREPROCHABLES
ECONÓMICOS

PRINCIPE DE VERGARA, 42 y 44 - MADRID - TELÉFONO, 57.964

18.º Certamen
Junio a agosto



TRABAJOS PUBLICADOS EN ESTA SECCION DESDE LA APARICION DE LA REVISTA HASTA EL DIA: **579.**

Y
Amenidades
Por FRAMARCON

La criptografía es un arte de origen puramente egipcio; comenzó a practicarse en tiempos muy remotos, cuando aun era desconocida la caligrafía; proviene de las inscripciones enigmáticas que, representadas por diversas combinaciones cabalísticoartificiosas, acostumbraba a ponerse por aquella época sobre monolitos en las tumbas, dólmenes y criptas, para perpetuar la memoria de los familiares fallecidos. La escritura criptográfica llegó a alcanzar gran importancia entre los egipcios; muchas de estas lápidas inscriptivas, generalmente indescifrables, han podido apreciarse en la tumba de los Faraones descubierta en las pirámides de Egipto. A la escritura criptográfica reemplazó la hierática o sacerdotal, y a ésta la demótica o popular, hasta conseguir la fácil y clarísima hoy en uso. Posteriormente, el descubrimiento de América por nuestros antepasados vino a demostrar que también aquellos hombres poseían sus sistemas de escritura, siendo una de ellas, la más usual, sin duda, la llamada jeroglífica o criptográfica. Así, la criptografía, no obstante su abolición, sigue siendo un arte que tiene por virtud principal instruir deleitando.

¡¡NO TE VI EL DOMINGO!!

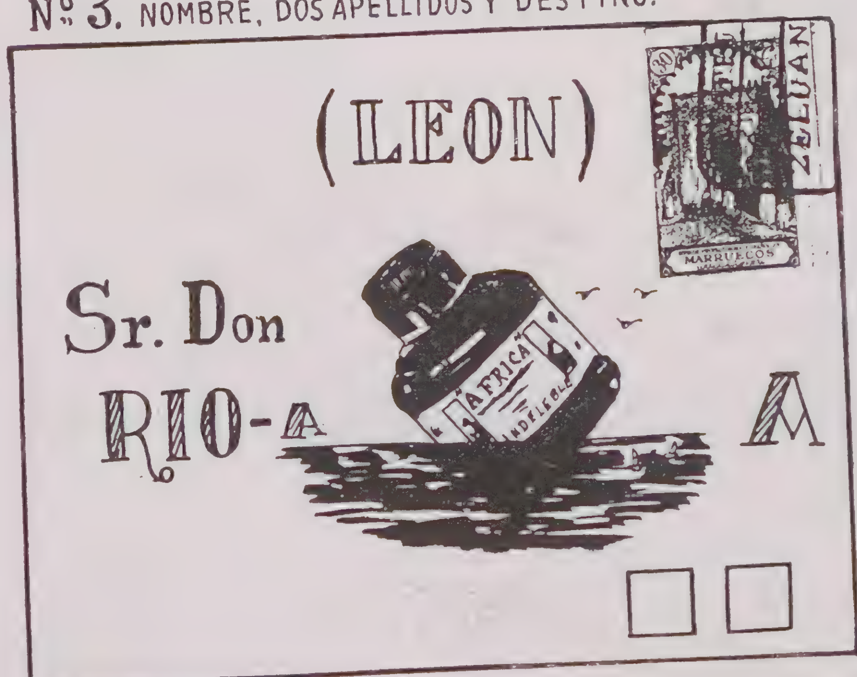
Nº 1.



Nº 2. DE LAS CHICAS ¿QUE ME DICES?



Nº 3. NOMBRE, DOS APELLIDOS Y DESTINO.



Nº 4.



FUERA DE CONCURSO

Después de calcados en cartulina los trozos 1, 2 y 3, recortadlos y ved el modo de acoplarlos en el interior del marco adjunto de modo que resulte una A; el trabajo, aunque parezca para niños, encierra no poca dificultad para mayores.

Intentarlo es convencerse.

La solución en el número próximo.)

"COSMOPOLIS"
CONCURSO CRIPTOGRAFICO
Tres de estos cupones habrán de acompañarse al pliego de soluciones.

Nº 5.

LA COSA PUDO SER GRAVE





Nº 6.

¿DÓNDE ESTÁ EL LACRE?

(Remitido por Augusto García Fernández.- CAZALLA)

NOTAS
SEL
EL

Nº 7.

SEÑOR, DOS SEÑORITAS DESEAN HABLARLE.



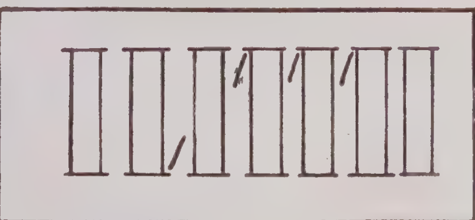
Nº 8.

EPITAFIO

ITTV RIOO
NOTA
FL P OR

Nº 9.

NO LO TOMES EN SERIO.



PROVERBIO VULGAR

Nº 10. ITALIANO

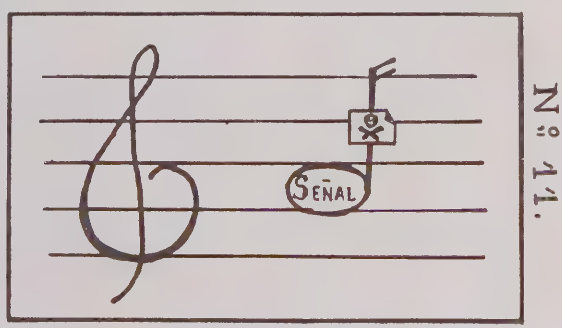
1000



500



EMBLEMA DE LA MISTERIOSA E INSTRUCTIVA "ORDEN CRIPTOGRAFICA"



Nº 11.

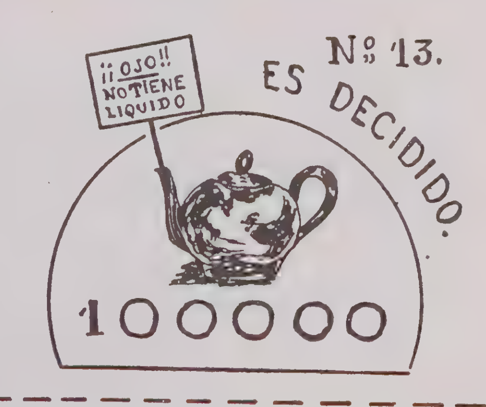
Nº 12.

¿QUE SE DICE ACERCA DE LA EVACUACION?



Nº 13.

ES DECIDIDO.



CONFECCIÓN, TEXTO Y DIBUJOS DE ESTA SECCIÓN, POR "FRAMARCON"

NO DEJE DE ADQUIRIR EL PRÓXIMO NÚMERO

?...

LOS SUSCRIPTORES NO ACOMPAÑARAN CUPONES, BASTANDO HAGAN CONSTAR DEBAJO DE LA FIRMA SU CONDICION DE TAL Y NUMERO

N.º 14.—CARTA CHARADÍSTICA

Jauja, 13 junio 1931.

Inolvidable esposo: Te escribo yo esta vez para advertirte que no me convence ese encuentro que dices tuviste con la "PRIMERA-SEGUNDA-TERCERA-CUARTA", con lo que quiero decirte que procures no encontrártela mas.

Las chicas hace días están en La TERCERA-CUARTA con unas amiguitas que las invitaron a una fiesta en su finca; supongo regresarán pasados dos o tres días.

Te repito que si bien tu SEXTA-PRIMERA QUINTA TERCERA SEGUNDA-PRIMERA el sueño, sí me origina impaciencia, ya que el encuentro supongo sería intencionado por tu parte; tú eres de los que te vas al SEXTA-QUINTA en seguida. y ella de las que prontamente llegan a la TERCERA-PRIMERA salvando con maestría cuantos obstáculos halla en su camino. ¿Te acuerdas de lo que le ocurrió al chico mayor de tu amigo CUARTA-QUINTA? Pues mucho cuidado con lo que se hace; así, pues, SEGUNDA-PRIMERA-TERCERA de encima esta pesadilla que TERCERA abruma, y te prometo estar aquí hasta que a ti te convenga.

Besos de las niñas y un abrazo muy apretado de tu SEGUNDA-CUARTA.

ADVERTENCIAS

No obstante el plazo señalado en nuestro número anterior para el envío de pliegos de soluciones al concurso-campeonato, y en vista de lo muy adelantado de la fecha con que por razones de fuerza mayor apareció el referido número, el plazo de admisión de soluciones lo cerramos en 10 del actual mes.

Ahora bien; comprendiendo que tales retrasos no sólo desorientan a la afición, sino que perjudican y hasta lesionan los intereses de nuestros distinguidos concursantes, a partir del concurso en vigor el plazo de admisión de pliegos de soluciones comprenderá las fechas del 1 al 15 del mes siguiente al de terminación de los certámenes.

* * *

Se ruega encarecidamente a cuantos concursantes, solucionistas o aficionados criptógráficos residan en Madrid, acudan el día 17 del actual mes a presenciar y depositar su voto para la elección de campeón de trabajos publicados a tal fin, acto que tendrá lugar en nuestra Redacción a las doce horas, y al que se puede enviar representante si así conviene.

Compañía General de Artes Gráficas
Príncipe de Vergara, 42 y 44.—Madrid





LUIS DE OTEYZA,
que acaba de publicar "Antícipolis".
Renacimiento. Ciap.
5 pesetas.

CESAR JUARROS,
autor de "La sexualidad encadenada".
Ciap. 7 pesetas.



CONCHA ESPINA,
autora de "Porfiar hasta morir".
Renacimiento. Ciap.
5 pesetas.

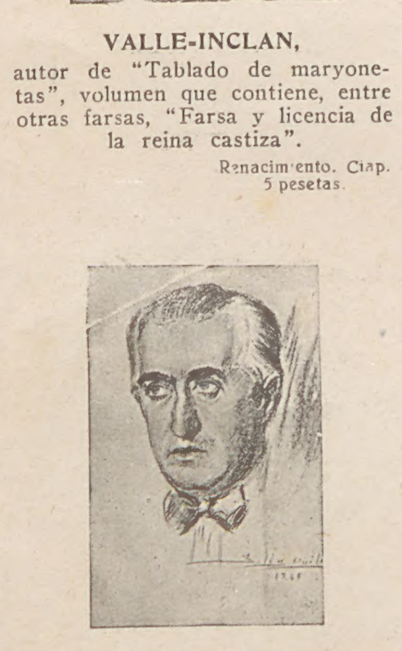
VALLE-INCLAN,
autor de "Tablado de maryonetas", volumen que contiene, entre otras farsas, "Farsa y licencia de la reina castiza".
Renacimiento. Ciap.
5 pesetas.



JOSE MARIA DE ACOSTA,
autor de "Amor loco y amor cuerdo".
El Libro para Todos.
Ciap. 1,50 pesetas.



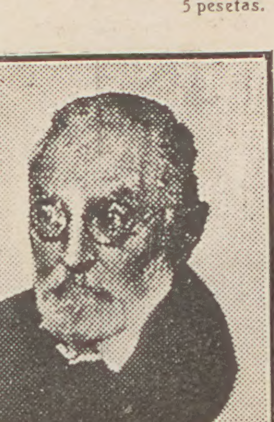
EDUARDO ZAMACOIS,
autor de "La risa, la carne y la muerte".
Renacimiento. Ciap
5 pesetas.



EDUARDO BARRIOBERO,
autor de "Historia ejemplar y atormentada del caballero de la mano al pecho".
El Libro para Todos
Ciap. 1,50. pesetas.



VICTORIANO GARCIA MARTI,
autor de "En torno del pleito de España".
Ciap. 4 pesetas.



MIGUEL DE UNAMUNO,
autor de "Paz en la guerra".
Renacimiento. Ciap.
5 pesetas.

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones

Librería Fernando Fe
Puerta del Sol, 15 - MADRID



colorchecker CLASSIC

mm

calibrite